

*Sophie Saint Rose*



*Tu corazón*

*Te lo dirá*

Tu corazón te lo dirá

Sophie Saint Rose

## Capítulo 1

Allegra se sentó en su sillón y levantó la vista hacia su editora jefe, fulminándola con sus preciosos ojos violetas. —Las ventas han bajado en picado. Y la responsable eres tú. —Jessica iba a decir algo, pero levantó la mano deteniéndola en seco. —Desde que te he dejado al cargo, esto ha sido un desastre tras otro que ya no voy a seguir tolerando. ¡Y has insultado a uno de nuestros diseñadores estrella con las fotos que has publicado en el último número! ¿Es que estás ciega para dejar que esas fotos salieran de edición?

—Lo siento, Allegra. Pero el diseñador me dijo que las quería oscuras y es lo que hice.

Entrecerró los ojos. —¿Acaso él dirige esta revista? ¡Somos nosotras quienes decimos a las lectoras lo que se tiene que llevar! ¡Nosotras somos las que creamos las tendencias, estúpida! ¡Divene lleva cuarenta años guiando a las mujeres de este país por el camino que nosotras queremos y no un diseñador de tres al cuarto! —Le hizo un gesto con la mano para que se fuera. —Vete a recoger tus cosas. Te he dado tres números y no te voy a dar ni uno más.

—Pero Allegra, yo...

—¡Desaparece de mi vista! —gritó sobresaltándola.

Sin esperar a que saliera, pulsó el botón del interfono de diseño que

tenía sobre su despejada mesa de cristal. —Melisa, que venga Justin. Y que administración se encargue de la liquidación de Jessica. No quiero ni verla por aquí.

—Sí, jefa.

—Ah, y que deje la agenda. Avisa a seguridad. Que no se lleve nada del edificio que tenga contenido electrónico. Pertenece a Divene.

—Me pongo a ello de inmediato.

Suspiró antes de levantarse e ir hacia el baño. Encendió la luz y bufó al ver su rostro en el espejo. Cogió el cepillo pasándoselo por su negro cabello cortado por los hombros y se arregló el maquillaje aplicándose un antiojeras. Necesitaba unas vacaciones, pero ahora era algo imposible de hacer. Comprobó que su vestido de firma estuviera impecable y regresó al despacho cogiendo su Birkin beige para salir de su oficina.

—¿Vuelves a la primera fila? —preguntó su secretaria.

Sonrió a Melissa con resignación. —No me queda más remedio. ¿Justin está abajo?

—Listo para llevarte a la peluquería.

—Dile a Sara que quiero una reunión mañana a primera hora con todo lo que se ha preparado para el próximo número. Y más vale que sea bueno.

—Ya debe estar temblando con el despido de Jessica.

—Pues que tiemble, porque como no sea bueno, se va a la calle detrás de su jefa. —Sin ningún remordimiento caminó por el suelo de mármol blanco yendo hacia el ascensor. —Esta tarde no vengo.

—Lo sé, jefa. Cita en la peluquera y reunión con las blogueras. Los regalitos ya están preparados en el hotel.

—Perfecto como siempre. —Sonrió a su secretaria que había empezado

con ella en la empresa cuando había sustituido a su abuela. Tenía su edad, pero sabía perfectamente cómo hacer su trabajo. Era una ayuda inestimable. —¿Te has quedado con algo?

—Por supuesto. El perfume huele de maravilla.

Allegra se echó a reír viendo como guiñaba uno de sus ojos castaños. —Me alegro. —Entró en el ascensor. —Te veo mañana.

—A primera hora.

Detuvo las puertas. —Oh, Melisa... Recuerda enviar a alguien a mi casa para que recojan la ropa de la temporada pasada. Ya no tengo donde ponerla. —Su secretaria sonrió maliciosa. —Sí, la puedes vender por internet.

—¡Tengo la mejor jefa del mundo!

—Serás pelota.

Al pasar por el hall se dio cuenta de cómo todos la miraban, pero ella muy seria se puso las gafas de sol saliendo cuando el portero le abrió la puerta. Casi se choca con un hombre guapísimo de traje que pasaba en ese momento por la calle, pero en cuanto la reconoció casi se echó a correr. Suspiró entrando en el coche donde su chófer ya tenía la puerta abierta de su Mercedes negro. —A la peluquería.

—Sí, Allegra.

Se sentó dejando el bolso a un lado y cuando el coche se puso en movimiento, vio al mismo hombre, que se había detenido en la esquina para mirarla cuchicheando con una chica que tenía al lado mientras observaban el coche pasar a su lado. Estaba acostumbrada desde joven a ese tipo de comportamientos. A su abuela la llamaban la dama de hierro de la moda y al

parecer ella había heredado el título cuando falleció.

Sabiendo desde joven que iba a heredar la revista femenina más importante de los Estados Unidos, se había formado para ocupar el puesto que tenía ahora. Había ido a los mejores colegios donde le enseñaron francés y alemán, y había estudiado después en Yale administración de empresas con unas notas envidiables. Su abuela le había inculcado desde pequeña que tenía que ser la mejor en todo para que no se le pudiera reprochar que era una niña rica que había llegado a la cima gracias a ella y Allegra se lo había tomado muy en serio.

Cuando su abuela tuvo un infarto cinco años antes, decidió delegar la empresa en ella y durante los años que aun disfrutó de su compañía la aconsejaba en todo, siempre dejando que Allegra tomara las decisiones, así que cuando falleció el año anterior estaba realmente orgullosa de su heredera. Lo había conseguido. Había llegado a la cima y todos la temían.

Desgraciadamente eso no ocurría solo en el trabajo. Los hombres la veían, debido a la fama que le había dado la prensa, como una persona fría y profesional a la que nadie rechistaba. Y por eso no tenía amigos ni tenía pareja. Porque nadie se atrevía a acercarse lo suficiente para conocerla. Una vez lo había hablado con su abuela cuando tenía diecisiete años. Era el baile de fin de curso y ningún compañero la había invitado. Se la encontró llorando en su habitación y la abrazó dejando que llorara sin pedirle explicaciones. Cuando se calmó, apartó el cabello de su cara y le acarició las mejillas limpiándole las lágrimas.

—Ahora dime qué ocurre para que llores así.

Ella la miró a los ojos. Unos preciosos ojos negros que tenían toda su atención. —No tengo pareja para el baile. Nadie me lo ha pedido.

La abuela sonrió comprendiendo y suspiró. —Es que a ti no te vale

cualquier hombre, cielo. ¿Recuerdas la conversación que tuvimos el año pasado? ¿Cuándo aquel chico quiso besarte para sacar unas fotos y colgarlas en la red?

—Sí.

—¿Qué te dije?

—Que no me precipitara. Que cuando llegara el hombre en el que pudiera confiar, lo sabría.

—¿Y por qué te has olvidado de esas palabras? ¿Por tu deseo de no ser distinta a tus compañeras? —Le levantó la barbilla. —Es que tú no eres como las demás. He creado un reino para ti y todas querrán ser como tú. Necesitas un príncipe que te acompañe.

—¿Como el abuelo?

—Como el abuelo. Un hombre que comprenda tu trabajo y la vida que llevas. Un hombre que esté orgulloso de ti y no te tema.

—Eso pasa con los de la profesión.

—Exacto. Desecha a cualquiera que trabaje en moda, porque nunca sabrás si busca algo. Cuando encuentres a ese hombre lo sabrás y hará lo que haga falta para estar contigo y protegerte. Lo sabrás simplemente con una mirada, como yo con el abuelo. Tu corazón te lo dirá.

—Es que a veces me siento muy sola, abuela. ¡De qué me sirve tener todo esto si estoy sola!

La miró con comprensión. —Cielo, ¿quieres ser diseñadora? ¿Fotógrafa o... pintora? —Negó con la cabeza. —Yo te apoyaré en lo que quieras, pero si quieres ser la que le dice a una diseñadora que eso no vale, la que contrata al fotógrafo y la que compra obras de arte apoyando a una promesa, éste es tu destino. —Se echó a reír sorprendiéndola. —Además te necesitan. Nos necesitan. ¿Qué sería de ellos sin nosotras? ¿Quién les dirigiría?

—¿Y si no encuentro a nadie?

—¿Y si no encontraras a nadie trabajando en otra cosa? —Allegra frunció el ceño. —¿Por qué le echas la culpa a tu profesión por no encontrar la pareja adecuada? Eso no tiene nada que ver, cielo. Si no encuentras pareja, es porque no es la adecuada. Es así de simple. Da igual que seas doctora que astronauta, tu alma gemela no se va a dejar influir por eso, si te ama de verdad.

Asintió y su abuela la abrazó de nuevo besándola en la sien. —¿Qué te han parecido los vaqueros que te han enviado?

—Horribles.

Su abuela se echó a reír. —Cierto, son horribles. Tienes buen ojo. Nunca dejes de decir lo que piensas, mi vida. Eso es lo que nos hace únicas. Y por un novio, no te preocupes, como te acabo de decir te lo dirá tu corazón.

Allegra sonrió con tristeza recordándola. La echaba muchísimo de menos. Pero ahora que tenía veintiséis años, empezaba a dudar sobre si tenía razón. Los hombres de su estatus la trataban con un cortés respeto y jamás se insinuaban. Sabía que la exposición a los medios echaba para atrás a muchos hombres que querían una vida más discreta, ¿pero a todos? Solo había tenido un novio cuando estaba en la universidad y era porque el pobre no tenía ni idea de quién era. Le había conocido en una cafetería del campus y se pusieron a hablar. Esa noche fueron a cenar y les sacaron unas fotos. Fueron unas instantáneas de lo más discretas, pero se montó todo un revuelo mediático y el pobre le duró dos semanas. Ni siquiera se habían acostado.

Ese era un problema que le preocupaba mucho. ¿Cómo le iba a explicar al hombre que conociera, si le conocía alguna vez, que no había tenido pareja nunca o que era virgen? Se partiría de la risa. Sabía lo que le diría su abuela, pero ella se había casado con veinte años y no tenía que pasar por ese trago.



El coche se detuvo ante la peluquería y suspiró al ver a un fotógrafo en la puerta esperándola. Era lo que tenía ir siempre al mismo estilista. Salió del coche en cuanto Justin le abrió la puerta y en ese momento el fotógrafo empezó su trabajo, sacando cada movimiento de la que salía del coche, captando desde los zapatos hasta el bolso que llevaba. Sin mirarle siquiera entró en la peluquería y sonrió a Lucio.

—Querida, estás preciosa —dijo él acercándose con los brazos extendidos. La besó en ambas mejillas y Allegra se quitó las gafas—. Preciosa —dijo dándose bombo ante las dos clientas que estaban esperando.

—Lucio.

—¿Lo de siempre?

—Ya lo sabes, Lucio. No tengo tiempo que perder. —Pasó ante él yendo hacia el reservado que solía usar por no aguantar a cotillas que empezaban a preguntarle mil cosas del mundo de la moda. Dejó el bolso sobre el mostrador ante el espejo. —¿Puedes darte prisa, por favor? Tengo una reunión en una hora.

—¡Por supuesto! Vuelvo enseguida, voy a prepararlo todo.

¿Prepararlo todo? ¿Qué tenía que preparar cuando sabía que iba a ir ese día a esa hora? Ya tendría que tenerlo todo preparado. Se sentó en su asiento pensando que igual debía buscarse otro estilista que fuera menos efusivo y pelota. Una chica entró con un café y sonrió tímidamente dejándole el café sobre el mostrador. Exactamente como ella lo tomaba, con leche sin espuma y sin azúcar. Entrecerró los ojos mirándola por el espejo y se volvió en su sillón mirándola de arriba abajo. —¿Tú cortas el pelo?

La chica se sonrojó. —Sí, señorita Allegra.

—Córtamelo. No tengo paciencia para aguantar a Lucio hoy.

La chica jadeó. —¿Yo?

—Venga, no tengo todo el día. —La chica parecía asustada y ese era otro problema que tenía con los empleados, tenían miedo de sus jefes y nadie podía tocarla sin su consentimiento. —Vete.

La chica casi salió corriendo y cogió el café. Le dio un sorbo y le sonó su móvil. Puso los ojos en blanco porque estaba claro que no la iban a dejar en paz.

Salió del salón del hotel donde como dueña de la revista se había reunido con las blogueras más prestigiosas del país y la prensa la detuvo para que contestara a las mismas preguntas de siempre. Estaba contestando a una joven periodista sobre las tendencias para esa primavera cuando vio a un hombre darse la vuelta desde la recepción y mirarla. Sus ojos verdes rodeados de largas pestañas negras hicieron que perdiera el hilo de lo que estaba diciendo y él sonrió robándole el aliento. Sin darse ni cuenta de lo que hacía miró sus labios, pero la chica carraspeó haciéndola volver a la realidad. Levantó una de sus cejas negras y la chica se sonrojó agachando la mirada porque no tenía ninguna obligación de dar declaraciones y todas las que estaban allí lo sabían.

Terminó las declaraciones y se puso sus gafas de sol. Sin poder evitarlo miró de reojo a aquel desconocido que seguía observándola con descaro y sintió que su corazón se alteraba de manera alocada. Sin poder evitarlo sonrió ligeramente porque por primera vez en su vida entendió lo que su abuela quería decir aquella tarde. Necesitaba saber quién era ese hombre cuanto antes.

Le dijo al chófer que diera la vuelta y que discretamente le preguntara a la chica de recepción sobre su desconocido. —¿Me has entendido?

—Sí, jefa. Moreno, muy guapo, alto de ojos verdes. Traje hecho en Italia muy caro en color gris y corbata azul cobalto. Tiene llave del hotel, así que está alojado ahí.

—Averigua su nombre discretamente. —Le dio cien dólares y Justin salió del coche a toda prisa.

Impaciente miró por la ventanilla pues sabía que por los cristales tintados nadie sabría que aún estaba allí. Era el hotel más exclusivo de la ciudad, así que era alguien de dinero o a quien la empresa apreciaba mucho. Eso era bueno. Se mordió el labio inferior y sonó su teléfono. Descolgó sin mirar siquiera quién era. —Ahora no. —Colgó de inmediato y giró la cabeza para mirar la entrada donde Justin salía en ese momento con una sonrisa en la cara. Lo había conseguido. Entró en el coche y se puso en marcha. —¿Y bien?

—Robert Harrison Tercero. Futuro Duque de Hambleton.

—¿Un duque? —preguntó algo desilusionada.

—Está aquí para una fusión de su empresa con otra americana o algo así. Es inglés. Es sobrino de la Reina de Inglaterra. Irá a la fiesta de esta noche del Met.

Se le cortó el aliento porque estaba invitada a esa fiesta, como a todas las importantes de la ciudad, pero no tenía pensado ir. Bueno, por conocerle haría el esfuerzo. Sacó su móvil diciendo —A casa, Justin.

—¿Te recojo a las seis?

—Sí, iremos al Met.

Justin sonrió sin comentar nada porque sabía que no debía meterse en su vida a no ser que ella le diera pie. Y ella aún no sabía lo que saldría de eso. Se puso el teléfono al oído y Melisa contestó en el acto.

—Confirma mi asistencia para la gala de esta noche del Met.

—¿Vestido?

—El violeta de Carolina. Es una noche para el glamour.

—Ok, jefa. ¿Joyas?

—No. Usaré las de mi abuela.

—¿Zapatos?

—Manolo Blahnik en plata.

—Lo tendrás en tu casa en una hora.

—Que sean tres cuartos que no me dará tiempo.

—Haré que se den prisa.

Colgó el teléfono y satisfecha miró a su alrededor. —Empieza a hacer calor, Justin.

—En unas semanas te tomarás vacaciones.

—Estarás deseando perderme de vista para cogértelas tú.

—Este trabajo es lo mejor que me ha pasado en la vida, así que no puedo quejarme. Es un placer trabajar para ti, Allegra.

—Pues pocos opinan eso.

—Estoy seguro de que Melisa es otra de las que piensan como yo. Y Rudi.

Sonrió al escuchar el nombre de su asistente. —No, Rudi no se queja.

—Y quien piensa así, es que no la conoce como nosotros.

—Gracias, Justin.

—No hay de qué, jefa.

—¿Le has visto?

—No, jefa. Pero si a ti te ha parecido bien, es que tiene que ser impresionante.

- Lo es. Al menos por fuera.
- Esperemos que sea igual por dentro.
- Opino lo mismo.

Con una copa de champán en la mano, sentada en la mesa frente al escenario, escuchó como la presentadora de la gala hablaba de los premiados esa noche. Los empresarios del año. Cualquiera estaría encantada de estar rodeada de tanto hombre con éxito, pero ella se aburría como una ostra. Encima solo podía mirar discretamente de vez en cuando para que nadie sospechara que buscaba a alguien.

- Es un hombre increíble —dijo su vecina en su oído.
- ¿Perdón? —preguntó disimulando su sobresalto al escuchar la frase.
- El premiado. Un hombre muy trabajador y solidario.
- Sí, por supuesto. Un premio muy merecido. —Forzó una sonrisa aplaudiendo como los demás mientras el hombre subía los escalones para recoger el galardón a mejor empresario del año.

Sintió que se le erizaba el cabello de la nuca y se volvió ligeramente para ver a su lado al hombre del hotel, que le decía algo a su compañero de mesa y éste se iba de su sitio mientras todos se sentaban de nuevo para escuchar el discurso. Como si nada se sentó a su lado y sonrió. Estaba claro que no se cortaba. Allegra miró el escenario y él se acercó a ella poniéndole la piel de gallina cuando sintió su aliento en su oído antes de susurrarle — Como es evidente que has venido aquí para encontrarte conmigo, ¿qué te parece si nos escabullimos y me enseñas lo mejor de la ciudad, que estoy seguro de que se encuentra en tu casa?

Allegra no movió un gesto procesando lo descarado que era. ¡Quería pasar la noche en su cama! Dios, no sabía si saltar de la alegría o darle un bofetón.

Giró la cabeza para mirarle de frente y su futuro duque sonrió como todo un conquistador. Era tan guapo que quitaba el aliento. El bofetón se escuchó en toda la sala y aparentando indignación, se levantó cogiendo su bolsito de fiesta saliendo de allí furiosa. La organizadora de la gala chilló al ver que se iba y corrió tras ella gritando mientras todo el mundo la miraba con la boca abierta —Allegra, lo siento. ¡No sé lo que ha pasado, pero lo siento!

Bajó los escalones ya allí estaba Justin que en cuanto la vio bajar se dio prisa por abrirle la puerta. —¿No estaba allí?

—Oh, sí. Sí que estaba. —Se sentó en el coche mientras su chófer hacía una mueca.

Al mirar hacia la puerta del museo, allí estaba Robert mirándola con esa sonrisa en la cara. No parecía muy afectado por su rechazo. Si no todo lo contrario. Sus ojos le decían que no se rendiría fácilmente. Cuando el coche se alejó perdiéndole de vista, Allegra sonrió emocionada.

## Capítulo 2

Entró en su despacho y se detuvo en seco al verlo lleno de jarrones con rosas rojas. Melisa soltó una risita tras ella. —Alguien tiene un secretillo...

—Pues no.

—Se nota que no has leído la prensa.

—Bah, murmuraciones —dijo dejando el bolso sobre su mesa antes de coger la tarjeta del gran ramo de rosas que estaba allí.

—¿Le pegaste un bofetón en el Met?

Sonrió sin poder evitarlo. —Pues sí. Y se lo merecía.

—¡Una proposición indecente! ¿Me encanta? ¿Qué pone?

—¡No seas cotilla!

Abrió la tarjeta y leyó —“Estoy impaciente por repetir”.

—¿De verdad? Pues la prensa está que arde.

Le puso delante un periódico donde salía el bofetón en primera plana. Jadeó cogiendo el periódico y leyendo las declaraciones que dio él después a uno de los periodistas que cubría el evento. —“Esa mujer será mi esposa”. — Abrió los ojos como platos antes de mirar a Melisa que soltó una risita. — ¡Está loco!

—¿No te lo han preguntado en la puerta?

—He venido en mi coche. ¡He entrado por el aparcamiento! Justin tenía que llevar la niña al médico.

—Pues te has librado de ellos sin querer. ¿Y el móvil?

Lo sacó a toda prisa del bolso y vio que lo tenía en silencio. Tenía más de sesenta llamadas perdidas. Gruñó dándoselo a Melisa. —Mira a ver si hay alguna importante. Tengo la reunión.

—Ya te están esperando. Y están de los nervios. Sala de juntas de edición.

—No quiero llamadas de nadie que no sea del trabajo. No voy a dar cancha a las especulaciones.

—No, eso ya lo hace él —dijo divertida señalando las flores.

Gruñó de nuevo saliendo del despacho y sintiendo que flotaba, bajó dos pisos por debajo sonriendo como una niña. Aún tenía la tarjeta en la mano y la metió en el bolsillo del vestido azul que se había puesto ese día. Perdió la sonrisa de golpe en cuanto se abrieron las puertas y caminó entre las mesas mientras el departamento se quedaba en silencio bajando las cabezas como si estuvieran de lo más atareados. Entró en la sala de juntas y cerró la puerta al ver que estaban todos allí. —Bien, enseñadme lo que tenéis. —Se sentó en la cabecera acercándose a la mesa. —¿Sara?

Enseñó el panel donde estaba colgada toda la información para el siguiente número. —Empezaremos con un reportaje de Robert Harrison y su castillo en el sur de Inglaterra.

Allegra levantó una ceja viendo su foto en el jardín ante su castillo. —¿Perdón?

Sara se puso como un tomate. —Lo hicimos hace un mes. Es para promocionarle en la ciudad. Es un nuevo empresario en la flor y nata... — Sara miró de reojo a sus compañeros que no abrieron la boca.



—¿Quién ha pedido esto? —preguntó fríamente.

—Siempre hacemos un reportaje de sociedad, Allegra. —Entrecerró los ojos desconfiando sin poder evitarlo. Todos se tensaron y la chica dijo rápidamente —Nos lo sugirió Albert Colbert.

Albert Colbert era uno de sus anunciantes más entregados y no podían negarse a una sugerencia así. Que realmente no era una sugerencia, más bien era una imposición. Y a ella nadie le imponía nada. Miró la foto de Robert y apretó los labios. —No.

—Pero Allegra, ya le hemos comunicado que saldrá en el próximo número.

—He dicho que no. ¿Qué más tenéis?

—La nueva colección de zapatos de Solei.

Uno de los colaboradores le puso delante las fotos que sacarían en el número y ella las miró como si nada. Apartó tres. —Estas no. —Miró al chico del que no sabía el nombre. —¿Qué más?

Sara gimió sentándose de nuevo y el chico se levantó sonriendo continuando la presentación. Dos horas después estaban mirando la foto de portada cuando llamaron a la puerta. —Adelante —dijo ella intentando decidirse entre dos.

La puerta se abrió, pero no entró nadie. Ella levantó una de las portadas mirándola de frente y vio que había una sombra en la cintura que parecía una arruga en el vestido del nuevo diseñador que quería promocionar. Levantó la otra y la revisó atentamente. —Ésta. Ésta es perfecta. Dile a Cloe que es un trabajo excelente —le dijo al chico antes de bajar la foto. Todos miraban hacia la puerta con asombro y Allegra giró la cabeza para ver a su duque apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados, observándola con una sonrisa en el rostro. Llevaba un traje azul que le sentaba de miedo. Su

corazón pegó un bote en su pecho y tomó aire apoyando la espalda en el respaldo de su sillón. —Todos fuera.

Salieron de allí atropelladamente y Allegra giró su sillón mostrando sus preciosas piernas cruzadas. Él no se cortó en mirarla antes de entrar como si estuviera en su casa y cerrar la puerta.

—Si vienes por tu reportaje no va a salir en el siguiente número —dijo fríamente.

—Me lo imaginaba. Y no me preocupa. —Se acercó a ella y se sentó en la mesa a su lado mirándola fijamente. Estaba claramente en desventaja, pero no pensaba ceder sintiendo que su pie rozaba su pantalón.

—Creo que buscas publicidad en la ciudad y te has buscado la vía más rápida, ¿verdad?

—Si hablas de lo que ocurrió ayer, quien le dio publicidad fuiste tú con tu exabrupto. Si hubiera sido por mí, te hubiera hecho el amor y no se habría enterado nadie. Tú lo has hecho público.

Apretó los labios mirando sus ojos, sintiéndose más viva que nunca. —Tus declaraciones de ayer...

—Era para dejarte las cosas claras. No suelo dar explicaciones de mi vida privada y menos a la prensa. Te hubiera llamado a ti, pero no coges el teléfono.

—¿Y quién te ha dado mi número? ¿Albert Colbert?

—Es un buen tipo, Allegra. No la tomes con él.

Que tuviera ese concepto de ella la molestó. Nunca había tomado represalias con nadie que no se lo mereciera. Robert hizo una mueca. —¿Te has molestado, preciosa?

—Parece que me conoces muy bien.

—Porque te he observado en otras ocasiones.

Eso la mosqueó aún más y él sonrió descaradamente. Esa sonrisa la iba a meter en problemas. —Ahora estás pensando en qué ocasiones, pero es lógico que te haya visto antes, porque nos relacionamos con las mismas personas. Lo que pasa es que tú no habías reparado en mí hasta ayer. ¿Verdad, preciosa?

—No, no había reparado en ti. Ni ayer tampoco.

—No hace falta que mientas. Me miraste en el hotel y tu chófer preguntó por mí a la recepcionista. —Se sonrojó ligeramente porque supiera eso. —Tampoco me lo ha dicho la recepcionista por si quieres llamar para quejarte.

—Al parecer tengo una fama horrible.

—No. Supongo que todo está relacionado con el trabajo que tienes. Te tratan con tanto respeto como a una reina, ¿verdad? Se mira, pero no se toca. Y te temen.

—La industria de la moda mueve millones de dólares al año.

—Y tú les diriges con tu dedo meñique. Pero alguien tiene que hacerlo, ¿verdad?

La sorprendió que dijera precisamente esa frase. Como si entendiera su trabajo a la perfección. Robert miró sus labios inquietándola aún más. —Debe ser muy duro que todo el mundo te trate como si fueras a lanzarte a su yugular en cualquier momento. Una palabra tuya y perderían a la mitad de su clientela.

Levantó sus cejas negras. —¿La mitad?

Robert se echó a reír asintiendo. —¿Ya me has investigado?

—¿Por qué iba a hacerlo? No me interesas.

—Te voy a interesar y mucho, nena.

—No me llames nena.

—Allegra, a los demás háblales cómo te dé la gana, pero conmigo no te hagas la arrogante porque me voy a cabrear. —Se agachó poniendo las manos en los reposabrazos y ella se inclinó hacia atrás pegándose al respaldo del sillón. Robert sonrió. —¿Sabes que eres preciosa?

Se sonrojó aún más poniéndose nerviosa. Tiró de su silla hacia él y a Allegra se le cortó el aliento al sentir su aliento contra sus labios. —¿Quieres que te bese? —Rozó apenas su labio inferior antes de mirarla a los ojos de nuevo y vio en los suyos su deseo por ella. —No has respondido, nena.

—Ni lo voy a hacer. —Levantó la cara orgullosa haciéndole reír. Atrapó su boca haciéndola gemir de la sorpresa y cuando entró en su boca cerró los ojos por todo lo que le hizo sentir, porque por primera vez en su vida sintió que formaba parte de otra persona. Acarició su lengua sin poder evitarlo disfrutando de él mientras todo su cuerpo se tensaba de deseo. Robert se apartó lentamente y susurró contra sus labios —Esta noche salimos a cenar. Te pasaré a buscar a las siete.

—No puedo. Tengo una cena de trabajo.

Él apretó los labios incorporándose. —Muy bien. No puedo protestar porque yo también las tengo a menudo. Ya llegaremos a un acuerdo.

—Das por sentadas muchas cosas.

—Yo lo tengo claro. Lo tuve claro la primera vez que te vi en la semana de la moda. No te abordé porque sabía que si lo hacía me rechazarías de plano. Pero reaccionaste a mí y ahora todo es distinto, cielo. Esto va a avanzar quieras o no. —Cogió su mano levantándola para pegarla a su cuerpo y Allegra gimió sin poder evitarlo al sentirlo. —¿Ves, preciosa? Somos uno. Todo tu cuerpo me reclama y no le voy a hacer esperar. —La besó

suavemente antes de abrazarla. Cerró los ojos disfrutando de ese abrazo porque lo había necesitado durante demasiado tiempo. —Estoy aquí. Ya no volverás a estar sola, te lo juro. —Se apartó para mirarla a los ojos y vio que estaba emocionada. —A las once iré a tu casa. ¿De acuerdo?

Asintió. —Bien.

Acarició su mejilla y la besó en la frente antes de alejarse. —Por cierto, ¿te gustaron las flores?

Sonrió sin poder evitarlo. —Se marchitan enseguida. Lo veo un gasto excesivo para lo que duran.

Robert se echó a reír abriendo la puerta. —Lo tendré en cuenta, preciosa. Pero sé que te han encantado.

Cerró la puerta tras él y se mordió el labio inferior sintiendo aún su tacto sobre ellos. Emocionada se volvió llevándose la mano al vientre y vio su foto ante el castillo. Quitó la chincheta para ver bien su rostro y lo acarició con la yema del dedo mirando sus ojos. No se podía creer que le hubiera encontrado.

Metió la llave en la cerradura y sonrió al ver a Robert mirando la ciudad en mangas de camisa y con una copa de coñac en la mano. Se volvió y silbó al ver el esmoquin sin camisa que llevaba esa noche mostrando el canalillo. —Ese diseñador es un genio —dijo comiéndosela con los ojos.

—Llegas temprano.

—Rudi me ha abierto. —Dejó la copa de coñac sobre la mesa de cristal de al lado del sofá y se acercó. —Y sabía de mí. No le sorprendió cuando le dije mi nombre.

—Vive aquí. Tenía que contárselo igual.

—Me parece perfecto. —Se acercó a ella y la cogió por la cintura pegándola a él. La besó suavemente en los labios y se apartó para mirar su escote. —Eso no se habrá movido en toda la noche, ¿verdad?

Se echó a reír y se abrazó a su cuello. —No sé. Ya lo averiguaremos mañana en la prensa.

Gruñó atrapando su boca y la besó de tal manera que Allegra pensó que se la quería comer allí mismo. Dios, era lo más maravilloso que había experimentado nunca.

Él abrió el botón de su chaqueta mostrando sus pechos y se los amasó haciéndola gemir de placer. La cogió por la cintura elevándola atrapando un pezón en su boca besándolo con pasión. Mareada de placer arqueó su cuello hacia atrás enterrando sus dedos en su cabello. Robert ascendió lentamente acariciando con los labios su excitada piel hasta llegar al lóbulo de su oreja y besó sus labios de nuevo tirando de su chaqueta hacia atrás, desnudándola de cintura para arriba. Sin dejar de besarla llevó sus manos hasta el cierre de su pantalón y antes de darse cuenta cayó al suelo mostrando las medias de medio muslo con las braguitas negras que se había puesto esa noche. Él se apartó mirándola de arriba abajo posesivo antes de cogerla en brazos. Mirando sus ojos caminó sobre la moqueta blanca llevándola hasta su habitación. La tumbó sobre las sábanas de seda blanca y acarició sus piernas hasta llegar a sus tacones. Quitó uno mirándola a los ojos dejándolo caer al suelo. Pasó el pulgar por la planta de su pie y Allegra gimió retorciéndose de placer. Nunca se imaginó que eso fuera tan placentero. Sintió que liberaba su pie y abrió los ojos mirándole. Se quitaba la camisa en ese momento y creyó que se moría al ver su fuerte torso cubierto por un ligero vello negro que llegaba hasta perderse en sus pantalones. Le pareció lo más varonil del mundo. Se sentó en la cama con las piernas abiertas y estiró su mano

fascinada para tocar su pecho. Robert gruñó llevando las manos a su cinturón abriéndolo lentamente mientras Allegra seguía tocándole. Sin poder evitarlo le besó encima del ombligo haciendo que sus músculos se tensaran con fuerza. Y su lengua bajó hasta él rodeándolo, sintiendo que el olor de su piel era algo embriagador. Los pantalones cayeron al suelo y Allegra miró hacia abajo viendo su sexo erecto. Sacó la lengua y acarició la punta haciéndole gritar de placer. Robert la sujetó por la nuca elevando su rostro y la besó de una manera que la hizo temblar de arriba abajo mientras la tumbaba en la cama colocándose entre sus piernas. Ni sintió como le arrancaba las bragas, pero lo que sí sintió fue como entró en ella lentamente. Su cuerpo se tensó por la invasión sin darse cuenta y sorprendido la miró a los ojos. —¿Nena? ¿Eres virgen?

Asustada por si la abandonaba susurró —No me dejes.

Robert entrecerró los ojos cogiéndola por la nuca elevando su cabeza. —No te voy a dejar. —Entró en ella de un solo empujón y Allegra gritó de la impresión. Robert entró en su boca y sin moverse la besó una y otra vez haciéndola olvidarse del dolor que la había traspasado. Abrazó su cuello mareada de nuevo y cuando sintió que salía de ella apartó la boca mirándole a los ojos porque no se podía creer que pudiera hacerle sentir así.

—Eso es nena, relájate. —Entró en ella de nuevo y Allegra sintió como sus músculos se tensaban y sin aliento apretó las uñas sobre su cuello. Robert gruñó cogiendo sus manos y llevándolas encima de su cabeza moviendo su cadera de nuevo. Allegra gritó arqueando su cuello hacia atrás mientras él aceleraba el ritmo volviéndola loca. Apretó sus puños con fuerza y Robert sin dejar de mirarla le dio placer una y otra vez hasta que con una contundente embestida la lanzó al paraíso mientras él gritaba liberándose.

Se quedó dormida entre sus brazos sin darse cuenta mientras él besaba su cuello susurrándole que era maravillosa.

Se despertó sola en la cama y gimió acariciando las sábanas donde había dormido. Todavía tenían su calor. Levantó la cabeza por si se estaba vistiendo y gimió de pena porque ya se había ido. Se arrastró hacia la ducha sintiendo que le dolía todo, pero nunca había sido tan feliz.

Cuando salió de la habitación vestida con un vestido de gasa rosa sonrió a Rudi que salía del gimnasio al fondo del pasillo. —Buenos días.

—Buenos días, Allegra. ¿Has dormido bien? —preguntó con cachondeo.

—Muy graciosa.

—Es guapísimo —dijo siguiéndola hacia la cocina donde su desayuno ya estaba preparado sobre la mesa. Fruta y cereales integrales con zumo de naranja—. ¿Quieres café?

—No, gracias.

—Es guapísimo —volvió a insistir.

—Ya lo he oído, Rudi —dijo divertida.

—¿Es tu novio?

—Algo así.

—Oh, qué emocionante esos amores clandestinos. Como en las novelas.

—Estás fatal.

—A tu abuela le encantaría.

—¿Tú crees? —preguntó sorprendida.

—Sí, se nota que es un hombre que sabe lo que quiere. Y lo que ha dicho en la prensa. Será mi esposa. ¡Casi se me caen los pololos de la impresión!



—Tú no llevas pololos. —Bebió de su zumo.

—¿Cuándo es la boda?

—Rudi, nos estamos conociendo.

—Pues ayer no hablasteis mucho.

—¿Quieres dejar de poner la oreja, cotilla?

—¡Es que sino no me lo cuentas!

—Recuerda que me van a traer hoy ese vestido de gala.

—Y el collar de tu abuela viene del banco, lo sé. ¿Vas a ir con él?

—No lo hemos hablado. —Se sonrojó porque era cierto que no habían hablado mucho.

Rudi soltó una risita. —Estás enamorada, se te ve en los ojos.

Sonrió mirando esos ojos azules que habían estado presentes en su vida desde que tenía memoria. Tenía cincuenta años y se había mudado allí cuando ella llegó a la casa después del traumático divorcio de sus padres. Había sido su sombra en esos veintidós años y la consideraba como a una hija. Y ella la quería como si lo fuera. —¿Tú crees que me he enamorado?

—Nadie te conoce como yo. Estás enamorada hasta las trancas.

—No sé. Me siento tan bien a su lado... Aunque no hemos hablado mucho, eso es cierto. Me gustaría que la abuela le hubiera echado un ojo. Nunca fallaba en calar a la gente.

—Debes confiar en él si quieres que funcione. Si no te entregas no tendrás una relación plena. Si te defrauda no habrá sido culpa tuya.

Pensó en esas palabras y asintió. —Tienes razón. No puedo controlarlo todo.

—Venga, date prisa que llegas tarde. Justin ya está abajo esperando.

## Capítulo 3

Fue una pesadez pasar entre los periodistas que no hacían más que acosarla a preguntas sobre su relación con Robert y si su romance ya había empezado porque le habían visto salir de su casa por la mañana.

Molesta entró en su coche y apretó los labios pensando que podía haber sido más discreto. Estaba claro que a él le daba igual si le veían o no. Él quedaría como un conquistador que no se le había resistido y ella como una estúpida que no tenía criterio cuando un día antes le había rechazado ante todo el mundo.

Llegó a su despacho cabreadísima porque las preguntas habían subido de tono al entrar en la empresa y todos los que la veían prácticamente salían huyendo.

Pasó ante Melisa sin decir palabra y cerró la puerta de un portazo. Su secretaria hizo una mueca mirando la pantalla de su ordenador de nuevo. — Joder, ¿por qué me toca esto a mí? —Se levantó cogiendo lo que había impreso y fue hasta el despacho de Allegra, entrando sin llamar como siempre. Metió la cabeza y vio a su jefa con una cara de cabreo que no podía con ella. —¿Puedo pasar? Tengo algo importante que decirte.

—Claro, pasa. —Tomó aire y forzó una sonrisa. —Hay que ponerse a trabajar.

Melisa le puso delante un dossier. Frunció el ceño al ver que ponía el nombre de Robert en la cabecera. —¿Qué es esto?

—Cuando vi ayer los periódicos, decidí hacer unas averiguaciones sobre él. Para que tuvieras las espaldas cubiertas.

—¿Y? —preguntó sin molestarse porque ese era su trabajo. Vio que Melisa desviaba la mirada y se preocupó aún más—. Suéltalo Melisa. Si hay algo malo, quiero que me lo digas cuanto antes de leer todo esto.

—Es sobrino segundo de la reina. ¿Lo sabías? —Asintió sin aparentar temor. —¿Pero sabías que tu madre se casó con su padre hace veinte años?

Se quedó sin aliento. —¿Qué?

—Su matrimonio duró cuatro meses. Y le desplumó. Le dejó en la ruina y su padre se pegó un tiro en los jardines de su castillo al no poder pagar los impuestos. No trascendió a la prensa porque dijeron que le había dado un infarto, pero he visto el informe forense que me ha enviado el detective.

—Mi abuela no me dijo nada.

—Eras una niña que acababa de perder a sus padres. Me parece lógico que no dijera nada. Además, dudo que se enterara de la muerte del segundo marido de Lisa. Casi no hay noticias sobre ello. De hecho, lo poco que ha encontrado el detective son dos fotos en el periódico saliendo del funeral. Él tenía catorce años en ese momento y a punto estuvo de perder el castillo de su familia. Más bien era el castillo que heredaba de la familia de su madre. Lo compró un tío suyo por parte de padre, invirtiendo toda su fortuna para que quedara en la familia y tu futuro duque se fue a vivir con él allí, pues no podía permitirse la casa en Londres. Es su tío quien tiene el título, mientras su hermano era el empresario. Los dos se arruinaron con este asunto y el actual duque consiguió salir adelante a duras penas con las rentas de las propiedades que tenía por su título, hasta que Robert se puso a trabajar en una

empresa de inversiones. Ahí empezó a entrar el dinero a espuestas y empezó a comprar empresas. Sus antiguas empresas que tu madre había vendido largándose después a Suiza.

Allegra no podía respirar y apartó la silla corriendo hacia el baño, arrodillándose ante el wáter y vomitando todo lo que había desayunado.

Melisa se acercó preocupada y empapó una toalla antes de agacharse a su lado pasándosela por la sudorosa frente. —Tranquila, todo irá bien.

—¿Cómo va a ir bien? Quiere vengarse. —Sus ojos se llenaron de lágrimas de la decepción.

—Eso no lo sabemos.

—¡Se lo quitó todo, hasta a su padre, Melisa! ¡No la tiene a tiro y quiere hacerme daño a mí! —Una lágrima cayó por su mejilla sin poder evitarlo y vio la pena en el rostro de su secretaria. —¡Ni te atrevas a mirarme así!

—Lo siento.

—¡Déjame sola!

Melisa asintió incorporándose y salió del baño en silencio. Allegra sentada en el frío suelo se echó a llorar sintiéndose humillada. Ella pensando que había encontrado el amor de su vida y todo era mentira. Lo había planeado todo, estaba segura. Por eso no se había acercado y había dejado que ella se fijara en él. No porque le rechazara sino porque era un cebo y ella se lo había tragado de lleno. Después los halagos, las flores y presentarse allí como si nada fuera a frenar su relación. Apretó los puños furiosa recordando cuando le había dicho que ya no estaría sola y todo lo que le dijo después de hacerle el amor.

Se levantó mirándose al espejo con rabia y vio el desastre que había hecho con su maquillaje. Apartando un mechón de su mejilla miró sus ojos y sonrió irónicamente. —No pasa nada. Recuerda las palabras de la abuela.

Reponte y sigue adelante. Pero por el camino deshazte de tus enemigos con clase.

Recibió seis llamadas de Robert a lo largo del día y ella simplemente las rechazaba. Llegó a la gala de la moda de esa noche impresionante con un vestido de hilo blanco con cristales plateados que dejaban su espalda al descubierto. En el photocall se volvió de espaldas y miró sobre su hombro con su fría mirada haciendo que todos los fotógrafos se volvieran locos. Varios le hicieron preguntas sobre Robert y simplemente dijo —¿Quién? No le conozco. Y lo que es peor no me interesa.

Pasó ante los periodistas entrando en el gran salón. Le indicaron donde tenía que sentarse y lo hizo cerca de las escaleras. Le hizo un gesto a una de las organizadoras. —No quiero a Robert Harrison aquí, ¿me entiendes?

—Sí, Allegra. No te preocupes. Yo me encargo.

Asintió antes de mirar a sus compañeros de mesa. Parte de los mejores diseñadores del mundo. —Giorgio estás tan atractivo como siempre... ¿Qué tal el crucero?

Se pasó toda la gala haciendo su trabajo y cuando había que premiar al mejor diseñador del año se la enfocó a ella. El público empezó a aplaudir y cogiéndose el bajo del vestido subió al escenario acercándose hasta el atril que tenía el micrófono. Todo el mundo se sentó esperando escucharla.

—He visto innumerables colecciones desde que nací. —Sonrió ligeramente. —Mi abuela me llevaba a los backstage y veía modelos, fotógrafos, estilistas pero todas aquellas personas, público incluido, estaban allí por el trabajo de una sola persona. El diseñador. He conocido a cientos. Y he visto auténticas obras de arte a lo largo de estos años. Y eso es lo que

premiamos esta noche. Obras de arte que pasarán a la historia. El mejor diseñador de este año es un hombre que no deja de innovar a pesar de sus cuarenta años de carrera, como demuestra el vestido que llevo esta noche. Paolo Ortis sube a recoger tu merecido premio.

El diseñador que estaba sentado en su mesa sonrió saludando a sus compañeros y subió las escaleras ágilmente a pesar de los casi setenta años que tenía. Cogió el premio que le tenía y le dio dos besos antes de besarla en los labios como había hecho desde hacía años. —Gracias Allegra —dijo emocionado.

—Felicidades. —Se apartó para que diera los agradecimientos y al mirar al público, vio un hombre al fondo de pie al lado de un fotógrafo mirándola fijamente. Robert estaba furioso. Sonrió irónicamente levantando la barbilla y cuando Paolo terminó, se acercó a ella para regresar a su sitio diciéndole que estaba tan emocionado como cuando se lo dio su abuela la primera vez. —Me alegro mucho. Tu colección de este año es un regalo de alta costura digna para finalizar tu carrera.

El diseñador se detuvo al lado de su silla y la miró a los ojos perdiendo parte de la sonrisa. —Entiendo.

Allegra le abrazó. —Quiero que te retires en lo más alto, amigo. Con la cabeza bien alta como debe ser. Has repetido diseños de hace cuarenta años y nadie se ha dado cuenta, pero eso no puede volver a pasar, ¿entiendes?

Paolo la besó en la mejilla. —Gracias y lo digo de veras. Gracias por cubrirme.

Allegra se alejó mirándole a los ojos. —Suerte amigo.

—No me iré del todo. Nos seguiremos viendo.

—Me encantará.

Se sentó en su silla mientras los demás le felicitaban y cogió su copa de

champán bebiendo un traguito mientras la gala continuaba con un último premio de poca importancia. El presentador de la gala dio las gracias a todos los que habían participado y les invitó a que pasaran al salón de al lado para la fiesta. Hablando con una diseñadora novel que había ganado el premio de ese año y en la que Allegra tenía mucha fe, pasó al salón con los demás, aunque ella no tenía pensado quedarse. Una canción de los años cuarenta estaba sonando y se volvió para ir al aseo antes de despedirse, cuando alguien la cogió por la cintura metiéndola en la pista de baile. Se le cortó el aliento al ver a Robert. —Muy lista, nena. Eso de que me prohibieran la entrada ha estado muy mal.

—¿Qué haces aquí? —preguntó fríamente.

Él la pegó a su cuerpo y sonrió irónico. —Veo que ya me has investigado, pero eso no hará que me vaya.

—Claro que sí. No quiero tener nada que ver contigo y tus retorcidos fines.

—Nada de retorcidos, nena. Nos vamos a casar.

—Ni de broma. Debes estar loco —dijo con desprecio.

—¿Quieres que les diga a todos que eres la hija de una zorra calculadora que mató a mi padre? —A Allegra se le cortó el aliento viendo en sus ojos que era muy capaz. —¿Cómo crees que se lo tomarían cuando están deseando hincarte el diente?

—Cerdo...

—Shusss... —La besó suavemente en los labios. —Así no, cielo. No nos perdamos el respeto. Esa es la base de un buen matrimonio.

—¿Qué quieres?

—¿No te lo he dicho ya? Nos vamos a casar y seremos muy felices juntos.

—¿Si quieres dinero...?

—¿Te parece que necesito dinero? —Se echó a reír. —Tengo más que tú, preciosa. He sabido invertirlo muy bien.

—Entonces no lo entiendo. ¿Quieres arrastrar mi nombre por el fango? Venga, vete a hablar con los periodistas. Me da igual lo que se diga de mí. Y mi madre dejó de importarme hace muchos años.

—¿Y te da igual que les diga a todos que tu padre está ingresado en un psiquiátrico desde hace más de veinte años? —Pálida se detuvo en seco. Robert sonrió irónico. —¿Crees que pensarán que tu criterio es el adecuado para dirigir la industria de la moda, nena? —La acarició en la mejilla. —Sonríe, preciosa. Yo también he investigado un poco y hay cosas en tu vida que no deberían saberse, pero si me obligas... —La cogió por la cintura. —¿No quieres bailar? Mejor nos vamos. Se te ve algo pálida.

Muy tensa pasó entre los invitados hacia la salida mientras él la guiaba sonriendo y saludando a algún conocido. Cuando llegaron al exterior la prensa se les tiró encima y Robert rió diciendo —Tranquilos chicos o no llegaremos a la boda.

—¿Habrá boda? —gritó uno de ellos.

—Por supuesto, es la mujer de mi vida.

Se sentó a su lado en el coche y ella medio mareada agachó la cabeza entre las piernas mientras el coche se alejaba de los periodistas. Robert acarició su espalda hasta llegar a su nuca. —¿Te encuentras mejor?

Se incorporó mirándole con odio. —¿Qué es lo que quieres de mí?

—Hablares en tu casa. Mantén la compostura como has hecho toda la vida y después hablaremos para que me puedas gritar a gusto. Veo que te mueres por desahogarte.

Se acercó a ella y la cogió por la barbilla apartándole un mechón de su



cabello de sus labios. —Así estás mejor.

—Estás loco —siseó con rabia.

—No, cielo. Llevo esperando este momento muchos años. Échale la culpa a la puta de tu madre que destrozó la vida de varias personas.

—¿Crees que no destrozó la mía?

—No. Tú eras demasiado pequeña y tu abuela te protegió. A mí no me protegió nadie cuando encontré a mi padre con la cabeza destrozada. —La besó suavemente en los labios. —Estamos llegando, arréglate un poco.

Con las manos temblorosas sacó el espejito del bolso y tomó aire mirando su reflejo. Se arregló el cabello mecánicamente y sacó su barra de labios. —Perfecta, como siempre. —La besó en la sien estremeciéndola de horror y el coche se detuvo en ese momento. —Último asalto. Después podrás relajarte.

Salió del coche en cuanto el chófer abrió la puerta y alargó la mano para que saliera. Viendo los flases, cogió su mano y puso su cara de siempre saliendo al exterior mientras Robert hablaba con ellos como si nada sobre lo fantástica que había sido la gala. Sin soltar su mano, pasó su brazo por la cintura y la guió hasta la puerta que el portero mantenía abierta. —Buenas noches, señorita Allegra.

—Tony...

—Dile al chófer que no le necesito hasta mañana.

—Sí, señor Harrison.

Fueron hasta el ascensor en silencio y así se mantuvieron hasta llegar al ático que ella tenía en la Quinta Avenida. En cuanto cerró la puerta a su paso, Robert levantó las cejas viéndola en medio del salón mirándole con rabia. —¿No gritas? Mucho mejor.

—¡Solo quiero que me digas qué quieres de mí!

Fue hasta el mueble bar y se sirvió un whisky. —Es muy sencillo. Tú tienes un poder en la sociedad neoyorkina que no tiene nadie. La flor y nata te venera y es algo que necesito.

—Tú no quieres casarte conmigo por eso.

Él sonrió. —No, tienes toda la razón. Tengo el carisma y el dinero para conseguirlo por mí mismo.

—¿Qué quieres?

—Quiero que tu madre muera en la cárcel como se merece.

Palideció escuchándole. —¡No sé dónde está! ¡No sé nada de ella! ¡Mi abuela se encargó de que no regresara por los Estados Unidos después de que volviera loco a su hijo!

—Tu abuela la odiaba, estoy de acuerdo. Pero estoy seguro de que aparecerá por aquí en cuanto se entere de tu boda, ¿no crees? —Bebió de su whisky sin dejar de observarla. Tragó. —Al fin y al cabo, eres su hija. Va a ser una boda por todo lo alto y ella no querrá perdérsela, aunque sea para vengarse. —Sonrió divertido. —Estará encantada de decirte a la cara que yo quiero vengarme y ver tu reacción. Es así de mala pécora, cielo.

—No vendrá. No le importo nada.

—Otra razón para venir. A estas alturas estoy seguro de que no tiene fondos. Al ritmo al que gastaba el dinero, ya no le quedará mucho. Necesitará financiación.

—¿Y si se ha casado de nuevo? Puede haber desangrado a otro.

—Cierto, pero no ha sido así. En Europa no y como los dos sabemos, odia los países donde no puede hablar su idioma.

—Yo no lo sé. Te digo que no la conozco —siseó con rabia.

—Vamos, ¿no me digas que de esos cuatro años no tienes recuerdos? — Se acercó a ella. —¿De cómo metió a tu padre en las drogas? ¿De su primer brote de esquizofrenia a causa de ellas? —Los ojos de Allegra se llenaron de lágrimas. —¿De las peleas? ¿Las discusiones?

La imagen de su padre tirado en el suelo desmayado después de una sobredosis pasó por su memoria. Recordó su miedo viendo como su madre le cogía por su cabello negro y gritaba que era un inútil antes de mirar a Allegra e ir hacia ella para meterla en su habitación empujándola dentro, haciéndola caer sobre la alfombra. —¡Te he dicho que no salgas de tu habitación! ¡Deja de desobedecerme! —Cerró de un portazo y se vio a sí misma enrollándose sobre la alfombra antes de echarse a llorar llamando a su abuela.

Volviendo al presente le vio ante ella sin darse cuenta de que lloraba. Él suspiró. —Vamos, nena. No es para tanto. Cuando acabe con ella, tu misión habrá terminado.

Ella forzó una sonrisa y Robert se tensó. —No voy a hacerlo.

—Claro que lo harás.

—No, porque si mi madre va a prisión, todo el mundo sabrá mi historia de todas maneras.

—Ya, cielo... Pero estarás casada conmigo, demostrando que el amor lo puede todo y que a pesar de nuestros sufrimientos, nos amamos. Yo te defenderé ante la prensa. Me necesitas para ello. Tú me ayudarás a mí y yo te ayudaré a ti. La gente te admirará aún más por tu fortaleza. Te beneficiará.

—Maldito cabrón...

—Eh, eh. Si no colaboras, saldré en la prensa diciendo que no nos casamos porque tienes ciertos problemas de conducta y que es lógico porque lo has heredado de tu padre. Solo esa frase hundirá tu futuro para siempre.

—Nunca te he hecho daño.

—Cierto, y yo no te lo haré a ti si sigues mis instrucciones. Quiero a Lisa aquí cuanto antes y después le tenderemos una trampa para que acabe donde tiene que estar, que es en prisión. —Levantó una ceja. —No me digas que tú no quieres vengarte por todo lo que sufrió tu abuela o por como terminó tu padre porque no me lo creo.

—¿Y si está muerta?

—Eso lo comprobaremos muy pronto. Estoy seguro y si no aparece... —Bebió de su whisky de nuevo. —Bueno, si no aparece seremos una pareja de moda. Nos llevaremos bien. Al menos en la cama.

—¡No voy a acostarme contigo!

—¿Y privarnos de lo bien que lo pasamos juntos? No, cielo. No pienso pasar sin sexo y no puedo ponerte los cuernos. ¿Qué diría la prensa si me pillara?

—¡Si no aparece en un año, quiero el divorcio!

La miró fijamente y entrecerró los ojos como si pensara en ello. —Dos. Dos años y cada uno por su lado. Serás libre.

—Perdona que no crea en tu palabra. ¡Lo quiero todo por escrito!

Sonrió divertido. —Y separación de bienes, supongo.

—¡Exacto!

—Perfecto. —Dio un paso hacia ella. —Vete haciendo la lista de invitados, preciosa. Nos casamos en septiembre. —Apretó los puños y él sonrió. —¿A dónde quieres que nos vayamos de vacaciones? Las tienes dentro de un mes, ¿verdad? ¿Qué te parece una casa que tengo en el caribe? Allí estarás relajada sin prensa siguiéndote a todas horas.

—Púdrete. —Se volvió yendo hacia su habitación y se detuvo en seco volviéndose. —Conocías la casa, ¿verdad? ¡Ayer me llevaste directamente a

mi habitación!

—Los planos están en el ayuntamiento, cielo. Como te he dicho, te he investigado.

Rabiosa se volvió yendo a su habitación. Juró por lo bajo porque el vestido tenía botones en la espalda y no se lo podía quitar sola. Apoyó las manos sobre el aparador tomando aire creyendo que se iba a desmayar cuando le sintió detrás de ella. Levantó la vista de golpe para verle observándola. Dejó el vaso que llevaba en la mano sobre el aparador y empezó a desabrocharle el vestido sin que le dijera una palabra. Cuando sintió las yemas de sus dedos en su espalda, se apartó rabiosa tirando de las partes que ya le había abierto, haciendo que los delicados botones salieran disparados. —¡No vuelvas a tocarme! —gritó desquiciada antes de dejar caer el vestido al suelo—. ¡Fuera de mi casa!

La cogió por la cintura pegándola a su cuerpo y cuando intentó golpearle para que la soltara, cogió sus muñecas poniéndoselas a la espalda con una sonrisa irónica en su cara. —Mírate. Puede que tu mente me rechace, pero tu cuerpo se muere por mí.

—Esto lo vas a pagar, te lo juro por mi vida.

—No jures, nena. Sobre todo algo que no podrás cumplir. —La besó en el cuello delicadamente antes de subir hasta el lóbulo de su oreja. Allegra se estremeció cerrando los ojos y una lágrima cayó por su mejilla. —Eres mía —susurró en su oído—. Y puede que te guste tanto que quieras continuar cuando haya acabado con tu madre. —Sujetó sus muñecas con una mano y acarició su cintura subiendo hacia su pecho, amasándolo apasionadamente antes de agacharse para saborearlo. Sintió como su cuerpo la traicionaba y como el deseo la recorría de arriba abajo, odiándose a sí misma porque no se sentía capaz de rechazarle. Sus labios bajaron por su vientre y chilló cuando

esa mano llegó hasta sus braguitas, apartándolas para acariciar sus húmedos pliegues antes de que sus labios llegaran allí, haciendo que todo le importara muy poco hasta que estalló en un fuerte orgasmo que la hizo temblar de arriba abajo.

Robert se incorporó y la cogió en brazos —Y ahora que te ha quedado claro, no vuelvas a intentar rechazarme, preciosa. O me voy a cabrear. Y no querrás verme cabreado.

## Capítulo 4

Semanas después Allegra miraba al vacío sentada ante la mesa de su despacho. El despacho estaba lleno de regalos pues las marcas sabían lo importante que era su boda y querían agasajarla, pero ella no había abierto ni uno solo porque odiaba todo aquello. Desde aquella maldita noche no se había dado cuenta de lo poco que había fingido en su vida. Ahora todo lo que la rodeaba era mentira y no podía apoyarse en nadie. Durante el último mes había tenido que salir con él a menudo, fingir felicidad por su próxima boda y organizarla. La boda de sus sueños para casarse con alguien que no la apreciaba en absoluto y que solo quería aprovecharse de ella sin importarle sus sentimientos. Era un auténtico monstruo.

Y esas noches... Le hacía el amor continuamente sin dejar que durmiera sola. Y eso era precisamente lo que la torturaba porque empezaba a pensar que no sería capaz de vivir sin él. Deseaba esas caricias y esos besos. Necesitaba sentirle a todas horas y sabía que con todo aquello, lo único que iba a conseguir era sufrir aún más. Miró su mano derecha donde un gran diamante en forma de lágrima le recordaba continuamente que era suya los próximos dos años.

Recordó como al día siguiente de su discusión, se presentó en casa con su abogado y le puso los papeles delante. Un contrato de confidencialidad por ambas partes y un acuerdo de separación de bienes. Por supuesto no lo firmó.

Llamó a su abogado y le hizo ir de inmediato. Se pasó repasando los papeles hasta las tres de la mañana y los tres observaron como los firmaba entregando su vida a ese hombre mientras durara el trato. En cuanto se fueron, Robert le hizo el amor apasionadamente toda la noche, aunque intentó rechazarle. Ahora ya no le rechazaba cuando se acercaba a ella. ¿Para qué? Si lo hacía, después de hacer el amor se sentía todavía peor por su debilidad, así que ya ni lo intentaba.

Ante todos eran la pareja perfecta. Iban a los eventos que tenían que ir por asuntos de negocios y ante la galería sonreían mostrando al mundo su felicidad. Pero en cuanto llegaban a casa donde él ya se había mudado, ella se encerraba en su despacho o su habitación, relacionándose con su prometido lo menos posible. Apretó los puños mirando su anillo, recordando cómo se lo había dado. Entró en su despacho sin llamar y lo puso sobre las pruebas de la revista antes de salir sin decir ni una palabra. Con manos temblorosas abrió la cajita de terciopelo rojo y al verlo se echó a llorar recordando los sueños que tenía de niña cuando se imaginó cómo sería su pedida de mano. Asqueada cerró la caja dejándola sobre la mesa, pero esa misma noche él le dijo que ni se le ocurriera salir de casa sin ponerse el anillo.

Solo podía rogar que su madre apareciera cuanto antes haciendo que aquella locura terminara. Pero le daba la sensación de que eso no iba a pasar porque en tres días se iban de vacaciones un mes a su casa del Caribe. Lo había pedido ella porque lo único que quería era salir de los focos y perderle de vista lo máximo posible. Esperaba que le diera un respiro al llegar allí.

Mientras tanto se refugiaba en el trabajo y había conseguido que las meteduras de pata de las últimas revistas quedaran olvidadas porque ahora vendían más que nunca.

La puerta se abrió y ella forzó una sonrisa para mirar a Melisa que parecía incómoda. —¿Qué ocurre?



—Ya sabes que con lo de la prensa no dejan pasar a nadie que no tenga cita.

—Claro, lo ordené yo misma. —Distraída empezó a elegir la foto del reportaje central. —¿Y?

—Hay una señora en el hall que dice que es Lisa Benedict. —Se le cortó el aliento levantando la mirada lentamente y Melisa asintió apretándose las manos. —¿Hago que la echen?

Enderezó los hombros tirando la lupa sobre la mesa y se levantó tomando aire para mirar la ciudad a través del ventanal. Vio su reflejo en el cristal y se dio cuenta de que estaba pálida. Su abuela se revolvería en su tumba si supiera que esa mujer estaba allí. Miró sus ojos iguales a los de su madre y se dijo que había llegado el momento de encontrarse de nuevo. Apretó los labios pensando en las palabras de su abuela sobre seguir adelante y deshacerse de sus enemigos con clase. El odio la recorrió de arriba abajo y se volvió hacia Melisa. —Que suba.

—Pero...

La fulminó con la mirada y Melisa asintió. —Ahora mismo, Allegra.

Se sentó tranquilamente y cogió su móvil llamando a Robert. Descolgó al sexto tono. —Ahora no puedo nena, estoy en una reunión.

—Está subiendo —dijo fríamente.

El silencio del otro lado de la línea la inquietó hasta que dijo irónico — Muy bien. No ha tardado mucho, ¿verdad?

—¿Qué debo hacer ahora?

—Comportarte como la hija indignada que debes ser. Es lo que se espera. Y después le dices que se vaya.

—Pero...

—Haz lo que te digo, Allegra. —Colgó el teléfono y ella apretó los labios dejando el teléfono sobre la mesa.

Sintió ganas de gritar porque la hacía pasar por eso. Lo único que había querido en la vida era alejarse de esa mujer para siempre y él la obligaba a pasar por el trago de volver a verla cuando la despreciaba con todas sus fuerzas.

Llamaron a la puerta y dijo aparentando tranquilidad —Adelante.

La puerta se abrió como a cámara lenta y cuando la mujer que estaba al otro lado entró quitándose las gafas, mostrando sus mismos ojos violetas fue como si alguien le arrancara el corazón, pero Allegra no movió un gesto mirándola de arriba abajo. La vida la había tratado bien. Seguía teniendo el cabello rubio platino y una figura envidiable para los cincuenta y dos años que tenía. Llevaba un vestido de firma azul de esa temporada y caminó hasta su mesa tranquilamente.

Melisa se quedó en la puerta nerviosa. —Gracias, puedes dejarnos solas.

Su secretaria asintió cerrando la puerta lentamente y miró a su madre a los ojos sin mostrarse intimidada. —¿Qué haces aquí?

—Cielo, ¿no me saludas como Dios manda? Soy tu madre.

—Tú no has sido mi madre en tu vida. ¿Qué quieres?

Su madre hizo un mohín antes de sentarse ante ella cruzando sus piernas. —Puede que no haya estado a tu lado mientras crecías, pero eso no significa que no te quiera. No he sido buena madre, lo sé, pero siempre me has importado, ratoncito.

Se le heló la sangre al escuchar el mote con que la llamaba cuando estaba de buen humor, que en los cuatro años que había estado a su lado, habían sido pocas veces.

—No te lo repito más. ¿Qué quieres?

—Avisarte, cielo. —La miró a los ojos. —Sobre ese hombre con el que te vas a casar.

No disimuló lo furiosa que estaba. —Aléjate de Robert, te lo advierto.

—Soy yo la que quiere advertirte a ti. Ese hombre solo quiere hacerte daño.

—Si has venido a fastidiarme la boda...

—¡No! —exclamó ofendida llevándose la mano al pecho mostrando un anillo de diamantes—. ¿Cómo se te ocurre eso? Solo quiero proteger a la persona a la que le he dado la vida. Eres mi única familia.

—Para preocuparte tanto, no has tenido la decencia de saber de mí en todos estos años.

—Lo sé todo de ti, cielo. —Sonrió con ternura. —Te veo en las revistas continuamente y sigo tu vida muy atentamente. Por eso me he enterado de este matrimonio a pesar de que vivo en Gibraltar.

—Me enterece tu dedicación como madre.

Su madre perdió la sonrisa poco a poco. —Ese hombre quiere hacerme daño a mí a través de ti. ¡Su padre murió y me echa a mí la culpa cuando yo no tengo la culpa de nada! ¡Robert era un hombre sin carácter, que al verse en la ruina se pegó un tiro!

—Me suena.

Le rogó con la mirada. —Te digo la verdad, te lo juro. No sé lo que te habrá contado tu abuela, pero...

—No hables de la abuela —dijo rabiosa levantándose—. ¡Ni se te ocurra mencionarla!

—¡Ella fue la que me apartó de ti!

—Firmaste la cesión de mi custodia rápidamente cuando te lo pidió. Es

que la cárcel debe ser un lugar muy duro para una mujer como tú.

Lisa palideció. —Yo no tuve la culpa de lo que le ocurrió a James. Se volvió loco. ¡Nunca fue alguien normal y tu abuela me acusó a mí de meterle en las drogas, cuando era un consentido que siempre hacía lo que le daba la gana! ¡Yo intenté protegerte! ¿Sabes lo que es que llegues a casa y tu marido este tirado en el suelo porque se ha pasado con las rayas?

—Claro que lo sé. ¡Estaba allí!

—¿Qué sabrás tú? —dijo con desprecio—. ¡James intentó matarme varias veces! ¡Y a ti! ¡Si estás viva, es gracias a mí! —Se levantó la manga del vestido y mostró las cicatrices de su brazo derecho. Allegra dio un paso atrás pálida recordando los gritos y como su madre la cogía con un brazo mientras se cubría con el otro. —¿Hija? —Pálida se levantó y Allegra se volvió porque no soportaba ni verla. Lisa apretó los labios. —Te dejé con tu abuela porque yo tampoco estaba bien y ella me amenazó con que tenía pruebas de que había intentado matar a James. Te juro que no fue así. Él se volvió loco e intentó matarnos, tuve que defendernos y le disparé. La policía se puso de mi parte, pero ya sabes como era tu abuela, vio la oportunidad de quedarse contigo y librarse de mí. Me odiaba. Me echaba la culpa de todo lo que le ocurría a James cuando fue su propia irresponsabilidad la que le volvió loco. En una de sus sobredosis el médico se lo advirtió. Pero el odiaba a tu abuela y quería dejarla en evidencia. ¡No tienes ni idea de los escándalos que protagonizó y siempre era yo la responsable! —Allegra horripilada se llevó las manos a los oídos y Lisa se acercó apartándole los brazos. —¡Ni se te ocurra esconderte de esto! ¡Ya no tienes cuatro años!

—Déjame en paz —siseó fríamente.

—No pienso hacer eso porque Robert solo quiere hacerte daño para dañarme a mí. ¿No te das cuenta?

—Mi prometido me ha hablado de esto y hemos decidido ignorarlo. El pasado ha quedado atrás.

Lisa sonrió como si fuera estúpida. —¿De veras? ¿Y te da el anillo de compromiso que me regaló su padre? —La sorpresa en su rostro la hizo reír. —¿No lo sabías? Pertenece a la familia por eso tuve que devolverlo. —Se volvió cogiendo una de las bolsas de Hermès antes de dejarla en su sitio para volverse. —¿Sabes? Cuando me fui de los Estados Unidos yo tampoco estaba muy bien con todo lo que había ocurrido. Conocí a Robert en una fiesta y yo estaba borracha como una cuba. En aquel momento me tiraba a todo lo que se movía y me acosté con él.

—Me das asco.

Lisa perdió parte de la sonrisa encajando el golpe, pero se repuso enseguida. —Sí, yo también me di asco a mí misma durante mucho tiempo. —Miró otra bolsa y la dejó en su sitio antes de regresar a su silla como si estuviera sumida en sus pensamientos. —No sé ni cómo ocurrió. Antes de darme cuenta estaba casada de nuevo en un castillo en Inglaterra. La vida más aburrida del mundo. Pero intenté hacerle feliz para demostrarme a mí misma que lo que le había ocurrido a James no me pasaría con él. Y antes de darme cuenta me viene un día diciendo que tiene que poner las propiedades a mi nombre porque Hacienda le iba a embargar. —Allegra frunció el ceño viendo el dolor de su rostro. —Yo le pregunté si eso era legal y él me dijo que sí. Que no tenía que preocuparme. Que firmara que él se encargaba de todo. Yo le dije que quería el divorcio y me dijo que me lo daría si firmaba. Que cuando se resolviera el problema, me daba el divorcio y lo que yo quisiera. —La miró a los ojos. —Dos semanas después se pegó un tiro en el jardín de atrás. ¡Yo no había hecho nada! ¡Pero el hermano de James me echó a mí la culpa porque le había arruinado! ¡Quisieron que fuera yo la responsable de lo que había ocurrido y con mis abogados hablé con Hacienda porque me iban a

acusar de alzamiento de bienes! ¡A mí que ni sabía qué empresas tenía mi marido! —Allegra se sentó porque notaba que las piernas no la sostenían. — Así que mis abogados me aconsejaron que vendiera todo lo que pudiera y pagara la deuda y la multa para librarme de ellos. ¡Y así lo hice!

—Él dice que se lo quitaste todo y que le desplumaste. Que se suicidó al no poder pagar los impuestos.

—¡Qué bien lo han retorcido todo! —dijo molesta.

—Al parecer todo el mundo retuerce su realidad en tu contra, madre.

Lisa se sonrojó con fuerza. —¡Tengo pruebas! ¡Tengo las cartas de Hacienda acusándome de alzamiento de bienes! ¡Y los trámites de los abogados para pagar las deudas! ¡Tengo toda la documentación!

Eso sí que no se lo esperaba y se miraron a los ojos. —Pues tráeme esa documentación si puedes.

—Haré que te la envíen.

La miró con una sonrisa irónica en la cara. —¿Ahora quieres joderme a mí la vida? No puedes soportar verme feliz.

Su madre apretó las mandíbulas sin poder disimular su disgusto. — Precisamente porque eras feliz no me acerqué a ti en todos estos años. —Se levantó con la espalda muy recta y cogió el bolso. —Y esto que tienes con Robert no es felicidad. Te está engañando para hacerme daño a mí. ¿Quieres saber toda la verdad? Habla con tu padre.

Se le cortó el aliento. —¿Con mi padre?

—La base de todo esto es lo que te ha contado tu abuela de mí. ¿Por qué no le preguntas a tu padre como me conoció y dónde? ¿Cuál era mi vida antes de que él entrara en ella? Ahora está medicado y te aseguro que lo recuerda todo perfectamente.

—¿Y cómo lo sabes?

Lisa sonrió con tristeza. —Le visito dos veces al año, cielo. Soy lo único que le queda. Mis abogados te enviarán lo que necesitas.

Salió del despacho dejándola sin aliento y Allegra tomó aire intentando calmarse. Eso sí que no se lo esperaba. Su mano tembló al llevársela a su boca y el teléfono sonó en ese momento. Al ver la caricatura del diablo en el móvil, se preguntó cómo Robert sabía que su madre ya no estaba en su despacho. Estaba claro que tenía espías muy buenos.

Descolgó intentando aparentar calma. —Ya se ha ido.

—¿Qué ha pasado?

—Me ha dicho lo que imaginabas. Que querías hacerle daño a través de mí. Hemos discutido y se ha ido.

—Al parecer no habéis hablado mucho para haber estado ahí casi veinte minutos.

—Te digo que hemos discutido. ¿Qué más quieres? ¿Qué te cuente palabra por palabra? ¡Hablamos de mi familia porque cree que le tengo rencor por abandonarme y se ha intentado justificar! Eso es todo. ¡Está convencida de que no me creo una palabra y se ha ido! —Hubo un silencio al otro lado de la línea. —¿Robert?

—Nena, si me la quieres jugar, vas a caer con ella. Eso te lo juro.

—Vete a la mierda. —Colgó el teléfono sin aguantar más y se levantó cogiendo su bolso. Necesitaba espacio. Necesitaba olvidarse de todo. Salió del despacho y le dijo a Melisa —Encima de mi mesa está la revista para la siguiente publicación. Envíaselo a Sara. Ya no volveré hasta después de mis vacaciones.

—¿Qué hago con los regalos?

Apretó los labios. —Quédátelos.

Asombrada vio como iba hasta el ascensor y su móvil empezaba a sonar de nuevo. Vio como su jefa rechazaba la llamada antes de que se cerraran las puertas. El teléfono de su mesa empezó a sonar y Melisa apretó los labios levantando el auricular. —Despacho de Allegra Brown.

—¿Dónde está?

—Se acaba de ir, señor Harrison. —Bajó la voz. —Y no tenía muy buen aspecto. Nunca la había visto así.

—¿Ha llamado a Justin?

—No sé si lo ha hecho con su móvil. Tendrá que llamarle a él. Señor... —Miró a su alrededor. —Me ha dicho que me quede con los regalos. No sé qué hacer.

—Envíaselos al ático —dijo fríamente—. Esa visita la ha alterado y no sabe lo que dice.

—Sí, eso parece. Pero me ha dado la sensación de que no iba a haber boda.

Él se echó a reír tranquilizándola. —Claro que va a haber boda. Está nerviosa por culpa de esa mujer que ha venido a alterarnos, pero todo irá bien.

—Pues Allegra nunca falta al trabajo y me ha dicho que empezaba sus vacaciones ya.

—¿Qué?

—Sí, me lo acaba de decir. Que no vuelve hasta después de sus vacaciones.

La línea se cortó y Melisa miró el auricular haciendo una mueca. Al parecer no le había gustado mucho que se cogiera vacaciones. —Me da la



sensación de que va a haber que devolver esos regalos. Mejor los dejo en el almacén.

Allegra sacó su Mercedes deportivo del garaje, pasando entre los periodistas y saliendo al tráfico. En cuanto llegó a la autopista, aceleró todo lo que podía llegando a la clínica de Jersey antes de darse cuenta. Había ido solamente una vez en el pasado y su padre se había negado a hablar con ella, así que no había vuelto. Con las manos en el volante miró la fachada blanca apretando los labios, sintiendo mil emociones encontradas, pero sobre todo sintió miedo y se dio cuenta de que eso era lo que siempre había tenido hacia su padre. Miedo porque nunca sabía cómo iba a reaccionar. Era increíble como se mezclaban los recuerdos de una niña.

Su teléfono volvió a sonar y vio que seguía siendo Robert como en las últimas veinte llamadas. Salió del coche dejando el teléfono en el vehículo y cogió su bolso yendo hacia la puerta. Su abuela le había dicho siempre que había que enfrentarse a los miedos y ella no era cobarde. Entró en la clínica y fue hasta la recepción. La chica se la quedó mirando con la boca abierta. —Vengo a ver a un paciente. James Benedict.

—Las horas de visita han terminado y... —Levantó el teléfono y le guiñó un ojo. —Veré qué puedo hacer.

—Gracias.

Se volvió y apretó los labios. Seguramente casi nadie allí sabía que James Benedict era su padre porque ella no se apellidaba así. A su abuela la conocía todo el mundo por su apellido de soltera y había hecho los trámites cuando era pequeña en cuanto la acogió para que se apellidara como ella. Benedict había sido el apellido de su abuelo. Esperaba que su visita al centro

no atrajera a los chismosos. —¿Señorita Bronw? —Allegra se acercó impaciente. —Le trasladarán a una sala para que pueda hablar con él. Su médico ha dado permiso.

—Gracias.

—¿Es familiar suyo? —preguntó con interés.

—Es un antiguo conocido de la familia —dijo sintiéndose horriblemente mal por renegar de su padre por las apariencias—. Tengo que tratar con él de unos temas legales. Su tío ha fallecido.

—Oh, vaya. No sabía que James tuviera familia.

Asintió. —Ya sabe cómo es esto.

—Sí, muchas personas se olvidan de que tienen aquí a su familia. Me parece horrible.

Una enfermera salió por una puerta. —¿Señorita Brown? ¿Puede seguirme? El doctor quiere hablar con usted unos minutos.

Asintió siguiéndola y entraron en un pasillo blanco iluminado por fluorescentes. La vez anterior también sintió claustrofobia caminando por él para hablar seguramente con el mismo médico con el que hablaría ahora.

La enfermera le indicó una puerta y al ver a un hombre joven se sorprendió. —Pase, por favor. Soy el doctor Williams.

Cerró la puerta y le tendió la mano. —Doctor...

—Me alegro de conocerla. Siéntese, por favor.

Lo hizo ante su mesa y le miró a los ojos. Tenía unos bonitos ojos castaños y un cabello revuelto que le daba un aspecto descuidado. —¿Quería hablar conmigo?

—Sí, como hija del paciente debo comunicarle que desgraciadamente... —Apretó sus finos labios como si sintiera darle esa noticia. —A su padre le

han diagnosticado cáncer de páncreas. Está en un estado muy avanzado y no se puede hacer nada por él.

Miró al hombre a los ojos sin saber cómo reaccionar. Él sonrió dulcemente. —Entiendo que no le conoce y que...

—Lo que conozco de él no es muy agradable.

—Pero ha venido.

—Tengo que preguntarle algo importante. Solo eso —respondió incómoda.

El doctor asintió levantándose. —¿Puedo preguntarle algo?

—Si es personal no.

—Es una pregunta profesional.

Allegra se tensó. —¿Profesional?

—No se asuste. Su esquizofrenia se ha producido por el abuso de sustancias estupefacientes y no va a heredarla usted.

—Pues es un alivio, la verdad.

—Pero toda esa situación, toda la situación que vivió de niña...

—Si va a preguntarme si he ido al psicólogo o al psiquiatra, la respuesta es no. Mi abuela me cuidó y me amó. Sobre todo me protegió, que era lo que necesitaba, haciendo de mí lo que soy hoy.

Él asintió. —Me alegro.

—¿Ahora puedo ver a mi padre?

—Sí, por supuesto.

Allegra se detuvo antes de abrir la puerta y se volvió para mirarle. —No quiero que piense que soy insensible, pero mi visita hoy no ha tenido lugar.

El doctor sonrió. —Lo entiendo. He hablado mucho con James de esos

años y ninguna niña debería pasar por ese infierno. Es lógico que quiera salvaguardar su privacidad y le puedo asegurar que nadie de esta clínica dirá una palabra. Cuando su abuela visitaba el centro nunca hubo ninguna filtración y no va a ocurrir ahora, se lo aseguro.

—Gracias.

Salieron del despacho y siguiendo el pasillo la llevó hasta una sala al fondo. Abrió una puerta y ella se detuvo en seco al ver a un desconocido sentado en una silla mirando por la ventana el jardín trasero. Asustada miró al doctor. —Tranquila, está controlado.

Lentamente se acercó a su padre y observó su cabello cano. Su cabeza se volvió y pudo ver su rostro evidentemente enfermo. —Hola, pequeña.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y disimulando cogió una silla poniéndola cerca de él. —Hola papá.

Él sonrió mirándola como si quisiera grabarla en su memoria. —Lisa me dijo que vendrías, pero dudaba si sería así porque no quise verte la última vez.

—¿Te acuerdas de eso?

—Sí. —Miró hacia la ventana de nuevo y sonrió con tristeza. —Quería que tuvieras la vida que debías haber tenido.

—La abuela me quiso muchísimo.

La miró de nuevo. —Estaba tan orgullosa de ti... Mucho más de lo que lo estuvo de mí, aunque tenía razones para no sentirse orgullosa, la verdad.

Sonrió sin poder evitarlo. —Mamá ha venido a verme para advertirme.

—Lo sé. Vino a verme ayer. Está muy preocupada con el asunto.

—¿Por qué si nunca se ha preocupado por mí?

James la miró sorprendido. —Hija, si alguien se ha preocupado por tu

bienestar en esta vida, esa ha sido tu madre.

—No lo entiendo. Solo recuerdo sus gritos y...

—Estaba desbordada conmigo. —Miró a la ventana de nuevo y vio como sufría. —Le hice pasar un infierno y quería protegerte.

—¿Cómo la conociste?

Él sonrió. —En la universidad. Estaba en el último curso y ella estaba en un curso por debajo del mío. Un día en la biblioteca se acercó a mí y me dijo con descaro que dejara de acaparar el libro. Me enamoré de ella al instante. Estaba tan llena de vida...

Allegra sintió que se le retorció el corazón viendo su dolor por todo lo que había perdido. —Yo ya tenía problemas porque me estaba costando muchísimo terminar la carrera y tomaba ciertas cosas para estar más atento o para pasarme las noches en vela. Cuando Lisa se dio cuenta ya le había pedido matrimonio. Un día llegué a casa de mi madre totalmente borracho después de una discusión con Lisa y no fui precisamente muy sincero. Tu abuela me creyó, por supuesto, y desde ese día no podía ni verla. Hizo todo lo posible para que no nos casáramos, pero yo no le hice caso porque sabía la verdad. Tu abuela podía ser muy intimidatoria, pero Lisa no se dejó pisar. Eso me decidió aún más. La quería en mi vida. Era mi tabla de salvación para toda esa perfección vacía que tenía a mi alrededor. Sentía que nunca era suficiente, que nunca hacía las cosas todo lo bien que debería y era un ambiente asfixiante.

Ella le entendía muy bien. —Y te liberaste con las drogas.

La miró con una sonrisa en el rostro. —La primera vez que oí voces no entendía lo que me ocurría. Acababas de nacer y no dije nada. Ahí empezaron realmente los problemas. Lisa estaba pendiente de ti y yo me sentí solo. Más drogas y fiestas, así que más discusiones. —Suspiró agachando la mirada. —

Entonces las voces me dijeron que hiciera cosas. Bebía para no oírlos y sufrí un colapso. Lisa dijo que me abandonaría si no me ponía a tratamiento, pero sabía que ya no podría salir del pozo en el que me había metido, así que no le hice caso. Un día me desperté y por poco os mato. Tuve un brote y si no hubiera sido porque Lisa te cogió, ahora no estarías aquí.

Las manos de Allegra temblaron por la manera tan fría en que lo decía. —Y me ingresaron aquí. Lisa pidió el divorcio como es lógico y quería irse contigo, pero si lo hacía, tu abuela no te vería nunca más, así que hizo lo que te imaginas. Amenazó a Lisa con denunciarla. Tenía fotos de ella en varias de mis fiestas con droga sobre la mesa, lo que indicaba que ella también consumía. Eso le quitaría la custodia como poco, pero tu abuela no quería ni que se te acercara, porque estaba convencida de que ella había sido mi perdición. La amenazó con meterla en la cárcel por intento de asesinato. Tenía contactos y Lisa lo sabía. —Suspiró como si estuviera agotado pasándose la mano por los ojos y entonces Allegra miró el anillo que llevaba en el dedo meñique. Recordó como caminaba cogiéndole de ese dedo cuando era pequeña. —Esta medicación me da sueño.

—Lo siento.

La miró sorprendido. —¿Por qué? Si alguien ha sido inocente, esa has sido tú. Yo fui responsable de todo.

—¿Por qué nunca has salido de aquí, papá?

—Porque no soy una persona de fiar. Aquí me obligan a medicarme, pero si tengo que hacerlo yo...

Allegra apretó los labios. —Entiendo.

—Si has venido para saber si tu madre ha hecho eso que dice ese hombre que quiere casarse contigo, no lo creo. Lisa ha tenido muy mala suerte al conocerme y su vida podría haber sido muy distinta si yo no me

hubiera cruzado en su camino. —Sonrió con tristeza. —¿Sabes que viene a verme dos veces al año? —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Después de todo lo que he hecho, demuestra que tiene un corazón de oro.

—¿Por qué lo hace?

—Ella dice que porque soy lo único que le queda. Pero estoy seguro de que lo hace porque me quiso mucho y se siente algo culpable. Y no tiene que ser así porque ella hizo todo lo que podía por mí. Ahora vete. Las voces se están poniendo pesadas. —Miró al frente como si ella no estuviera allí.

Allegra se levantó sin poder evitar las lágrimas y se acercó a él lentamente agachándose a su lado para besar su mejilla. Su padre cerró los ojos como si fuera lo mejor del mundo. —No vuelvas por aquí, Allegra. No quiero que me veas así. Si vuelves no te dejarán pasar. Solo te he atendido porque tu madre me lo ha pedido. Tenías que saber la verdad.

Asintió tomando aire y susurró —Gracias.

—De nada, hija. —Sintiendo que se le rompía el corazón se alejó hasta la puerta. —Allegra... —Se volvió para verle en la misma posición. —Siento no haber estado contigo como merecías. Te querré siempre.

Allegra se echó a llorar y regresó abrazándole por la espalda con fuerza sin ser capaz de hablar. Él acarició su mano como si temiera hacerle daño. —Vete, por favor.

Se alejó de él lentamente y caminó hacia la puerta odiando dejarle allí. En cuanto cerró esa puerta, supo que ya no le vería nunca más y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¿Necesita hablar?

Se sobresaltó al ver al doctor tras ella que le tendía un clínex. —No, gracias.

—Ha debido ser duro. Si quiere hablar como amigos...

Se pasó el pañuelo por la cara y le miró con sus ojos enrojecidos. —No somos amigos.

Él sonrió. —Pero podemos serlo.

Parpadeó sorprendida. —¿Me está ligando, doctor?

El hombre se echó a reír. —No creo que sea el momento adecuado para eso, pero si lo fuera, lo haría.

Se sonrojó porque no se lo esperaba. —Pues no. No es el momento adecuado.

—De todas maneras si quiere hablar... como amigos sin ningún compromiso, puede hacerlo conmigo. —Sacó una tarjeta. —Llámeme cuando quiera. La ayudaré en lo que pueda.

Cogió la tarjeta a regañadientes. —Cuando...

—La avisaré. No debe preocuparse por ello. Él ya lo ha dispuesto todo al lado de la tumba de su madre. —Le miró sorprendida. —Lleva esperando este momento mucho tiempo. No debe atormentarse por esto. Nada de lo que le ha ocurrido es responsabilidad suya.

—Lo sé, pero...

—Se siente culpable por dejarle aquí. No debe hacerlo. Él quiere estar en este lugar porque lo considera su hogar. Ahora váyase. Voy a entrar a ver a mi paciente.

Asintió. —Gracias.

Caminó por el pasillo limpiándose las lágrimas y al llegar al final vio como aún estando destrozada, enderezaba los hombros poniéndose las gafas para salir. Entrecerró los ojos aún sintiendo la estela de su perfume y abrió la puerta entrando en la habitación —James, tienes una hija muy fuerte.

James sonrió mirando por la ventana. —Como su abuela. Es igual que



mi madre.

## Capítulo 6

Se pasó sentada en el coche más de dos horas y ni se dio cuenta de que empezaba a llover sintiendo que había vivido otra vida. Cientos de recuerdos horribles se mezclaron con los momentos buenos y las risas. Recordó a su madre sentada a su lado acariciándole el cabello mientras la enseñaba a leer y como en una Navidad grababan un video mientras recibía su primera bicicleta con ruedines. Suspiró apoyando la frente en el volante y se dijo que eso ya era el pasado y el presente era lo que importaba de veras. Y el sonido de su presente llegó hasta ella porque el teléfono empezó a sonar. Miró la pantalla del móvil sobre el asiento del pasajero y el dibujo del diablo le provocó un escalofrío.

Miró al frente encendiendo el motor y regresó a Nueva York. Tenía que pensar en la manera de salir de esa sin que su futuro se viera comprometido y que su revista no sufriera por ese aprovechado sabelotodo.

Llegó a su piso y entró escuchando el sonido del móvil en su bolso. Al dejar las llaves sobre el plato de plata del aparador, vio como Robert salía de su despacho. Apretó los labios porque ese era su espacio, pero al parecer se creía con derecho a hacer lo que le diera la gana.

—¿Se puede saber dónde has estado? —gritó furioso.

Rudi salió de la cocina asustada. —¿Qué pasa?

—Rudi recoge las cosas del señor Harrison porque se va de inmediato de esta casa. —Ambos la miraron sorprendidos. —Si se resiste, llama al portero. —Como si nada pasó ante ellos yendo hacia su habitación.

—Perdona, ¿qué acabas de decir?

—No, si a ti ya no voy a decirte nada más. Todo lo que tengas que hablar conmigo, hazlo a través de mi abogado.

Le cerró la puerta en las narices y él abrió la puerta de nuevo. —¿Qué coño te ha dicho? Te ha convencido, ¿verdad?

Ella ni le miró entrando en su vestidor y bajándose la cremallera del vestido. Se lo quitó mientras él la observaba y lo tiró para lavar. El brillo de su anillo de compromiso hizo que lo recordara y se lo quitó tirandoselo. Chocó contra su pecho antes de caer sobre la moqueta ante sus impecables zapatos. —¿No me has oído? ¡Lárgate de mi casa!

—Si crees que no puedo hacer lo que te dije que haría, es que estás loca.

Sonrió irónica. —Atrévete. Tengo pruebas que demuestran que mientes. —Se quitó la ropa interior y entró en el baño. Abrió el grifo de la ducha mientras él la observaba fríamente.

—¿Qué pruebas?

Se volvió lentamente. —Te lo repito. Si quieres hablar conmigo por algún motivo que no llevo a imaginar, hazlo a través de mi abogado. Tú y yo no tenemos más que hablar. —Entró en la ducha y levantó la cara para que el agua la relajara.

La cogió por el brazo volviéndola y Allegra chilló al sentir el frío mármol en su espalda. Estaba realmente furioso sin importarle que se empapara su ropa. —Si crees por un momento que voy a dejar que tu madre se salga de rositas, es que estás tan mal de la cabeza como ella. Lisa mató a mi padre y pienso hacer que lo pague.

Levantó la barbilla. —Pues prepárate para luchar porque acaba de encontrar una aliada. ¡Ahora sal de mi casa de una puta vez! —le gritó a la cara.

Robert entrecerró los ojos. —Te lo advertí.

—No voy a dejar que me chantajees más. —Sonrió fríamente. —Por cierto. La boda queda cancelada.

—¿Qué te ha contado? ¿Que se separó de ti porque tu abuela la obligó? —preguntó con desprecio—. ¿Qué te quería más que a nada, pero que lo que le ocurrió a su marido la trastornó? —Allegra palideció. —Pues entérate bien, el tiempo que estuvo con mi padre jamás habló de ti. ¡No le importabas una mierda! Solo hay una cosa que le interese de ti y es tu cuenta bancaria, cielo.

En ese momento le miró a los ojos y supo que se había enamorado de ese desalmado. Su incredulidad y su desprecio se reflejaron en sus ojos y Robert frunció el ceño. —Nena, no la creas.

—Desaparece de mi vista, maldito hijo de puta —siseó fríamente.

Robert dio un paso atrás sorprendido. —Allegra, estás cometiendo un error que te va a costar muy caro.

—No creas. ¡Porque puede que digas a todos quién es mi padre, puede que digas que estoy loca, incluso puedes decir que mi madre mató a tu padre, pero olvidas algo, incluso yo lo olvidé durante estas semanas! ¡Soy Allegra Brown y te juro que si intentas joderme, vas a pagarlo muy caro! ¡Empezando por esa fusión que te está costando tanto! —Dio un paso hacia él. —¿Quieres guerra conmigo? ¡Pues prepárate porque vas a perder hasta la camisa!

Robert la cogió por la cintura y la pegó a su cuerpo atrapando su boca. Furiosa le agarró por el cabello, pero en lugar de rechazarle perdió el control besándole apasionadamente y él la pegó contra la pared levantando su muslo.

Sin dejar de besarse como si estuvieran desesperados sintió su miembro entrando en ella con un fuerte empujón y Allegra gritó en su boca. Robert se apartó para mirarla a los ojos mientras ambos con las respiraciones agitadas disfrutaban de cada empujón una y otra vez. Allegra cerró los ojos arqueando su cuello hacia atrás cuando sintió que su vientre se tensaba con fuerza y Robert la besó en el cuello sin dejar de moverse hasta que con una última embestida ambos gritaron de placer mientras les recorría un orgasmo que les sorprendió por su fuerza. Robert la abrazó a él y Allegra dejó caer la pierna abrazando su cuello. Reprimiendo las lágrimas porque tenía que irse de su vida, dijo irónicamente —Como polvo de despedida no ha estado mal. Ahora vete.

Robert se tensó con fuerza y se apartó para mirarla a los ojos. —Nena, me estás cabreando. —Ella levantó una ceja apartándose de él y tranquilamente cogió el champú para empezar a enjabonarse el cabello. —Tú lo has querido, Allegra.

Cuando se volvió, él ya no estaba allí. Cerró los ojos apoyándose en la pared sabiendo que lo que había sentido con él no lo sentiría jamás.

—¿Estás segura de que quieres publicar esto? —preguntó Melisa mirando su perfil con pena.

Ella volvió su sillón lentamente para mirarla a los ojos. No había dormido en toda la noche pensando en la forma de conseguir que su empresa no se resintiera por su infancia y esa era la única manera. Contando su historia. Su punto de vista a todo el horror que había vivido antes de que las especulaciones la hundieran. —Que salga en un número especial hoy mismo. Con lo que teníamos preparado para dentro de dos semanas.

—¿Y el número de dentro de dos semanas?

—Lo haremos de nuevo. Que todos se pongan a trabajar ya.

—¿Y la portada?

—Llama a Cloe. Quiero que las fotos las haga ella.

—Bien Allegra.

—Y devuelve todos los regalos. No quiero nada relacionado con esa boda en mi despacho, ¿lo has entendido?

—Sí, Allegra.

En cuanto salió tomó aire. Sabía cómo quería las fotos. Iba a temblar la ciudad cuando saliera el número, pero estaba preparada. Levantó la barbilla antes de coger el auricular de su teléfono privado y marcar el número que recordaba de memoria. —¿David? Si soy Allegra. Prepara la avioneta para esta noche. Llena el depósito. Sí, voy a volar de noche, quiero salir de la ciudad cuanto antes. —Colgó el teléfono y marcó otro número. —Soy Allegra Brown, quiero hacer mi testamento.

El número salió al día siguiente y fue un éxito de ventas. De hecho tuvieron que imprimir dos ediciones más porque solo la foto de la portada había agotado la revista en apenas una hora. Allegra miraba a la cámara desnuda mientras se abrazaba las piernas con la mejilla sobre las rodillas. Era una foto en blanco y negro que mostraba sus ojos violetas. El titular era simple. Allegra al desnudo.

Los titulares en internet demostraron que las redes se estaban volviendo locas y varios programas de televisión empezaron sus matinales con su historia. Pero ella no vio nada de eso, porque estaba en su casa de la

República Dominicana con Rudi. Miraba el mar desde la arena y su amiga se acercó abrazándola por los hombros para pegarla a ella. Lloró sin poder evitarlo y Rudi le susurró una y otra vez que todo iría bien. Que lo único que debían recomponer era su corazón roto. Lo superaría. Era fuerte y lo superaría.

Dos meses después

—Esta noche estamos aquí para premiar una saga de mujeres que han demostrado que la lucha y el tesón pueden hacer que se superen adversidades, incluso llegando a lo más alto de una carrera. Mujeres que tienen un corazón a pesar de lo que dicen las apariencias y que no por eso son menos sensibles a los dolores ajenos. Premiamos cincuenta años de éxitos y saber hacer. Esta noche premiamos a la difunta Glory Anne Brown y a Allegra Brown al frente de la revista *Divene*.

La sala se levantó aplaudiendo con fuerza y Allegra sonrió a Melisa antes de levantarse también, mostrando su vestido de delicado encaje negro. Saludó a sus más estrechos colaboradores y subió los tres escalones que llevaban al escenario, mostrando sus sandalias negras. Caminó hasta el maestro de ceremonias y recogió el premio a una trayectoria por revista femenina. Un honor que jamás recogió su abuela.

Cogió el premio sonriendo a las cámaras emocionada y el público empezó a sentarse para escucharla cuando alguien gritó —¡Te queremos Allegra!

—Gracias. Gracias a todos. —Tomó aire y sonrió. —Este premio no me lo esperaba, la verdad. —Varios se echaron a reír. —A mi abuela le habría

encantado este reconocimiento de la prensa. Ella diría “Maldita sea, ya era hora”—El público se echó a reír de nuevo. —Y es que mi abuela era así. Quienes la conocisteis, podríais pensar que era una mujer dura y que sabía lo que quería. Yo conocí a la mujer tierna que me arropaba por las noches y me daba un beso antes de dormir. Conocí a una mujer que hubiera hecho lo que fuera por las personas que amaba. Puede que no fuera lo correcto, ¿pero quién le decía a mi abuela lo que era correcto o no? —Las risas la hicieron sonreír. —Dicen que me parezco a ella y realmente espero que sea así. Siempre supe que dirigiría Divene y ese ha sido mi sueño. Hacer la revista de moda femenina más importante del mundo. Espero que ese sueño se cumpla algún día. Gracias a todos.

Salió del escenario entrando entre bastidores y recibió las felicitaciones de los otros premiados. Su confesión a la prensa le había dado eso. El respeto por su profesión y su persona, había subido varios grados. Ahora entendían más como era y ya no la veían como una amargada con mala leche, sino una persona que se tomaba tan en serio su trabajo que a pesar de lo duro que había sido vivir sin padres, se había convertido en una mujer de éxito que también tenía sentimientos.

Una periodista de uno de los matinales más exitosos de los Estados Unidos se acercó a ella sonriendo. —Es cierto, tu abuela estaría muy orgullosa.

—Lo sé, Marcia.

—Sé que no haces entrevistas, pero si... —Se echó a reír porque perdió la sonrisa de golpe. —Sí, igualita que tu abuela. ¿Sabes que una vez le pedí trabajo? —Se echó a reír más fuerte. —Me miró de arriba abajo y me dijo que me fuera a la televisión. El mejor consejo que me han dado nunca.

—Ella era así.



—Ahora te voy a dar yo uno... —Se acercó y le susurró al oído — Harrison no se va a rendir fácilmente. —Se tensó con fuerza mirando sus ojos ambarinos. —Hace una semana le vi en Londres. Me preguntó por ti. Si sabía cómo estabas. Puede que hayas decidido suspender la boda porque estabas confusa respecto a lo que sentías por él, pero Robert lo tiene muy claro.

—¿Qué te dijo?

—Oh, no mucho. Pero fue su mirada al preguntar por ti. Como si estuviera hambriento por saber cómo estabas. Está a punto de volver. ¿Lo sabías? —A Allegra le dio un vuelco al corazón. —Y creo que esta vez no vas a poder evitar esa boda. Por cierto, ¿sigo invitada?

—Muy graciosa. No me extraña que tengas tanta audiencia.

La presentadora se alejó riendo, pero Allegra apretó el trofeo entre sus dedos aparentando que todo estaba bien. Pero nada estaba bien desde que ese hombre había entrado en su vida.

Llamaron a la puerta y le dijo a Sara que le estaba enseñando unos modelos nuevos para la revista —Espera un momento. Adelante, Melisa.

Su secretaria metió la cabeza. —Jefa, te traen algo.

Asintió mirando una de las fotos de modelos masculinos. —No, demasiado delgado. Tráeme hombres de verdad, Sara. Estos parecen palos andantes con cara de niña.

Un hombre entró en el despacho con un gran ramo de flores y entrecerró los ojos al ver que eran rosas rojas. Otro hombre dejó una caja de cartón sobre la mesa y se sobresaltó cuando escuchó dentro de la caja un sonido suave. —¿Qué es esto?

—Lo dice en la tarjeta —dijo el repartidor poniendo el jarrón sobre la mesa al lado de la caja—. Que tenga un buen día.

Como si fuera una bomba las tres miraron la caja durante varios segundos y escucharon el sonido de nuevo. —¡No lo abras! —dijo Melisa—. ¿Y si es una bomba? Hay mucha rencorosa en el mundo de la moda.

—¿Y las flores? —preguntó Sara como si fuera idiota.

—Para el funeral.

—Eso me deja mucho más tranquila, Melisa.

—Para eso estoy, jefa.

—Venga ábrelo. —Las dos miraron fijamente a Sara que se sonrojó. — Quiero decir... vamos que... ¡Vale, la intriga me está matando!

Levantó una de las solapas de la caja y apartó la mano al ver pelo blanco. —¡Está vivo!

—¡Lo sabía! Es una rata o algo así. —Melisa entrecerró los ojos. —Una advertencia. Como la mafia.

—Oh, por Dios. —Sara abrió las solapas y las tres miraron un gatito blanco que era todo pelo.

—Oh... qué monada —dijo Melisa cuando levantó la carita para mirarlas—. Que ojitos azules tan bonitos.

—Tiene hasta un cascabel. —Sara miró a su jefa que se había quedado mirando el gatito con la mirada perdida, recordando cuando de pequeña le había pedido a su madre uno exactamente igual.

Melisa le hizo un gesto a Sara que salió pitando del despacho. —Jefa, ¿no lo coges?

Levantó la vista de golpe hacia ella. —¿Qué?

—Seguro que está asustado. Querrá cariño.

Lo cogió lentamente con mucho cuidado llevándolo al pecho, sin importarle su camisa de cuatro mil dólares. El gatito ronroneó y sonrió sin poder evitarlo. —Es precioso, ¿verdad?

—La tarjeta...

Se sentó en su asiento y el gato se quedó sobre sus piernas cogiendo la tarjeta. —Seguro que me lo ha enviado mi madre.

—Lo dudo —dijo Melisa por lo bajo mirando el enorme ramo de flores.

Sacó la tarjeta del sobre y perdió la sonrisa poco a poco.

*“Gracias por la documentación que me enviaste a través de mis abogados. Me ha abierto los ojos en muchos aspectos. Pero sobre todo en uno, nena. Te echo de menos. Estoy en Nueva York. Por favor sal conmigo a cenar. Robert.”*

Se quedó mirando la tarjeta varios segundos y Melisa se apretó las manos. —¿Allegra?

—Si llama Robert, dile que no estoy disponible ni esta noche ni nunca.

Melisa apretó los labios. —Sí, Allegra. ¿Me llevo las rosas y el gato? ¿Hago que se lo devuelvan?

Miró al gatito que estaba tan a gusto sobre sus piernas con la cabecita sobre sus patitas. Acarició su lomo y susurró —No, déjalo.

Melisa disimuló una sonrisa. —Bien.

—Ponme con mi madre.

—Sí, Allegra.

En cuanto salió, ella cogió al gatito levantándolo ante ella. —¿Y a ti cómo te llamo? —Vio que era hembra. —Divine. Porque eres divina, mi

preciosa gatita. —Se fijó en el cascabel que llevaba al cuello y se le cortó el aliento al ver que era de oro y diamantes. Gruñó abrazándola de nuevo. — Bueno, da igual que tenga estos detalles. No pienso cenar con él. Además, es nuestro primer día juntas. No puedes estar solita en casa. Rudi sí que va a sacar las uñas cuando te vea, pero te va a querer mucho, ya verás.

El teléfono sonó y Allegra levantó el auricular. —Hija, no esperaba tu llamada. Acabo de llegar a casa de mi carrera diaria.

Aunque Allegra seguía manteniendo las distancias porque algo en su interior le impedía comportarse de manera más cariñosa, poco a poco habían entablado una relación telefónica y se llamaban a menudo. —Has hablado con Robert, ¿verdad?

—Vaya, siempre directa al grano.

—Mamá...

—Vino a verme hace un mes. Se enteró de mi dirección por los abogados. Yo no tengo nada que ocultar, así que les di permiso para que se la dijeran.

—¿Y no me has dicho nada?

—Quería disculparse.

—No te fíes...

—No, de verdad, quería disculparse. Con las pruebas en la mano, habló con su tío y él tuvo que reconocer las deudas con Hacienda. Robert no es tonto y después de hacer cálculos se dio cuenta de que yo no había sacado nada de ese matrimonio.

Frunció el ceño. —No me puedo creer que se haya disculpado. Te odiaba.

—Tenían que echarle la culpa a alguien y me la echaron a mí.

—Mamá, ¿no estás harta de que te responsabilicen por cosas que no has hecho? ¿Por qué dejaste que fuera a verte? Deberías escupirnos a todos a la cara.

Su madre se echó a reír sorprendiéndola. —No debería haberme casado con él. Cometí un error.

—¿También fue un error casarte con papá?

—No. Eso no fue un error.

—¿Por qué?

—Porque le amaba más que a nada en la vida. Incluso más que a ti. — Pálida perdió el aliento. —Si te hubiera querido como tenía que haber hecho, tendría que haberle dejado en cuanto empezaron los problemas serios. Así tú no hubieras sufrido. Pero fui egoísta y lo perdí todo.

—Intentaste protegerme.

—Sí, pero no fue suficiente. Hice bien en dejarte con tu abuela. No estaba bien en ese momento y por eso me casé con Robert. No era yo.

—¿Y ahora eres feliz?

—Sí, hija. Soy feliz porque hago lo que quiero cuando quiero. Tengo el dinero que me dio tu abuela y lo he invertido bien. En cuanto murió Robert me di cuenta de que tenía que encauzar mi vida y ahora soy feliz.

—Me alegro mamá.

—Sé que lo haces. ¿Sabes por qué estoy orgullosa de ti? Porque has sabido enfrentarte al amor para salir triunfante. Puede que te haya dolido más que nada, pero hiciste lo que tenías que hacer.

—Quiere verme.

—Creo que lo que ha ocurrido entre vosotros no es responsabilidad vuestra. Igual deberíais quedar para hablarlo sin precipitar las cosas.

—No sé si soy capaz de hablar con él.

—Entonces espera hasta que estés preparada. Tómate tu tiempo. Si es el hombre de tu vida, tu corazón te lo dirá.

—Eso decía la abuela.

—Una persona muy sensata. Tenía mala leche, pero... —Allegra se echó a reír. —Así me gusta, hija. Que te rías. Solo quiero que seas feliz.

—Lo intentaré.

—Oye, he visto que te han dado un premio.

—¿Lo has visto? —preguntó sorprendida.

—Aquí tengo internet, ¿sabes?

—Sí, me lo imagino.

—Estabas preciosa con mi vestido.

—Te diste cuenta...

—¿De dónde lo sacaste?

—Lo que no te llevaste estaba en el trastero. Había muchas cosas de papá. Sus discos... incluso su ropa.

—Oh, Dios... —dijo emocionada—. ¿Puedes hacerme un favor?

—Claro que sí.

—¿Me lo puedes enviar?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Por supuesto que sí, mamá. Haré que te lo envíen de inmediato.

—Eh, eh. No quiero que llores, ¿me oyes? Ya lloraste todo lo que tenías que llorar en el funeral, cielo. Ahora a seguir adelante.

—¿Cuándo vendrás?

A su madre se le cortó el aliento. —¿Qué te parece si voy el mes que

viene? Ahora la tienda tiene mucha clientela y no puedo ausentarme.

—Es irónico que tengas una tienda de ropa.

Lisa se echó a reír. —Pues sí. Tu abuela pondría el grito en el cielo con los modelitos que vendo.

—Seguro que sí.

—Te quiero, cielo. Llámame cuando quieras. No te lo dejes todo dentro como siempre y luego estalles con otra portada en pelotas.

Allegra se echó a reír. —De acuerdo. —Iba a colgar, pero dijo — Mamá...

—¿Si?

—Hoy te quiero más que ayer.

—Eso es estupendo, mi ratoncito. Adiós.

—Adiós.

Colgó el teléfono y sonrió a Divine mirándola a los ojos. —¿Sabes qué? ¡Nos vamos de compras! —La gatita levantó la cabeza. —Sí, nunca voy de compras, pero vamos a comprarte un montón de cositas muy chic. —Solo tenía que levantar el teléfono y pedir lo que quisiera, pero eso quería hacerlo ella misma. La cogió en brazos y agarró su bolso. —Vamos allá.

## Capítulo 7

Salió con su gatito colgado del brazo y la gente la miraba con la boca abierta salir del edificio. Solo había dos periodistas que le sacaron fotos con su gata de la que entraba en su coche donde Justin no salió de su asombro. —Tenga cuidado no te haga sus cositas encima, Allegra.

Ella se echó a reír. —No, es una gatita muy limpia.

—Prepárate...

—¿Tienes gato?

—No. Pero tuve uno de pequeño. Les encanta arañar. Tú tienes unas cortinas muy finas en tu piso.

—Uy no, Divine. Las cortinas no. Me harás caso.

—Sí, ya.

Allegra soltó una risita sintiéndose muy feliz. —Nos vamos de compras, Justin. Necesitamos muchas cositas.

—Va a ser la gata más chic de Nueva York.

—Eso no lo dudes.

Y se volvió loca. Le compró de todo y eso que no pensaba vestirla. Pero todo lo demás cayó. Cama, trasportín de lujo para sus viajes, sofá de terciopelo verde agua a juego con su cama y la decoración de su casa, el



recipiente para sus cositas, comida, cosas de aseo.... Ni ella pensaba que se necesitaban tantas cosas, pero disfrutó eligiendo cada una mientras Divine en el suelo a su lado la seguía asombrando al dependiente. —Es extraño, los gatos son muy independientes, pero parece que no quiere perderla de vista.

Sonrió agachándose para cogerla y el hombre preguntó —¿Quiere juguetes para que no le destruya los muebles?

—Por supuesto.

Cuando vio la torre de princesa hecha con cuerdas de colores que tenía una escalerita desde el suelo hasta el castillo se quedó con la boca abierta. —¿Y dónde pongo eso? —Se echó a reír sin poder evitarlo y el dependiente sonrió. —Vale, me lo llevo. —Colocó a la gatita en la plataforma del castillo y se metió dentro de él encantada de la vida. —Parece que le gusta.

—Le va a encantar. Si no sabe dónde está, búsquela ahí.

—Lo haré.

Cuando salió de la tienda de animales ya no tenía solo dos fotografías sino diez para ver a su gata.

—¿Es cierto que ha vuelto con Robert Harrison y que es un regalo suyo?

Sin contestar se metió en el coche mientras los empleados de la tienda metían sus cosas en el maletero. El castillo se lo llevarían a casa. Acarició a su gata y pensó en lo que acababan de preguntarle. O se lo había dicho Robert o Melisa, porque Justin no lo sabía. Seguro que había sido Robert que volvía a la carga. Melisa nunca le había contado sus cosas a la prensa. Apretó los labios. Bueno, se había quedado a la gata, así que ahora no había lugar para arrepentimientos. Sabía que Robert podía creer que volvería con él por eso, pero no pensaba hacerlo porque no se fiaba de él.

Estaba en su sofá viendo la tele con Divine al lado y Rudi salió de la cocina poniendo los ojos en blanco al ver a la gata metiendo sus uñitas sobre su manta de Hermès. —Allegra...

—¿Si? —preguntó distraída cambiando de canal.

—Da igual.

—¿Ya están los espaguetis? Tengo hambre.

—La salsa casi ya está. Enseguida los pongo a hervir.

Llamaron a la puerta y Rudi la miró. —¿Quién es?

—No sé. —Se encogió de hombros. —Pero si no abres no lo vas a saber.

—Muy graciosa.

Cogió una patata frita y Divine saltó sobre sus piernas mirando cómo se la comía. —No, para ti no hay.

—Un gato que come patatas fritas. Increíble.

—Garfield comía lasaña.

Rudi soltó una risita abriendo la puerta, pero la perdió al ver quien estaba al otro lado. —¿Cómo has podido subir sin que nos avisara el portero?

Robert levantó una de sus cejas negras. —¿Puedo pasar?

—Es obvio que no. Te aconsejo que te vayas.

Él miró hacia el sofá donde Allegra seguía cambiando de canal como si no supiera que estaba allí, demostrando que le ignoraría todo lo que pudiera. Robert apretó los labios. —Allegra, ¿puedo pasar? Solo quiero hablar contigo un momento.

Allegra cogió a su gatita y salió del salón en dirección a su habitación perdiéndola de vista. Robert suspiró agachando la cabeza, pero cuando Rudi intentó cerrar la puerta, puso una mano en ella empujándola y entrando en el ático.

—¡Te he dicho que no puedes pasar!

Sin hacerle caso Robert fue hasta su habitación y abrió la puerta viéndola sentada en la cama con la gata a su lado.

—¿Qué haces aquí?

—¡Vamos a hablar de esto!

—¡No quiero hablar contigo! ¿No te quedó claro la última vez que te vi?

—Rudi llegó a la habitación y al ver que estaba preocupada le dijo — Tranquila, yo me encargo de él.

—Estaré en la cocina terminando la cena.

Se quedaron en silencio mirándose a los ojos mientras su amiga se alejaba. Aunque Allegra sabía que no estaría muy lejos por si tenía que pedir ayuda. —Te aconsejo que te vayas.

Robert miró a la gata. —Veo que te ha gustado mi regalo.

—Es que me encariñé de ella antes de saber quién me lo regalaba. Leí la tarjeta después. Un error que no voy a volver a cometer. Porque yo no cometo el mismo error dos veces —dijo fríamente.

Él se pasó la mano por su cabello negro. —Nena, sé que me pasé, pero intento arreglarlo.

—Es que no hay nada que arreglar.

—No lo hubiera hecho. No hubiera contado nada que te hubiera hecho más daño.

Sonrió asqueada. —Vete por favor o me va a sentar mal la cena.

—Estaba furioso con ella, ¿no lo entiendes?

—¡Es a mí a quien heriste, Robert! ¡Yo no tenía culpa de nada!

Robert perdió todo el color de la cara. —Lo sé. Pero te necesitaba para encontrarla y...

—¡Y mis sentimientos te importaban una mierda! ¡Tú mismo lo dijiste!  
—Sonrió maliciosa. —Afortunadamente ahora no tienes con qué presionarme, así que creo que lo mejor es que te vayas.

Él dio un paso hacia ella, pero Allegra dio un paso atrás asustada sin darse cuenta de todo lo que mostraban sus ojos. A él se le cortó el aliento. — Nena, lo siento. He hablado con tu madre. Me lo ha explicado todo y...

—¡Tus explicaciones no me interesan! ¡Vete de mi casa!

Robert se volvió y a Allegra se le retorció el corazón porque parecía realmente arrepentido, pero ella no podía permitirse que volviera a hacerle daño.

—Leí la revista. —Se le cortó el aliento al ver que no se volvía como si le costara decir eso. —Siento mucho lo que ocurrió y debo darte las gracias por no contar lo que hice yo. Fuiste muy delicada con el tema de nuestra separación y te lo agradezco. Podía haber salido muy perjudicado si hubieras dicho algo. —Ella no respondió. —Y también siento el fallecimiento de tu padre. Lo siento mucho, nena. Sé que te dolió. —Se apretó las manos resistiéndose a llamarle viendo cómo se alejaba.

Rudi vio como salía del piso y giró la cabeza para mirarla apenada. Allegra se sentó en la cama sintiéndose hecha polvo. Tenía la sensación de que era sincero, pero no podía creerle. ¿Y si le hacía daño de nuevo?

Rudi se acercó sentándose a su lado. —Qué hombre. —Asombrada la miró. —Niña, es que si tuviera tu edad, me lanzaba en plancha y me daría igual todo.

—¿Y dejar que vuelva a hacerme daño?

—¿Y si no ocurre? ¿Y si solo quiere estar contigo y está realmente arrepentido?

—No creo que pueda olvidarlo. ¿Sabes? Antes de hablar con mi madre o

mi padre hubiera hecho y aguantado lo que hiciera falta con tal de que la revista no sufriera daño. Lo hubiera hecho por la abuela y por todo lo que sacrificó en la vida para llevar la empresa hasta donde está. Pero después de ver como mis padres destrozaron sus vidas, me di cuenta de que no podía hacer lo mismo con la mía.

—E hiciste bien.

—No confío en él y creo que no lo haré nunca. Esa no es una buena base para una relación. No puedo confiar en una persona que es capaz de pisar a otra para conseguir lo que quiere.

—El odio hace que no nos demos cuenta de muchas cosas. Y yo creo que Robert al fin ha entendido que no tiene ninguna posibilidad después de esta noche.

—¿Tú crees? —preguntó sintiendo miedo.

Rudi se levantó. —Sí, su cara al salir lo decía todo. Ya no tendrás que preocuparte por él. Vamos a cenar.

Rudi no daba una, pensó para sí desde la puerta de su despacho. Levantó una ceja girando la cabeza hacia Melisa, que soltó una risita viendo todos los globos en forma de corazón que había en su despacho y la enorme cesta de chocolates que había sobre su escritorio.

—Me encanta este hombre.

—Ya me he dado cuenta.

—Al parecer no se va a dar por vencido —dijo como si nada acercándose a la cesta. Cogió la tarjeta—. Como no te importa, ¿puedo leerla?

Le arrebató la tarjeta haciéndola reír. —Empieza a recoger globos.

La miró ilusionada. —¿Puedo soltarlos en la azotea?

—¡Melisa pareces una niña! —De repente sonrió. —Coge por ahí que yo cojo por aquí.

Cogieron de las cuerdecitas y tiraron de todos los globos hacia la salida. Rieron porque casi no pasaban por la puerta. Miraron a ambos lados por si venía alguien por el ascensor y corrieron a la escalera. Riendo subieron las escaleras hasta la azotea y se acercaron al borde. Se miraron y Melisa dijo — Pide un deseo.

—Son globos.

—Venga, no me quites la ilusión. Seguro que sirve para algo. Pide un deseo.

—Está bien. Deseo...

—¡Para ti! No lo digas en voz alta que no se cumple.

Sonrió mirando al cielo y deseó encontrar a un hombre que la hiciera feliz. Soltaron los globos y rieron como niñas al ver como ascendían. Vio que las miraban del edificio de enfrente y susurró —Nos están mirando.

—¡Qué miren!

Volvieron a mirar al cielo viendo cómo se dispersaban. Melisa se cubrió los ojos con la mano. —¿Aquello es un helicóptero de la policía?

Allegra jadeó antes de salir corriendo hacia la puerta de la azotea haciéndola reír a carcajadas. Al ver que era mentira levantó la barbilla. —Te acabas de quedar sin regalo en Navidad.

Su secretaria se partía de la risa y Allegra empezó a bajar las escaleras corriendo. —No te voy a dar ni un chocolate.

—¡Eh! ¡No me harías eso!

Corrieron hacia el despacho y se quedaron sin aliento al ver a un hombre de esmoquin con un violín en la mano en medio de su despacho. —Quería sorprenderla, pero el sorprendido he sido yo al no encontrarla.

—¿Quién es usted? —preguntó asombrada porque al parecer podía llegar cualquiera a su despacho.

—Soy un mensaje musical.

Melisa reprimió la risa. —Esto sí que no —dijo Allegra reponiéndose y dando un paso hacia él—. El mensaje... y ni se te ocurra cantar.

Se puso el violín en el hombro y ella carraspeó negando con la cabeza. El hombre bufó dejando caer el brazo. —Mi cielo, mi vida, por ti me muero. Te necesito a mi lado y un gesto espero. Si quieres cenar conmigo, Allegra soy todo tuyo. Y luego cantaba Love is in the air. —Ambas levantaron las cejas. —¿Qué pasa? ¡Con el violín y cantado es mucho mejor! ¡Le ha quitado toda la gracia!

Rodeó el escritorio y la miraron como si esperaran algo. —¿Qué?

—Pues... —Movié el pulgar sobre el índice indicando que quería pasta. —La propina.

—Melisa...

—¿Quieres que te la cante a ti, guapa?

—Claro, hombre. Cántame lo que quieras.

Puso los ojos en blanco cuando cerró la puerta y se empezó a escuchar el sonido del violín. Era tan horrible como cuando lo recitó y no pudo evitar reír por lo bajo. El teléfono le sonó en ese momento. Al ver la pantalla se puso nerviosa por el diablo que apareció. —Mierda —susurró mirando la pantalla. Respiró del alivio cuando dejó de sonar. Pero le llegó un mensaje. Lo abrió sin despegar el teléfono de la mesa y estiró el cuello para leer: “*No me voy a dar por vencido.*”

Gruñó cogiendo el dossier de los anunciantes y se puso a trabajar. Al levantar la vista y ver la cesta de chocolates, cogió el abrecartas y rompió el celofán cogiendo la primera cajita que encontró. Bombones de licor. Perfecto. Nunca había probado ninguno de licor.

Cuando Melisa entró de nuevo una hora después comía chocolates a dos carrillos sentada en el sofá como si estuviera disfrutando de ellos. Hasta tenía los labios marrones. Jadeó acercándose a toda prisa arrebatándole la cajita. — ¡Eh, que son para mí!

Se acercó a su boca olfateando antes de apartarse como si oliera fatal. — Dios mío, ¿son de licor?

—Están buenísimos.

Intentó coger otro, pero ella apartó la caja antes de mirarla. — ¡Te los has comido todos!

Antes de que pudiera cogérselo, Melisa se lo metió en la boca. — Da igual. Hay otra cajita ahí. — Se levantó y dejándola de piedra vio como se tambaleaba a la derecha antes de llegar a la cesta. La cogió antes de que pudiera evitarlo y la abrió tirando la tapa al suelo antes de meterse dos en la boca.

Melisa hizo una mueca. — Allegra, ¿estás bien?

Ella sonrió asintiendo. — Están buenísimos. Se ha debido gastar una pasta.

Su secretaria miró la caja. Eran bombones suizos rellenos de coñac reserva. Sí que le debían haber costado su dinero, pero seguro que no se esperaba que se emborrachara con ellos y es que su jefa casi nunca bebía. Como mucho dos sorbitos de champán porque decía que se mareaba. Pues ahora no estaba mareada, estaba mareadísima. Casi ni atinaba al meterse el siguiente bombón en la boca. Cuando se fue a sentar en el sillón de piel



blanco que tenía para las visitas, se cayó en la moqueta y perdió un zapato al calcular mal. Gimió. —Tranquila, los bombones están bien.

—Ya. —Melisa levantó un dedo. —Voy a llamar por teléfono para anular la reunión de esta tarde.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida.

—Es que... necesitas un descanso.

—¿Lo necesito?

—Sí, un descanso bien gordo.

—Vale. —Se metió otro bombón en la boca. —Creo que no voy a salir a comer. —Soltó un eructo que ni un camionero. —No, estoy llena. —Se encogió de hombros. —Pero me comeré otro.

—Me parece muy bien. —Melisa corrió hacia el teléfono y marcó a toda prisa. —Tiene que venir ya. Tenemos una crisis de las gordas.

Allegra miraba el último bombón de la caja y se dijo que por uno más no pasaba nada. Se lo iba a meter en la boca cuando Robert entró en su despacho y sonrió al verla sentada en el suelo. Apoyó el hombro en el marco de la puerta observándola. —¿Y tú que haces aquí?

—He decidido pasar a verte. Nena, ¿estás borracha?

—¿Yo? ¡Si no he bebido ni gota! —Se metió el bombón en la boca y dijo con la boca llena. —Estos bombones están buenísimos, tienes que decirme dónde los has comprado.

—Será mejor que no. —Se acercó a ella y se acuclilló a su lado apartándole un mechón de la comisura de la boca. —Así que están buenos. —Miró sus labios y ella dejó de masticar entrecerrando los ojos. Robert

carraspeó mirando su vestido lleno de los papelitos que llevaban los bombones. —¿No me has dejado ni uno?

—Uno se lo comió Melisa. Le he dicho que eran para mí, pero no me ha hecho caso.

—Esta Melisa —dijo con una sonrisa en los labios—. Tendrás que despedirla.

Escuchó un jadeo, pero Allegra ni se dio cuenta—No, a Melisa no. La quiero mucho.

—Y yo a ti, Allegra.

Ella levantó la vista al techo. —¿Quién ha dicho eso? ¿Abuela?

Robert reprimió la risa. —Hora de irse.

—¿A dónde? —Negó con la cabeza. —Tengo que trabajar.

—Por hoy ya está bien.

—¿De veras? ¿Ya son las cinco?

—Sí, cielo. Son las cinco y nos vamos. Melisa.

La secretaria entró contenta como unas pascuas. —¿Si?

—Llama a Justin y que lleve el coche a la puerta principal para que los periodistas piensen que va a salir. Me la llevo por el garaje. Da orden para que dejen pasar a mi chófer.

—Enseguida.

Robert se acercó y la cogió por la cintura poniéndola de pie. —Nena, ¿y tus zapatos?

—¿Mis zapatos?

La sentó en el sofá y divertida vio como cogía sus zapatos y se agachaba para ponérselos. —Como la Cenicienta.

—Exactamente y te van perfectos, así que me quedo contigo.

—Ah, no. Seguro que hay más príncipes por ahí.

—No creas.

Sacó su móvil y llamó por teléfono, pero ella sonreía mirando sus zapatos beige tocándose las puntas. La cogió por la cintura levantándola de nuevo.

Melisa entró y corrió hacia su bolso para cogerlo. —La prensa la verá en su casa.

—Me la llevo a la mía. No la verá nadie. Avisa a Rudi de lo que ha pasado. —Ella asintió dándole el bolso. —Tú te encargas de la oficina. Si alguien la llama, ha tenido que irse. No des explicaciones.

—De acuerdo. Eso está hecho.

—¿Le gustaron los globos?

—Los soltamos en la azotea.

—Los globos— dijo Allegra sonriendo—. Eran muy bonitos.

—¿De veras, preciosa? —La pegó a él yendo hacia la salida. —Así que te han gustado.

—Quiero más.

—Tendrás todos los globos que quieras. ¿Y el cantante?

—Desafinaba.

—Vaya.

—Y no rimaba mucho.

—No volveré a contratarle.

—Pero la gatita es un amor —dijo mientras la metía en el ascensor—. Quiere dormir conmigo.

—Ah, no. Eso sí que no.

—Eso mismo pienso yo, pero me mira con esa carita y...

La apoyó contra la pared y pulsó el botón del bajo. —No debes ceder. Con lo dura que eres...

—Ya. —Le miró como si fuera una desgracia. —Va a hacer conmigo lo que quiera. Rudi dice que ya la consiento mucho.

—¿Y cuando tengas hijos? ¿Vas a consentirlos también?

Se encogió de hombros. —A este paso eso no va a pasar nunca.

—No creas —dijo por lo bajo antes de que se abrieran las puertas en el segundo piso. Cuando vieron quienes eran se detuvieron en seco y Robert les fulminó con la mirada, aunque a Allegra casi no la veían porque estaba cubierta por él.

—Lo cogeremos luego.

—Será lo mejor.

Al mirar a Allegra de nuevo sonrió porque le miraba la corbata fijamente como si intentara concentrarse. —¿Nena?

Levantó la vista hasta sus ojos verdes y sonrió. —¿Si?

—He pensado que podías perdonarme.

—Ah, no.

Ni borracha le perdonaba. Estaba claro que lo tendría difícil. —¿Seguro? No eres rencorosa.

—¿Ah, no?

—No. —Le acarició el cuello y Allegra cerró los ojos como si disfrutara de su contacto. —Me gustaría besarte.

Abrió los ojos como platos. —¿De verdad?

—Sí.

Ella le puso la mano en la cara apartándole y se echó a reír. —Qué tonterías dices, Robert.

Las puertas del ascensor se abrieron y ella salió del ascensor haciendo eses. Casi se pega con el borde de la puerta si no hubiera sido porque él la cogió por la cintura girándola hasta el coche donde esperaba su chófer que miraba a su alrededor por si alguien había visto algo. —A casa.

—Sí, señor.

—Entra por el garaje.

El chófer cerró la puerta cuando se sentaron y ella seguía riéndose. De repente se detuvo. —¿De qué me río?

Gruñó pasándole el brazo sobre los hombros pegándola a él. —Ni idea, nena.

Allegra levantó la vista hacia él y suspiró. —Hacíamos bien el amor, ¿verdad?

—Muy bien.

—Es una pena que no vayamos a repetir.

—Sí que vamos a repetir. Muchas veces.

—¿De verdad? —A Robert se le cortó el aliento cuando miró sus labios.  
—No, no creo.

Robert la cogió por la barbilla mirándola fijamente. —Sí que vamos a repetir.

—¿Y qué diría John?

—¿Quién coño es John?

—Mi novio.

Se apartó para mirarla bien a la cara. —¿Qué has dicho?

—¡Sí! —dijo como si fuera lo más obvio del mundo.

—Vamos a ver que me estoy poniendo nervioso. ¿Quién es John?

—¡Pues John!

La cogió por la barbilla de nuevo. —¿John qué? ¿Dónde le conociste?  
¡Porque hace dos meses no estaba en tu vida!

—Sí.

—¡No!

Entrecerró los ojos. —¡Anda que no! Le conocí cuando fui a ver a papá.  
Es su médico. Era su médico. —Soltó una risita. —Es tan bueno...

—¿No me digas? —preguntó entre dientes.

—Sí. —Perdió la sonrisa de golpe. —Pero no me he acostado con él. —  
Robert suspiró como si le hubieran quitado un peso de encima. —Pero creo  
que lo voy a hacer pronto.

—No creas.

—Sí, porque no quiero perderle. Es muy bueno conmigo.

—Eso ya lo has dicho, pero no vas a acostarte con él. —Sus dientes  
rechinaron mientras lo decía y ella parpadeó sorprendida. —Todavía no me  
has olvidado.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

—John dice que buscaba un apoyo masculino cuando me acosté contigo  
la primera vez. Que esa vena dominante que tienes, era mi muleta. Pero que  
al decir todas esas barbaridades de mi madre y al presionarme tanto, yo  
estallé porque mi personalidad tomó las riendas. Dice que nunca habiéramos  
sido felices porque somos muy iguales.

—Y estoy seguro de que él no se parece en nada a mí.

—Pues no. Es muy bueno.

—La madre que me pa... —Tomó aire intentando tranquilizarse.

Ella miró por la ventanilla. —Mi casa.

—¡No puedes ir a tu casa!

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Porque estás borracha, Allegra.

Le miró como si hubiera dicho un disparate. —Yo no bebo.

—Ya, pero los bombones tenían licor.

Entrecerró los ojos. —Me has envenenado a propósito, ¿verdad?

—Es obvio que tienes un gran concepto de mí.

—No quieras saber el concepto que tengo de ti. —Miró a su alrededor.

—¿Dónde está mi móvil?

—¿Y para qué lo quieres?

—Para llamar a John. Él destrozará tu picuda nariz. Hace full contact. No le he visto nunca, pero... —Al mirar hacia abajo buscando su móvil, se inclinó peligrosamente hacia la derecha cayendo sobre sus piernas. Se levantó de golpe. —¡Serás aprovechado!

Robert levantó una ceja divertido y la cogió por la nuca para acercarla a su cara. Allegra parpadeó dos veces para centrar la vista. —¿Robert?

—Sí, nena. Soy yo.

Ella gimió cayendo sobre su pecho. —Te he echado de menos.

Él acarició su espalda. —Y yo a ti también, preciosa. —Al no obtener respuesta entrecerró los ojos y miró hacia abajo para ver a Allegra dormida con la boca abierta sobre su impecable camisa.

## Capítulo 8

Allegra se despertó con un buen dolor de cabeza y abrazó su almohada. Frunció el entrecejo. Esa no era su almohada viscoelástica. Abrió un ojo para ver una pared roja que la hizo gritar sentándose en la cama. Al verse desnuda gritó de nuevo y volvió a gritar cuando vio salir por una puerta a Robert con una toalla rodeando sus caderas con cara de susto. Con los ojos enrojecidos como platos le señaló. —¡Tú! ¡Me has secuestrado!

—¡No! —Se acercó a la cama y Allegra chilló saltando sobre el colchón cogiendo la almohada para cubrirse. —Nena, te mareaste con los bombones. ¿Recuerdas los bombones?

—Bombones. —Entrecerró los ojos. Sí que los recordaba. Y entonces empezó a recordar un montón de cosas más como que le había dicho que le había echado de menos. Mierda. ¿Cómo salía de eso? Y lo más importante. ¿Se había acostado con él? Le fulminó con sus ojos violetas. —¿Te has aprovechado de mí?

—¡Nena! Te lo perdono porque tienes un concepto de mí algo embarrado...

—¡No, no está embarrado! ¡Está lleno de mierda!

Él hizo una mueca. —¡No necesito pillarte borracha para llevarte a la cama!



—¡Perdona, pero tú no vas a volver a llevarme a la cama en tu vida!  
¡Antes hago que me lo sellen! —Saltó de la cama y vio su vestido en una  
silla.

Robert apretó los labios. —Allegra, no ha pasado nada. Te quedaste  
dormida y te desnudé para que estuvieras cómoda.

—¡Claro, por eso me quitaste hasta las bragas! —Se subió la cremallera  
mirándole con odio, antes de agacharse de nuevo para coger sus zapatos y su  
bolso. Con los zapatos pegados al pecho para intentar ver el interior del  
bolso, vio por el rabillo del ojo que Robert daba un paso hacia ella. —¡Ni te  
acerques!

—No tienes el móvil. Te lo dejaste en el despacho sobre el escritorio.

Levantó la vista hacia él como si fuera el responsable. —¡Pues llámame  
un taxi! —Fue descalza hacia la puerta de la habitación y la abrió haciendo  
que la puerta golpeará contra la pared. —¡Y esta habitación es horrible!  
¡Demanda a tu decorador!

—Es de alquiler.

Se volvió rabiosa. —¡Me importa un pito! ¡Mi taxi!

—¿Seguro que no quieres desayunar?

Le señaló con uno de los zapatos. —O llamas un taxi o te... —Lo pensó  
porque estaba algo espesa con el dolor de cabeza. —¡Llama a un puñetero  
taxi, Robert! ¡Tengo una reunión a las nueve!

—Pues llegas tarde, porque son las nueve y media.

Le miró con horror. —Nunca he llegado tarde a una reunión.

Robert se preocupó al ver que iba a ponerse a llorar y levantó las manos.  
—Tranquila, nena. Estás a punto de tener un ataque de histeria.

—¡Yo no me pongo histérica! —gritó rabiosa dejando caer el otro

zapato antes de tirarle a la cabeza el que tenía en la mano—. ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Siempre complicándome la vida!

—¿Un cafecito?

—¡Qué te den! ¡No quiero ni verte!

—Eso me ha quedado claro. —Muy tenso se agachó cogiendo el zapato y se acercó tendiéndoselo. —Arréglate mientras llamo el taxi. ¿No querrás que te vea así la prensa?

—¿Me ha visto la prensa entrar en tu casa? —gritó horrorizada arrebatándole el zapato—. ¿Me ha visto borracha? No vas a parar hasta que me arruines la vida, ¿verdad?

Robert entrecerró los ojos y le dio una bofetada. Allegra sintió que la mejilla le ardía y giró la cabeza lentamente hasta Robert que al ver su mirada asesina dio un paso atrás. —Nena, intentaba calmarte. Dicen que eso funciona.

Allegra gritó como una desquiciada dejando caer al suelo su bolso y se lanzó sobre él con el zapato de aguja en la mano. Robert la cogió por los glúteos cuando se tiró sobre él, pero ambos cayeron al suelo rodando sobre la moqueta. Allegra acabó tumbada de espaldas con los brazos sobre la cabeza y Robert encima de ella. Con la respiración agitada se miraron a los ojos y Robert susurró —Dios, eres preciosa.

Ella miró sus labios y sin poder evitarlo levantó la cabeza atrapando su boca, besándole apasionadamente. Robert soltó sus manos cogiéndola por la cintura, tirando de su vestido hacia arriba antes de entrar en ella con fuerza y de manera exquisita.

Después de un orgasmo increíble, Robert se tumbó a su lado con la

respiración agitada. Allegra miró el techo diciéndose a sí misma que era un desastre. Eso estaba claro. Bueno, ahora tenía que empezar de nuevo a rechazarle y si seguía acostándose con él, lo iba a tener difícil. Se apoyó en sus codos mirándole fijamente. Robert sonrió. —¿Te encuentras mejor?

—Que te den.

—¿Volvemos a empezar?

—¡No vuelvas a llamarme, ni a mandarme nada, y sobre todo no vuelvas a hacerme el amor! —Se levantó recogiendo sus cosas de nuevo y salió por la puerta.

—¡Nena, te llamo luego por si quieres salir a cenar!

—¡Nunca más!

Robert hizo una mueca al escuchar el portazo. —Muy bien, preciosa. Tú lo has querido.

A partir de ahí el acoso era aún mayor. De hecho, no se cortaba en que toda la ciudad supiera que quería cortejarla. Flores a todas horas, joyas, lencería... Cualquier cosa que se pudiera regalar a una mujer apareció por su despacho. Y debía estar muy enterado de su vida porque hasta le regaló una bici blanca con cestita como la que tenía en la universidad. Seguro que había visto una foto de su pasado donde salía con ella.

Pero si todo fuera eso, estaría más o menos tranquila. No, Robert no se iba a quedar en eso. Él tenía que hacerlo todo a lo grande, así que le concedió una entrevista a Marcia donde se explayó a gusto sobre como Allegra era la mujer de su vida y como no se iba a rendir para conquistarla. Casi le da una apoplejía cuando vio su descarada sonrisa en la televisión.

Pero tampoco terminaba ahí, porque parecía que sabía a cada sitio al que iba y allí estaba siempre como si fuera su sombra. Y por supuesto esa noche no iba a ser menos. Esa noche se reunía lo más granado de Nueva York para mostrar sus mejores joyas, pues se premiaba los mejores trabajos de joyería del año y todas las marcas estaban allí. Y Allegra no le quedaba más remedio que asistir a la cena baile. Lo peor era lo del baile, porque sabía que Robert lo aprovecharía para acercarse a ella más de lo que le dejaba, que era casi nada.

Poniéndose el collar de su abuela, se miró al espejo acariciando el enorme diamante central en forma de corazón rodeado de esmeraldas. Fue la única joya que se compró su abuela a lo largo de su vida porque siempre le regalaban, pero en cuanto vio el collar no pudo evitarlo porque se decía que ella tenía el corazón de piedra y se lo había comprado para demostrar que su corazón era aún más duro. Su corazón era de diamante.

Allegra se había echado a reír porque era una mentira como una casa, pero a su abuela le gustaba que pensarán que era así. Aumentaba su leyenda.

—Estás preciosa —dijo Rudi tras ella con Divine en brazos—. Ese vestido estilo Gilda pero en verde, es maravilloso.

Se volvió echándose a reír al ver como acariciaba a su gata. —¿No dejas que se me acerque?

—¿Y que te arañe el vestido? Ni hablar. Dale un beso desde ahí.

Les lanzó besos a las dos cogiendo su bolso verde a juego con el vestido. —Bueno, me voy.

—Pásatelo bien. Y baila un poco. —Gruñó llegando al salón y Rudi se echó a reír. —Sí, baila con él y pásatelo bien. Vive un poco. Eres muy joven.

—¿La limusina está abajo?

—Claro. Acaba de llegar.

—Perfecto. Ciao. ¡No veas mucho la tele! —dijo saliendo del piso.

Rudi miró a la gata. —¿Qué te parece una latita de atún mientras yo pido una pizza? —Divine ronroneó. —Sí, sabía que no ibas a rechazarlo.

Salió de su edificio viendo como el chófer de la limusina de alquiler le abría la puerta. Ella entró dándole las gracias y se sobresaltó al ver a Robert a su lado. —Hola, preciosa. Estás deslumbrante.

—¡Será posible! ¡Estoy a punto de pedir una orden de alejamiento!

—Bah, no me harías eso.

—¡No quiero que nos vean juntos! ¡Solo da lugar a las especulaciones!

—Es que no hay especulaciones, nena. Nos vamos a casar.

—Sigue soñando.

—¿No me das un beso? —La cogió por la barbilla suavemente para que le mirara a los ojos. —Yo estoy deseando dártelo.

—Oh, ¿no me digas? —preguntó sin ningún interés antes de apartar la barbilla.

Robert suspiró. —¿Al menos bailarás conmigo?

—No sé bailar.

—Bueno, entonces tendré que aprovechar la cena.

Le miró asombrada. —¡No habrás sido capaz de pedir que te pongan a mi lado!

—No ha hecho falta. Me ven tan desesperado, que todos intentan ayudarme —dijo a punto de reírse.

—¡No tiene gracia Robert!

—¿Te estás poniendo histérica de nuevo? Por mí estupendo porque

termina como yo quiero. —Se acercó y le susurró al oído —Contigo entre mis brazos gritando de placer. Dime nena, ¿quieres que acabe así la noche?

Lo deseaba muchísimo, pero ni de broma volvería con un manipulador como él. —Deja de intentar entrar en mi vida —siseó ante su cara.

—Ya estoy en tu vida y ahí me voy a quedar. ¿Qué te parece la boda en primavera?

—Estás loco. Ahora no tienes con qué chantajearme, así que ya se te puede ir olvidando.

—Algo se me ocurrirá. ¿Has hablado con tu madre?

Bufó antes de mirarle a los ojos. —¿La has llamado de nuevo? No tienes vergüenza.

—Debo reconocer que me ha sorprendido. Es muy divertida. Y me llamó ella. —Allegra no salía de su asombro. —Al parecer sabe de mis hazañas sobre mis inútiles intentos de conquistarte y me ha dado unos consejos. Como mujer.

—¡No me lo puedo creer! ¡Os habéis aliado contra mí!

—No lo veas así. Es que ahora sabe que no busco nada más que tu felicidad.

—¡Pues desaparece!

—Cielo, eso no te haría feliz. Por cierto, ¿ya has dejado a ese matasanos?

Levantó la barbilla. —Pues no. Le he visto en la comida. —Ni de broma pensaba decirle que John se había partido de la risa con la situación y que le había dicho que entendía que estaba enamorada de Robert. Pero quería seguir siendo su amigo y habían quedado para comer. Y por la mirada de Robert, sintió una satisfacción enorme al ver que no le hacía ninguna gracia. Sonrió

mientras él intentaba no pegarle cuatro gritos como estaba deseando.

—Nena, deberías decirle la verdad.

—¿La verdad? Ilumíname, por favor.

—Pues que estás enamorada de mí y que nos vamos a casar.

Le miró con rabia. —Entonces tendría un gusto pésimo y todo el mundo sabe que no es así.

—No, si tienes un gusto exquisito. Solo hay que verte. Lo único que hace falta es que te des cuenta de que me quieres.

—Oh, ¿es que no me he dado cuenta?

—Pues no. Hemos empezado con mal pie.

—Has empezado tú con mal pie.

—Yo he empezado con mal pie, pero intento enmendarlo.

—Pues no te va a servir de nada. ¿Y quieres saber por qué? ¡Porque nunca confiaré en ti! —Robert se tensó. —Nunca sabré si quieres algo más. ¿Cómo sé que ahora no tienes otro plan oculto o que quieres vengarte de cómo suspendí la boda? ¿O de cualquier cosa retorcida que haya parido esa mente tuya? No, cielo. Nunca me casaré contigo. Nunca tendré una relación contigo, así que deja de hacerme perder el tiempo.

—Ya te pedí perdón por eso, Allegra.

—Como si eso fuera suficiente.

—¿Y qué es suficiente? ¿Qué necesitas para olvidarlo?

Le miró con rencor. —No lo olvidaré nunca. Te lo dije cuando te eché de mi casa y te lo vuelvo a repetir, no quiero verte más.

Robert apretó los labios mirando sus fríos ojos violeta. —Sonríe, preciosa. Hemos llegado.

Allegra sonrió porque al fin parecía que lo entendía. Salieron del coche y la cogió por la cintura pegándola a él mientras los periodistas les sacaban mil fotos. Pues no, no lo había entendido. No podía soltarse sin que se viera su rechazo, así que sonrió siseando —Te juro que como no me sueltes, hago que te partan las piernas.

Robert se echó a reír y le dio un beso en la mejilla. —Vamos, nena... Tengo hambre.

Entraron en el hotel donde era la fiesta y saludaron a varios conocidos. Robert no la soltaba y empezó a ponerse nerviosa. —Robert...

—Por una noche, déjate llevar —le susurró al oído erizándole el vello—. Solo una noche.

La miró a los ojos y sabía que no le dejaba opción, así que asintió para no tener discusiones en el salón rodeados de gente. Él sonrió y le cogió una copa de champán. —Por una noche inolvidable, cielo. —Sus ojos verdes prometían mil cosas y se sintió excitada.

Hablaron con conocidos suyos, con conocidos de él y miraron las vitrinas con las maravillosas joyas.

—Ese es perfecto para ti.

Allegra vio el broche y lo reconoció al instante. Su abuela le había hablado de él porque decía que su color era muy parecido al de sus ojos. El diamante rosado Darya-ye-Noor aunque según le diera la luz parecía más oscuro, como el color de sus ojos.

Sonrió sin poder evitarlo. —Mi abuela me habló de él. No me imaginaba que era tan grande.

—Ciento ochenta y dos quilates.

Soltó una risita. —Es una exageración. Mira la corona que tiene encima.



—Una exageración preciosa. Como tú.

Se sonrojó y Robert se echó a reír cogiéndole la mano cuando miró a su alrededor por si le había escuchado alguien.

Se fueron a su mesa cuando el maestro de ceremonias dijo que pasaran a cenar y todos se sentaron donde el cóctel de gambas les estaba esperando. Robert detuvo a un camarero y le dijo —Retírale el plato a la señora. Es alérgica al marisco.

Le miró sorprendida porque normalmente no decía nada porque en la mesa no se abriera un debate sobre las alergias. Pero lo hizo tan discretamente que solo se dio cuenta su compañera de al lado que era una rica heredera. —No puede escapársete. Si no me lo quedo yo.

—Me lo pensaré.

Se volvió hacia Robert y susurró —Sí que me has investigado. Eso solo lo saben mis allegados.

—¿Y yo no soy un allegado?

De inmediato le pusieron delante una ensalada del chef, metida en una especie de volcán de hojaldre. Tenía una pinta estupenda. Él levantó una ceja. —Casi te lo cambio.

—Tú a tus gambas.

Él se echó a reír y cogió el tenedor empezando a cenar. La cena fue muy distinta a las que tenía normalmente porque Robert hacía que fuera más distendida. Normalmente hablaban con ella con cierta distancia, pero gracias a él su grupo se divirtió bastante. De hecho, les invitaron a cenar esa misma semana por el aniversario de boda de uno de ellos.

—Gracias, pero intentamos estar solos todo el tiempo que el trabajo nos permite —dijo Robert afablemente y nadie se ofendió. Eso sí que la dejó de piedra porque normalmente cuando ella rechazaba una invitación a la cara, la

miraban como si les hubiera matado a su perro.

—Claro, todas estas fiestas serán un agobio para ti —dijo su vecina.

—Es trabajo. Si pudiera me hubiera quedado en casa comiendo espaguetis con extra de queso.

La mesa se echó a reír y la millonaria le dijo —Te entiendo.

Relajada se giró cuando empezaron los premios al postre y Robert se acercó acariciándole la espalda. —Voy al baño.

Ella asintió viendo como se alejaba antes de que se apagaran las luces y empezara a hablar el maestro de ceremonias. Vio que un camarero se acercaba para servir su copa de champán y cuando se inclinó ante ella vio la culata de una pistola. Se quedó helada cuando se alejó para servir la copa de Robert. Ella miró su copa asombrada, pero él miró sobre su hombro antes de girarse para ir a hablar con otro camarero. Le observó de reojo y nerviosa miró a su alrededor sin encontrar al organizador. Se levantó sin saber qué hacer y decidió ir a hablar con Robert. Se lo encontró en el pasillo de los baños y él sonrió. —No me digas que quieres un encuentro clandestino, porque entonces me vas a alegrar la noche, nena.

—Robert... —Corrió hacia él y Robert perdió la sonrisa.

—¿Qué ocurre?

—Uno de los camareros...

Se escucharon disparos y Allegra gritó sobresaltada. Robert la cogió de la cintura tapándole la boca y metiéndola en el baño de caballeros que estaba vacío. —Nena, no grites.

Asustada asintió. Se escucharon más disparos y gritos. Robert abrió las puertas de los baños y no había nadie. —Mierda. —Miró su collar. —Dame el collar.

—¿Crees que es un robo?

—La mayoría de las mejores joyas de Nueva York están ahí fuera. Dame el collar.

Angustiada se lo quitó con manos temblorosas y él se lo metió en el zapato colocándolo bajo el puente. —No podrás andar.

—Ahora me preocupa más otra cosa.

Bajó la tapa de uno de los wáteres y se subió. Nerviosa miró sobre su hombro. —Deberíamos llamar a la policía.

—La policía ya sabe que están aquí. Les habrá llamado alguien del hotel. —Estiró el brazo subiendo una de las placas de pladur del techo.

—¿Qué haces?

—Ven, nena.

—No soportará mi peso.

—Sí que lo hará. El mío no, pero el tuyo sí.

—No —dijo aterrorizada por quedarse allí sola.

—Por favor, Allegra... Estarán al llegar. —Cogió su mano subiéndola con él antes de cogerla por la cintura para elevarla. —Sujétate al aire acondicionado.

Ella se agarró al tubo y suspiró del alivio cuando no se dobló. Elevó las piernas con su ayuda y colocó su peso sobre los railes de las placas. Miró hacia abajo asustada al oír más disparos seguidos de gritos espeluznantes y le miró a los ojos. —Robert.... Sube conmigo.

—Nena, no soportaría el peso de los dos. No te preocupes, no me va a pasar nada.

Los gritos en el exterior le pusieron los pelos de punta. —No me dejes sola. ¿Dónde te vas a esconder? —Las lágrimas empezaron a fluir y

angustiada estiró la mano. —Sube conmigo.

—Shuss. —Robert miró hacia la puerta y cogió rápidamente la placa colocándola en su sitio y metiendo su mano dentro. —No hables, Allegra. Por favor no digas nada, oigas lo que oigas.

Reprimiendo las lágrimas cerró los ojos, cuando se abrió la puerta del baño de golpe sobresaltándose sin poder evitarlo.

—¿Qué coño haces tú aquí? ¿Intentando esconderte? —preguntó un hombre divertido.

—Estaba en el baño y creí oportuno no salir —dijo como si nada.

—Muy gracioso. Mueve el culo hasta el salón o te pego un tiro y no podrás mear nunca más.

Escuchó pasos y Allegra se tapó la boca intentando controlarse. Escuchó como la puerta abatible se cerraba de nuevo y después varios gritos en el salón antes de un disparo. No supo cuánto tiempo estuvo ahí arriba, pero de repente escuchó una ráfaga de tiros que le hizo taparse los oídos desesperada porque no sabía si Robert estaba bien. Cuando escuchó gente corriendo mientras alguien gritaba que no podían salir hasta que todos estuvieran identificados, se dio cuenta de que era la policía. Levantó la placa con cuidado y bajó las piernas viendo el wáter. Era una altura considerable y temió romperse algo al caer, pero tenía que saber si Robert estaba bien.

Se descolgó como pudo, quedando a cierta distancia del wáter. Dejó caer las sandalias y rezó por caer encima de la tapa del wáter que también podía romperse. Cayó sobre ella, pero su pie resbaló bajando al suelo y se desequilibró golpeándose la cabeza con el mármol de la pared, antes de caer sentada al suelo medio mareada. Estiró la mano levantándose y sin darse cuenta de que estaba descalza, caminó fuera del baño. Con el corazón a mil por hora, se llevó la mano a la cabeza para ver que tenía sangre y cuando

llegó al salón vio como todos estaban sentados en una parte pegados a la pared. La mayoría de las mujeres lloraban abrazando a quien podían mientras varios cadáveres estaban tendidos en el suelo. Impresionada miró a su alrededor pasando al lado de un policía que le indicó dónde tenía que colocarse, cuando vio a un hombre moreno tumbado en el suelo boca abajo en un charco de sangre. Creyó que se moría en ese momento y gritó corriendo hacia él. Al ver su perfil gritó histérica cayendo de rodillas a su lado y gritando su nombre una y otra vez antes de intentar darle la vuelta. Allegra le abrazó por la espalda manchándose de sangre mientras pedía ayuda a gritos, cuando llegaron los sanitarios corriendo distribuyéndose por el salón.

—¡Por favor! —gritó con el rostro congestionado de dolor—. ¡Ayúdenle!

## Capítulo 9

Allegra se quedó mirando al doctor con la mirada perdida sin darse ni cuenta de que hasta su mejilla tenía sangre de Robert. —¿Me ha entendido? He conseguido sacar la bala y ahora está en cuidados intensivos. Debemos esperar cuarenta y ocho horas para saber si todo va bien, pero es joven y fuerte. No creo que haya problemas, pero nunca se sabe. Aunque la bala estaba cerca de la columna, creo que se repondrá del todo. —El médico miró a su alrededor al ver que estaba sola, aunque el hospital estaba lleno de gente del atraco. —¿No la acompaña nadie?

—¿Puedo verle?

—En este momento no. Lo mejor es que se vaya a casa y vuelva mañana.

—Está solo —dijo como si no le hubiera oído—. Me necesita.

El doctor la cogió por los hombros y vio la herida que tenía en la cabeza. —Señora, ¿se encuentra bien?

—Robert, tengo que ver a Robert.

—Venga por aquí. ¡Enfermera!

—Robert tiene que ponerse bien.

—Claro que sí. Venga conmigo. —Con delicadeza la llevó hasta la silla de ruedas que la enfermera había llevado hasta allí. —Vamos a ver esa

herida.

—Sí, tenía una herida en la espalda. —Se echó a llorar tapándose los ojos.

—¿Le duele la cabeza?

—No lo sé.

El médico apretó los labios metiéndola en el interior de urgencias que era un caos.

Rudi le acarició la frente y Allegra se despertó agotada. La miró a los ojos. —¿Estoy enferma?

—No, cielo. Estás sedada. Estabas en shock. —Sonrió sentándose a su lado en la cama y Allegra pudo ver todas las flores que había a su alrededor.

—¡Robert! —gritó asustada intentando sentarse.

—Está en cuidados intensivos bien atendido. —La cogió por el hombro empujándola suavemente para que se tumbara de nuevo.

—¿Pero está bien?

—Sí, cielo. Está bien. Le he preguntado al médico y evoluciona muy bien. ¿Sabes? Es un héroe. Cuando entró la policía uno de ellos iba a disparar, pero se tiró sobre él recibiendo un tiro de otro que quería que le soltara. —Le acarició la frente. —Pero varios escaparon por las cocinas con muchas joyas. El diamante de tu abuela...

—Me da igual. —Cerró los ojos medio mareada. —¿Qué me han puesto?

—Un sedante, cielo.

—No me deja pensar.

Rudi apretó los labios, pero sonrió cuando abrió los ojos. —Es que es para eso. Para que descanses.

Suspiró cerrando los ojos. —¿Qué me ocultas? —Abrió los ojos de nuevo mirándola fijamente. —Estás preocupada. Si todo fuera bien no lo estarías.

—Llevas aquí una semana, Allegra. —Palideció al escucharla. —Ésta es la primera vez que te despiertas y pareces coherente.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que me he vuelto loca?

—No, por Dios. Ha sido un shock. Eso cree el médico, pero va a evaluarte psiquiatría. Yo me he negado porque si la prensa se entera...

—Llama a John. Ahora. Su teléfono está en mi móvil. Él será discreto.

—No sé dónde está tu móvil, Allegra. Lo debe tener la policía.

—Búscales en la clínica donde estaba ingresado papá.

—¿Quieres que llame a tu madre?

La miró a los ojos. —¿Y asustarla con tener otra loca en la familia? Ni se te ocurra.

Rudi asintió antes de coger su bolso. —¿Seguro que estarás bien?

—Tráeme a John cuanto antes, por favor. —Miró el techo. —Necesito saber la verdad lo antes posible.

Cuando Rudi salió de la habitación una lágrima corrió por su sien diciéndose que eso no podía estar pasando. La vida no podía ser tan injusta. Tomó aire limpiándose las lágrimas. Todo iría bien. Y si ocurría, lo afrontaría como lo había hecho con todo en la vida. Eso le hizo recordar a Robert. Seguro que pensaba que no le había ido a ver porque no quería saber nada de él. Igual era lo mejor. Dejar las cosas como estaban.



John suspiró dejando su expediente sobre la mesa.

—¿Y bien? No me vengas con rodeos que estoy perdiendo la paciencia —dijo muy nerviosa—. Llevo aquí un maldito mes y quiero saber si estoy loca o no.

—Los llamamos enfermos mentales.

—¡Déjate de historias! —Se levantó furiosa y fue hasta la ventana para mirar el jardín que miraba su padre el día que le fue a visitar al mismo centro. —¿Tengo esquizofrenia como mi padre?

—No, Allegra. Eres una persona muy sana.

Se volvió para mirarle sorprendida. —¿Me estás diciendo que estoy bien?

—Perfectamente.

—¿Entonces por qué diablos me he pasado aquí un mes? —gritó a los cuatro vientos.

—Quería asegurarme de que estabas bien. Y estás perfecta.

Se le cortó el aliento. —¡No he visto a Robert en todo este tiempo porque creía que estaba enferma!

John desvió la mirada. —Tuviste un fuerte shock y creí conveniente que descansaras y tuvieras terapia.

Incrédula se sentó ante él de nuevo. —¿Qué ocurre, John? ¿Me has contado toda la verdad?

Su amigo suspiró. —Él quería que te quedaras aquí y yo creí conveniente que lo hicieras, porque necesitabas la terapia con lo que había ocurrido en tu infancia, la muerte de tu padre y tu familia en general.

Le miró a los ojos. —¿Quién te lo pidió?

—Robert Harrison. Se despertó al día siguiente de tu ingreso y estaba preocupado por tu estado. Cuando Rudi le informó de que me habías llamado, pidió verme. Me dijo que lo mejor era que reposaras durante un mes y aquí era el mejor sitio. Para asegurarse me dio un buen donativo para el hospital.

No se lo podía creer. —¿Me estás diciendo que Robert te ha pagado para que me dejes aquí un mes? —No salía de su asombro. —¿Por qué?

—Él dijo que lo hacía para asegurarse de que estabas bien. Tu trabajo es muy estresante y todo lo que ha ocurrido, atraco incluido...

—¡Así que tenía que descansar sí o sí porque él lo ordena! ¡Maldito manipulador! —gritó sobresaltándole—. ¡Éste se va a acordar! —John sonrió aunque intentó evitarlo, poniéndole delante un sobre. —¿Qué es eso?

—Es suyo. Te lo dejó para cuando te diera el alta.

—Ah, ¿pero tengo el alta?

John se sonrojó. —Pues sí, gruñona.

—¡Menuda cara tenéis! ¡He dejado mi revista un mes en otras manos!

—Era parte de la terapia, el aislamiento del exterior para desconectar del todo. Y lo has hecho. —Ella miró el sobre como si se lo enviara el demonio y divertido observó como estiraba el brazo para no coger el sobre y cruzarse de brazos. —¿No vas a abrirlo?

—¡No me hables, matasanos! ¡Ya no soy tu paciente!

—Pero somos amigos.

—Con amigos como tú, ¿para qué quiero enemigos?

—¿Qué te asusta de ese sobre?

—¡Con esto ha demostrado que no me puedo fiar de él y de nadie!

Melisa, Rudi mi madre y tú estáis de su lado después de todo lo que me hizo.

—Salvó tu vida. Murieron dieciséis personas esa noche y tú estabas protegida. Y al darme ese dinero para asegurarse de que descansabas, ha demostrado que le importas. ¿No crees?

—¡No! ¡He estado aterrorizada pensando que me faltaba un tornillo!

—Eso es responsabilidad mía. Quería tu colaboración y has hecho todo lo que te he pedido. Si te hubiera dicho desde la primera semana que estabas bien, no te hubieras quedado y no hubiéramos tenido esas charlas tan interesantes. —La miró a los ojos. —Y te dejó conmigo.

Se le cortó el aliento. —¿Qué quieres decir?

—Sabía que confiabas en mi criterio y te entregó a mí para asegurarse de que estabas bien cuidada. Eso dice mucho de él.

—¡Sí, dice que hace lo que sea para cumplir sus propósitos!

—¿Y qué crees que va a decirte en esa carta?

—No sé. Igual después del tiro se le ha pasado y ya no quiere verme más. Y lo entendería si cree que no estoy bien.

—Solo lo descubrirás si lo abres.

—Qué listo eres.

Exasperada cogió el sobre y lo abrió de malos modos intentando demostrar que le importaba un pito. Leyó la carta rápidamente pues tampoco era muy larga y abrió los ojos como platos antes de entrecerrarlos, gruñendo con fuerza cuando llegó al final. John se echó a reír. —¿Qué dice la carta?

Se sonrojó metiéndola en el sobre de nuevo. —Ya sé por qué te hiciste psiquiatra. ¡Eres un cotilla que solo quiere enterarse de las vidas ajenas! —Se volvió hacia la puerta mientras él se reía.

—¡Venga, no me dejes así, quiero saber el final de la historia!

—¿Quieres saber el final? ¡Pues no sé cómo va a acabar! ¡De momento me voy a Inglaterra para pegarle un tiro!

Cuando llegó a casa suspiró al ver allí a su madre sentada en el sofá leyendo su revista. —Hija, tienes que volver al trabajo. Está claro que no tienen ni idea de lo que hay que hacer.

El portero metió su maleta de Louis Vuitton hasta el hall y ella le dio las gracias. En cuanto cerró la puerta, puso los brazos en jarras y su madre miró sus vaqueros y su ligero jersey blanco. Suspiró dejando la revista sobre el sofá. —He venido porque estaba preocupada. Y porque quería verte la cara después de salir de la clínica.

—¡Rudi! ¡Estás despedida!

Lisa soltó una risita y Rudi salió de la cocina mirándola arrepentida. — Me interrogó porque no podía hablar contigo. ¡Yo no tengo la culpa!

Su madre se levantó y se acercó a ella lentamente. —Voy a darte un abrazo, así que no te asustes.

La abrazó a ella con fuerza y sin saber qué hacer, dejó los brazos en su cintura, pero se sintió tan bien que la abrazó sin poder evitarlo. Cerró los ojos disfrutando de su olor y Rudi se emocionó. Su madre se apartó para mirarla a la cara. —¿Estás bien?

—¿No te lo ha dicho John?

—Quiero que me lo digas tú.

—Estoy bien, mamá. ¡Todo ha sido para que descansara! —Lisa reprimió la risa. —Lo sabías, ¿verdad?

—Bueno, tuve una conversación muy interesante con Robert. Cuando te

vio en el hospital, se puso algo nervioso y fue tajante. Reposo absoluto.

—¿Cuándo me vio en el hospital? —Miró a Rudi que se puso como un tomate. —¡Me has mentido!

—Era para que no te pusieras nerviosa. Cuando no fuiste a verle, preguntó a su médico si estabas bien y fue a verte en una silla de ruedas a pesar de que no le aconsejaban dejar la cama. Tenías que verlo. Lleno de tubos rodeado de médicos. Cuando te cogió la mano y abriste los ojos, te dio un ataque de los tuyos y te pusiste a gritar. Tuvieron que sedarte. Los médicos le dijeron que no se preocupara, que era del shock. Pero que de todas maneras esperarían a que un psiquiatra te reconociera. Cuando te despertaste lo resolviste tú sola, como siempre. —Sonrió satisfecha.

—¡No, no lo resolví yo, porque pagó para que John no me dejara salir de allí en un mes!

Lisa se echó a reír. —Quería asegurarse de que estabas bien. Este chico cada día me cae mejor. Tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi. Has cogido unos kilitos y tu piel está como la de una quinceañera.

Se sonrojó con fuerza y su madre entrecerró los ojos. —Ratoncito, ¿qué me ocultas?

—¡Mamá!

—Uy, uy, Lisa, ésta nos está ocultando algo y muy gordo.

Las dos pusieron los brazos en jarras y ella las miró indignada. —¡A vosotras no os cuento nada, que sois unas chivatas! ¡Ahora me voy a hacer la maleta, que tengo que recuperar el diamante de mi abuela!

—¿Cómo que el diamante de tu abuela? —preguntó Rudi confundida—. ¿Lo tiene la policía? ¿Y para qué necesitas la maleta?

—Ah, no. ¡Es que no lo tiene la policía! ¡Lo tiene Robert en Inglaterra! Y solo me lo devolverá si voy hasta allí en persona. —Intentó rodear a su

madre, pero esta dio un paso hacia la derecha y otro hacia la izquierda impidiéndole el paso.

—Tú no te mueves de aquí hasta que no me cuentes eso que no quieres contarme. —Levantó sus cejas rubias. —Y cuanto antes mejor. Si crees que con lo del diamante de tu abuela se me ha olvidado, es que no me conoces.

—¿Qué puede ser, Lisa? La niña me lo cuenta todo.

—No, esto no se lo ha contado a ninguna. —Su madre dio un paso hacia ella con el ceño fruncido. —¡Suéltalo antes de que me dé algo!

—No tengo nada que deciros. —Levantó la barbilla y la rodeó yendo hacia su habitación.

—Oye, a mí ese carácter no... ¡Cuando tu abuela se ponía así, me ponía de los nervios!

—¡Pues todo el mundo dice que soy igual que ella, así que vete acostumbrando! —Cerró la puerta de un portazo y Rudi y Lisa se miraron la una a la otra antes de mirar la maleta. Se tiraron sobre ella a toda prisa y la abrieron en décimas de segundos. Revolvieron entre su ropa y Lisa cogió un sobre de la clínica. Dos minutos después Lisa abrió los ojos como platos mientras Rudi chillaba de la alegría al ver un bote de vitaminas.

—¡Está embarazada! —dijeron las dos a la vez antes de echarse a reír y abrazarse.

—¡Esto es increíble! —gritó Allegra tras ellas con los ojos como platos—. ¿Es que nadie va a respetar mi intimidad?

—¡Voy a ser abuela! —exclamó Lisa con una sonrisa de oreja a oreja antes de perderla de golpe—. Será de Robert, ¿no? Ese psiquiatra será majo, pero como mi Robert no.

—¡Tu Robert! ¡Esto es el colmo! —Se volvió para entrar en el pasillo y dio otro portazo.

—Es de Robert —dijo Rudi asintiendo—. Seguro que sí. —Suspiró mirando el bote de las vitaminas. —Un bebé en casa.

—¡Divine, cómo has crecido! —exclamó Allegra desde la habitación—. Ven con mamá.

—¡La gata! —Ambas se levantaron a toda prisa corriendo por el pasillo y abrieron la puerta en tromba para verla abrazada a su gata con una sonrisa en la cara.

—Está enorme y cuanto pelo.

—Dímelo a mí que lo limpio. —Rudi miró de reojo a Lisa. —Díselo tú.

—Hija, dame la gata.

—No, acabo de cogerla... —protestó antes de besarla en la cabecita—. ¿Me has echado de menos?

—Estás embarazada y no deberías cogerla.

Las miró sorprendida. —¿Por qué?

—Algo de la caca de los gatos. —Miró interrogante a Rudi. —¿No era eso?

—Sí, algo así.

—Oh. —Miró a su gata de nuevo. —¿De veras? Rudi llama a Melisa y que venga alguien a explicarme que es lo que ocurre en ese caso.

—¿Vas a decir que tú estás embarazada?

—No, voy a decir que es mamá.

Lisa hizo una mueca. —Por mí vale. Pero mientras tanto dame la gata y lávate las manos.

A regañadientes le dio a Divine. —Voy a ducharme. Cómo echaba de menos mi baño. —Lisa le dio la gata a Rudi, que salió de la habitación de inmediato.

—¿Qué tal si te preparo un baño mientras me cuentas si es de Robert?

—¡Eres como la abuela, por eso no os llevabais bien!

Lisa hizo una mueca viéndola ir hacia el vestidor. —Así que vas a ver al padre de tu hijo a Inglaterra...

—Sí, mamá —respondió distraída mientras se quitaba el jersey.

Su madre sonrió de oreja a oreja. Al verla gruñó quitándose el sujetador. —Muy lista.

—Gracias.

—No sé por qué ahora quieres tanto a Robert, después de querer verte entre rejas. ¡Es que no lo entiendo!

—Bueno, se ha dado cuenta de que yo tenía razón. —La vio ir desnuda hacia el baño y abrir el grifo de la bañera. —¿Qué tal si te acompaño?

Le sorprendió tanto que se volvió hacia ella. —¿De verdad quieres volver? ¿Al lugar del crimen? Porque está en el castillo.

Lisa hizo una mueca. —Creo que será bueno para limar asperezas. Como una terapia de grupo después de todo lo que ha pasado.

—Te lo ha dicho Robert, ¿verdad?

—Pues...

—¡Mamá!

—Me ha invitado a ir cuando quiera. Y ya que vas tú...

La miró con desconfianza. —¿No será una trampa?

—¿Tú crees? —Pensó en ello. —Pero eso no puede ser. Nadie tiene nada contra mí.

—Respecto a Robert ya me lo espero todo, la verdad.

—Hija, tienes que relajarte. —Echó unas sales en el agua y vio como su



hija entraba en la bañera, suspirando cuando apoyó la espalda relajándose. — Vaya, vaya. Ya tienes algo de barriguita. Hija, ¿de cuánto estás?

—De tres meses. —Su madre jadeó asombrada. —¿Qué? Estaba algo distraída en esa época y me debí saltar alguna píldora que otra.

—Pues se va a llevar una sorpresa.

—No se la va a llevar, porque no le voy a decir nada. Y tú tampoco. Como se os escape algo, ya podéis correr.

Lisa reprimió una sonrisa. —Muy bien. No diré ni una palabra.

Rudi entró en el baño con el teléfono inalámbrico en la mano. —Melisa dice que tienes que ir con urgencia a la oficina. Algo de una crisis, una huelga o no sé qué.

—¿Una huelga? —Asustada extendió el brazo y Rudi le dio el teléfono. —¿Qué ocurre?

—¡Menos mal que has vuelto! ¡Los de la imprenta se han puesto en huelga! Dicen que no sacarán el próximo número porque quieren un aumento de sueldo. Y prepárate. En una de sus protestas han boicoteado la imprenta central.

Cerró los ojos porque esa máquina valía más de veinte millones de dólares. —Voy para allá.

Le tendió el teléfono a su madre que la miró preocupada. —Hija, estás embarazada y deberías cuidarte.

—Ahora no, mamá. Me han cabreado.

—¿Y el viaje a Inglaterra?

—Tendrá que esperar. ¡O que venga él! ¡Estoy harta de todo esto! —Se puso el albornoz. —¿Es que no puedo tener una relación normal? ¿Aunque solo sea una en mi vida?

Su gata maulló y pasó su lomo por sus piernas mojadas. —Y tengo que enterarme de lo de Divine. —Bufó entrando en el vestidor y Rudi le mostró un vestido. Negó con la cabeza. —El negro de Chanel. Estos se van a cagar.

Lisa hizo una mueca cogiendo a la gata. —¿Vendrás a cenar?

—No lo sé, mamá. Hasta que no solucione esto no puedo moverme de allí. El próximo número sale en una semana.

—Llámame si no puedes venir —dijo Rudi viendo cómo se ponía la ropa interior negra.

La observaron vestirse rápidamente y se maquilló de manera profesional antes de coger su Birkin negro, asegurándose de meter todo lo que necesitaba y las gafas de sol. Era la Allegra de siempre y eso la hizo sentirse bien. —¡Os llamo! —gritó saliendo de la casa.

Lisa y Rudi se miraron. —Esto no le va a gustar a Robert —dijo Lisa.

—No. No le va a gustar nada.

## Capítulo 10

Estaba en medio de una reunión a las once de la noche con los responsables de la plantilla de impresión. En la cabecera Allegra apretó los labios al escuchar las protestas absurdas que le echaban en cara cuando ella seguía escrupulosamente la ley y cobraban un cinco por ciento más que la competencia para que no le ocurriera lo que le estaba pasando en ese momento. Allegra le hizo un gesto a su abogado que carraspeó. —Señores, así no llegamos a ningún sitio.

Allegra hizo un gesto con la mano llamando la atención de todos. — ¿Cuáles son sus reclamaciones? Y las quiero de manera clara y concisa.

—Una subida de sueldo de un cinco por ciento. Una hora menos de trabajo a la semana y pagas extraordinarias.

Allegra miró a los ojos a quien había hablado, que era el jefe de la imprenta. Su abuela le había colocado en ese puesto hacía más de veinte años. Estaba claro que no tenía ninguna lealtad a la empresa.

—¿No me diga? —preguntó irónicamente sonrojándole—. Y yo quiero una plantilla responsable que no me estropee una máquina que vale veintitrés millones de dólares.

El hombre carraspeó. —En las huelgas a veces pasan estas cosas.

—Y yo le voy a decir lo que va a ocurrir —dijo fríamente—. O vuelven

de inmediato a sus puestos de trabajo o los echo a todos a la calle y les meto una demanda por vandalismo que se van a cagar. —Varios se removieron incómodos en sus asientos. —He perdido millones con esta pataleta porque se han negado a imprimir otra edición del último número. Millones que puedo reclamarles también a ustedes por incumplimiento de contrato y daños y perjuicios. —Miró a su abogado que sonrió satisfecho.

—Pero Allegra...

—Para ti señorita Brown. ¡No sé como se os ha pasado por la imaginación que iba a acatar vuestras exigencias, cuando sois los trabajadores mejor pagados del sector como todos los que trabajan para mí! —Se levantó de su silla y el hombre se encogió. —Así que tú decides. ¡O vuelven al trabajo o trabajarán para mí el resto de su vida, pero en otro sitio! Buenas noches caballeros.

Furiosa salió de la sala de juntas, porque estaba claro que ese mes lejos de la revista sin que nadie supiera donde estaba y sin poder localizarla, había provocado que pensaran que podían hacer lo que quisieran en su empresa. Algo que su abuela le había advertido que nunca debía pasar.

Caminó hacia el ascensor y se detuvo en seco al ver en la zona de redacción a una chica ante un ordenador. Fue hasta allí sin llamar la atención y se puso tras ella. Estaba hablando por el móvil. —No, mamá. No puedo ir. Quiero acabar esto a ver si alguien me lo lee de una vez. —Se echó a reír. —No pierdo la esperanza. —Debió ver su reflejo en la pantalla porque susurró —Mamá te llamo luego.

Gimió colgando el teléfono y se volvió en la silla para ver allí a Allegra con la cadera apoyada en el escritorio de su compañero. La miró fijamente con sus ojos violetas. —¿Qué haces aquí todavía?

—Quería acabar un reportaje y...

—¿Qué reportaje? ¿Quién te lo ha encargado?

La chica se sonrojó. —No me lo ha encargado nadie. Lo hago en mis horas libres.

—¿Con qué estás ahora? Y me refiero a lo que sí te han pedido.

—Cremas anticelulíticas y deporte para evitar la piel de naranja.

—¿Y qué escribes en tus horas libres usando los recursos de la empresa?  
—preguntó irónica.

—La relación entre el sedentarismo y la obesidad. Y la importancia de la nutrición.

—Ya hemos hecho varios reportajes sobre eso.

—Pero este está dirigido a los niños. A los futuros lectores.

Allegra entrecerró los ojos y miró la pantalla. —Enséñame lo que tienes.  
Levántate.

La chica avergonzada se levantó de su silla y Allegra se sentó bajando con el ratón el extenso reportaje. Se pasó leyéndolo diez minutos ignorando los nervios de la redactora que quería decir algo cada vez que pasaba un párrafo, pero no se atrevía. Tenía un talento increíble y cuando terminó la miró girando su silla. —Bueno, ya lo he leído.

—¿Y qué opinas?

—Necesitas no extenderte demasiado en cuestiones técnicas, pero tiene buena pinta. En cuanto lo revises, envíamelo al despacho. Y sobre las fotos no escojas a niños obesos. —La chica asintió. —Escoge a niños sanos haciendo deporte y si es con sus padres mejor.

—Entendido Allegra.

—Si queda bien irá en el siguiente número.

—¿De verdad? —preguntó ilusionada.

Allegra se levantó y pasó ante ella. —¿Cómo te llamas?

—Cristine. Cristine Di Steffano.

—¿Eres auxiliar de redacción?

—Sí, empecé hace seis meses.

—Pues acabas de ascender. —La miró a los ojos. —No me decepciones, Cristine. Quiero mucho más que eso dentro de un año. Mucho más.

—Me dejaré la piel, te lo juro.

—Dentro de seis meses hablaremos de tu futuro en esta empresa. —Los ojos de Cristine brillaron de la alegría. —Quiero una imagen fresca y moderna para la revista. A ver qué puedes ofrecerme. Mientras tanto aprende y trabaja.

—Sí, Allegra. Te llevaré muchas ideas.

Eso la detuvo y se volvió hacia ella. —No, Cristine... Tráeme una o dos pero que sean espectaculares. No me conformaré con menos.

La chica asintió muy seria y se iba a sentar de nuevo cuando Allegra dijo —A casa, Cristine. Tu madre te está esperando.

—Sí, Allegra. —En el ascensor suspiró y escuchó —No es tan bruja como parece.

Puso los ojos en blanco y le empezó a sonar el móvil. Lo sacó del bolsillo del vestido viendo que era Robert. Al parecer se había enterado de que el viaje había sido aplazado.

Descolgó y se puso el teléfono al oído. —Dime.

—¿Cómo que dime? ¿Qué haces en la oficina?

—Ah, ¿pero debería estar en otro sitio?

—Muy graciosa. ¡Deberías estar camino a mi casa de Inglaterra! Mujer, voy a quemar ese maldito edificio para sacarte de ahí.

—¡Tengo cosas que hacer y no iría a Inglaterra si no fuera porque me has chantajeado de nuevo con el diamante de mi abuela! ¡Debería denunciarte a la policía!

—Al parecer el descanso no te ha sentado muy bien.

—¡A eso se le llama secuestro no descanso!

—Serás exagerada. John me ha dicho que todo ha ido muy bien y que estás muy sana. Justo lo que necesitabas para desconectar, pero tú tienes que salir de la clínica e ir a trabajar.

—Es que tengo obligaciones. Obligaciones y una huelga que resolver, así que lo del diamante tendrá que esperar. Aunque si me ahorras el viaje y me lo envías...

—Que más quisieras —siseó cabreado.

Allegra entró en su despacho y suspiró al ver la ciudad de Nueva York iluminada. —¿Cómo estás? —El silencio al otro lado del teléfono la tensó. —¿Robert?

—¿Por qué no vienes y lo averiguas?

—Ya te lo he dicho, ¿es que estás sordo? ¡No puedo irme! —Se sentó en su sillón viendo todo el trabajo administrativo que tenía pendiente.

—Estoy bien, nena. Deseando verte.

—¿Y por qué no vienes tú? —A Robert se le cortó el aliento y tardó unos segundos en responder, provocando que Allegra se pusiera nerviosa. —Y de paso me traes el diamante.

—No puedo ir ahora —dijo él divertido—. Yo también tengo obligaciones.

—Bueno... Pues...

—Como no vengas cuanto antes, venderé el diamante. Tienes una

semana. Y te advierto que conozco a cierta mujer que se moriría por tener algo así.

Colgó el teléfono y asombrada miró su móvil. ¡No podía hacer eso! Sería cabrito. Gimió al ver todo lo que tenía que revisar y cogió el primer dossier. Cuanto antes empezara mejor.

Satisfecha dejó la revista a un lado y su madre bufó. —Si ya sabes lo que va a salir, ¿por qué te la has leído de cabo a rabo otra vez?

—Para asegurarme de que todo ha ido bien. Este es el resultado final.

—No has pegado ojo en todo el viaje.

—Ya, pero esto ya está. Ahora queda lo otro.

—Pues lo otro debe tener un mosqueo de primera porque llegamos tarde como tres días del plazo. Igual no tienes lo que has venido a buscar.

—Más le vale que esté todavía en sus manos. Y no me fastidies, mamá. Después de todo el tiempo que he faltado al trabajo, tenía mucho que hacer. Debe comprenderlo.

—¿Así va a ser tu matrimonio?

La miró como si le hubieran salido cuernos. —¿Qué matrimonio?

—Pues el tuyo —contestó como si fuera tonta—. Hija... tu marido, el bebé, esa familia debe ser lo primero.

—De momento solo hay un garbancito y yo. Y el garbancito y yo estamos muy bien, gracias.

La azafata se acercó con una botella de champán. —No quiero, pero me tomaría un zumo.



—Enseguida, señorita Brown.

Su madre gruñó como cada vez que escuchaba su apellido y Allegra suspiró sonriendo. —Estuviste de acuerdo con que me pusiera el apellido de la abuela.

—Y no sabes cómo me arrepiento. —Se encogió de hombros. —De todas maneras es igual, porque para lo que te va a durar el apellido... Porque a Robert no le vas a decir que vas a conservar el Brown, ¿o sí?

—Mamá, no me voy a casar con él. ¿Quieres dejar ya el temita que me estás poniendo nerviosa?

—No, tú estás nerviosa por verle de nuevo.

Se sonrojó con fuerza. —Nada, que no lo dejas.

—Soy tu madre. Hasta ahora no he sido lo bastante pesada, pero tranquila que me estoy poniendo al día.

—Eso ya lo veo —dijo irónica.

La azafata le trajo el zumo y a su madre le sirvió la copa de champán. — En veinte minutos aterrizaremos.

—Gracias —Allegra suspiró antes de beber.

—Uff, estos vuelos tan largos cada vez me afectan más.

Miró a su madre divertida. —Pero si te has pasado durmiendo toda la noche.

—Sí, pero no he descansado. —Levantó la barbilla antes de beber. — Sabelotodo.

Allegra se echó a reír. Su madre la miró de reojo y supo que quería decirle algo, pero que no se decidía. Durante esos diez días había habido alguna indirecta, pero no se lo había propuesto del todo. —Suéltalo, mamá. No quiero ser responsable de que te salga una úlcera.

Lisa sonrió girándose emocionada. —He pensado que ya que nos llevamos tan bien y que nuestra relación ha cambiado tanto...

—¿Si?

—¿Qué te parece si me mudo a Nueva York? No a tu casa, claro. Solo para estar más cerca de ti y del niño.

—¿Y tus negocios, mamá? —preguntó como si nada.

—Bueno, pues... —Desilusionada miró al frente. —Tienes razón, yo ya tengo mi vida en Gibraltar y... —Allegra se echó a reír y casi se tira el zumo encima. Su madre gruñó. —¡Tienes el mismo humor que tu abuela! ¡Y nunca la pillaba!

—¿Me estás pidiendo permiso para irte a Nueva York?

—Pues sí. No quería incomodarte o que pensaras que ahora voy a ser una madre pesada que esté todo el día encima de ti para controlarte.

—Soy demasiado independiente para que eso pueda pasar. —La miró con cariño. —Múdate si quieres. Estaré encantada de tenerte cerca.

Lisa sonrió como si le hubiera regalado la luna. —Estupendo. Y lo iba a hacer, ¿sabes? Me daba igual lo que dijeras.

—Estoy segura. —La observó atentamente. —Mamá, ¿no echas de menos tener una pareja?

—¿Con la suerte que tengo? No, gracias.

—No tiene por qué ser siempre así.

Lisa hizo una mueca agachando la mirada. —Creo que el corazón nos dice una vez en la vida a quien debemos amar y esa persona no se va nunca del todo. Aunque los problemas e incluso la muerte se interpongan, nunca se va del todo. —Sus ojos se empañaron. —Nos quedan los recuerdos y yo también tengo recuerdos maravillosos que nadie podrá superar.

Cogió su mano y se la apretó entendiéndola, pero después de darle otra vuelta dijo porque ya conocía a su madre —¿Me estás diciendo que nadie podrá superar a Robert?

—Más o menos.

Se echó a reír porque era tan insistente que tenía que reírse. Su madre le guiñó un ojo. —Ya que estamos hablando del amor... No podía dejar pasar la oportunidad.

—Ya veremos qué ocurre. —Dejó el vaso vacío sobre la bandeja y suspiró. —De momento que me muestre el diamante —gruñó—. Como le haya pasado algo... Ya puede correr.

—Hablando de correr. Tu preparador físico... —La miró sorprendida. —¿Crees que es gay?

—¡Si me acabas de decir que no quieres saber nada del amor!

—No hablábamos de sexo, cariño. Y soy humana. —Parpadeó asombrada y Lisa se encogió de hombros. —Qué antigua eres. Igualita que tu abuela.

Discutiendo con su madre sobre que ni se le ocurriera tener un lío con su preparador físico aterrizaron y así siguieron mientras recogían las maletas porque ambas habían llevado unas cuantas. Los mozos se las recogieron y salieron tras ellas que seguían hablando de toda la ropa que su madre le había sacado del vestidor. —¿Y a ti qué más te da si te la regalan?

—Porque se supone que tienen que verme con ella. Por eso. A mí, no a mi madre gorrana.

Jadeó indignada. —¿Me estás llamando gorrana? Pues que sepas que ese vestido de Cavalli me lo quedo. Vaya que sí.

Sonrió sin poder evitarlo mientras cruzaban las puertas de cristal. Robert estaba ante ella impecablemente vestido con un traje gris y sonreía de esa

manera que la volvía loca. Su madre le dio un empujoncito y caminó hacia él sin darse cuenta. Robert le acarició la mejilla. —Hola, preciosa.

—Mi diamante.

Robert se echó a reír y la cogió por la nuca acercándola a su cara. —Lo primero es lo primero. —La besó y Allegra sintió que ese era el mejor beso de su vida. Él se apartó dándole un suave beso al final y la miró a los ojos. —¿Todo bien? ¿De cuánto tiempo dispongo?

—Me voy en diez días. Pero tengo trabajo en Londres.

Él la miró como si no pudiera con ella. —Nena...

—¿Qué? Tengo obligaciones y ya que vengo, las marcas me reclaman.

Robert miró a Lisa y sonrió. —Bienvenida.

—Hijo, tienes la paciencia de Job.

—Genial mamá.

—Vámonos, tengo el coche fuera.

Cuando empezó a caminar, cogió su mano y Allegra se detuvo en seco sorprendida porque cojeaba. Palideció mirándole a los ojos. —No me lo dijiste.

—No es nada. Me pondré bien.

Entrecerró los ojos furiosa. —Ya hablaremos de esto luego.

Levantó la barbilla saliendo del aeropuerto dejándolos atrás. Robert apretó los labios y Lisa intentó animarle. —Se ha asustado, eso es todo. Su abuela era igual.

Cojeando fue hasta la salida y Lisa suspiró. —Esto empieza estupendamente.

Allegra se sentó en la limusina sin preocuparse si metían todas las maletas porque en ese momento le importaba muy poco. Su madre se sentó

ante ella y Robert después a su lado. En cuanto cerró la puerta, Allegra le miró furiosa. —¿Se puede saber por qué razón no me contaste nada? ¡Me dijiste que estabas bien!

—Porque estabas pasando un mal momento y no creía oportuno preocuparte con algo que se solucionará poco a poco. Nena, no me voy a quedar cojo. —Sonrió intentando aliviar la tensión, pero a Allegra eso la sacó de sus casillas.

—Mira, desde que te conozco solo me has mentido. ¡Me estoy empezando a hartar de todo y ahora me vienes con esto!

Él se tensó. —Lo hice por tu bien, pero si lo que te preocupa es si me voy a quedar cojo, ya te estoy diciendo que eso no va a pasar.

—¡Ahora resulta que soy superficial! ¡Esto es el colmo! —Miró a su madre que se mantuvo en silencio. —¿Qué pasa? ¿Que ahora no dices nada? ¡Porque bien que hablas con él a mis espaldas! ¿Tú sabías esto?

—No, no lo sabía.

Robert suspiró. —Te estoy diciendo que estoy...

—¡Déjate de rollos, Robert! ¡Llevas más de mes y medio en recuperación y cojeas! ¡En cuanto lleguemos al hotel quiero hablar con tu médico!

—¿Qué hotel? —preguntó Robert asombrado.

Lisa gimió pasándose la mano por los ojos. —Pues el hotel donde vamos a alojarnos. Donde me alojo siempre cuando estoy en Londres.

—¡Te vienes a mi casa! Nos vamos al castillo esta noche.

—Ah, no. Tengo trabajo. Mi diamante...

—¡Está en el castillo! Así que si quieres recuperarlo, allí te quiero ver.

Allegra entrecerró los ojos. —¿Tienes fisioterapeuta en el castillo? No,

¿verdad? ¡Pues te quedas aquí!

—Serás cabezota...

—¡No, cabezota tú, que todo tiene que ser como tú quieras! Y eso se ha terminado, ¿me entiendes? —le gritó a la cara.

Robert sonrió y levantó la mano para apartarle un mechón de la mejilla. —Te he echado de menos, preciosa.

Allegra le abrazó y enterró la cara en su cuello susurrando —No me mientas más. —Él no dijo ni pío y con desconfianza se apartó para mirarle a los ojos. —¿Robert?

Él carraspeó. —¿Entonces vamos a mi casa? Cielo, no puedo alojarme en el hotel teniendo casa aquí. Es ridículo.

—Si me has mentido de nuevo, esto se acabó. Para siempre. Y me importa muy poco que me envíes bombones o que me lo pida la mismísima Reina de Inglaterra. Vuelve a mentirme y no te hablaré nunca más.

Robert apretó los labios. —Y ahora que has dejado eso claro, ¿vamos a mi casa?

—No hasta que me fíe de ti. ¡Y va a costar, no creas, porque esto empieza de miedo!

—Bueno... —Miró a Lisa. —¿Estás contenta de estar en Londres de nuevo?

Lisa miró por la ventanilla para ver el cielo plomizo de Londres antes de mirarle levantando una ceja. —No sé cómo puedes vivir aquí, de verdad.

—Es que estás acostumbrada al tiempo en Gibraltar.

—Sí, será eso.

—Para mí no hay ciudad mejor.

—Pero tú vas a vivir en Nueva York, ¿verdad? —preguntó Allegra

sorprendida.

—Me dividiré entre las dos ciudades. Tengo negocios aquí también y...  
—Al ver la mirada de Allegra se puso serio. —Nena, sabías que tengo aquí otra vida.

—¡Sí, aquí eres un futuro duque y en Nueva York eres un acosador! —  
Preocupada y molesta se cruzó de brazos mirando la ventanilla. Aquello no iba nada bien.

—Está cansada. Ha trabajado mucho para poder venir después del mes en la clínica.

—Mamá no hace falta que me justifiques. Porque no hay nada que justificar.

Lisa le hizo un gesto sin darle importancia a Robert, que también se estaba enfadando. —Allegra, no sé a qué viene esto. Sabías que mis negocios y mi vida también están aquí. —No contestó sin dejar de mirar por la ventanilla. —¿Quieres decir algo y no comportarte como una niña?

—Estoy embarazada.

Robert perdió todo el color de la cara mientras Lisa volvía a gemir mirándola como si fuera un desastre. —¿Cómo que estás embarazada?

—Pues sí. De quince semanas. —Le miró de reojo para ver que no le había sentado muy bien, así que dijo irónicamente —Felicidades.

Robert miró al frente intentando procesarlo y Lisa le pasó la mano ante la cara de un lado a otro porque no reaccionaba. Allegra le miró. —¿Robert?

—Eso no estaba previsto —dijo él casi sin voz.

—No. No lo estaba, pero ya está aquí.

Él la miró a los ojos y asintió. Así sin más. Allegra disimuló su disgusto volviendo a mirar por la ventana. ¿Esto no estaba previsto? Pues podía

haberlo previsto porque él no se había puesto protección en ningún momento.  
Le empezaba a dar la sensación de que ir hasta allí había sido un error.



## Capítulo 11

Llegaron al hotel y Robert la acompañó hasta la habitación. Allegra dejó el bolso sobre el sofá mientras él daba una propina a los botones. Lisa chilló saliendo de su habitación. —Tiene jacuzzi.

—Me alegra que te guste, mamá.

—Me voy a dar un bañito. ¿Tú te acostarás?

—No, voy a hablar con Robert.

Lisa asintió y se metió en la habitación cerrando la puerta. Allegra tomó aire volviéndose hacia él. —Creía que te lo tomarías de otra manera, la verdad.

—No quería que te casaras conmigo porque viene un bebé. ¡Quería que quisieras estar conmigo porque quieres estar conmigo!

Le vio ir hasta el mueble bar y coger una botellita de whisky. —¿Y quién te ha dicho que me voy a casar contigo?

Eso sí que le sorprendió y la miró furioso. —Vamos a ver, nena... Ni se te ocurra pensar que ahora no nos vamos a casar.

—No me casaré contigo hasta que me dé cuenta de que eres de fiar. ¿No te había quedado claro todas las veces que te lo he dicho hasta la saciedad?

—Pero me quieres.

—Eso no implica que esta relación vaya a funcionar. Lo sabes de sobra.

—Al menos no lo has negado —dijo irónico antes de beber de su vaso.

—No voy a negarlo. Puede que yo te quiera, pero dudo mucho que tú lo hagas más allá de salirte con la tuya como siempre. Que vaya a tener un hijo no implica que todo lo demás cambie. Y no ha cambiado nada. ¿Dónde está mi diamante?

—Ya te lo he dicho. Está en el castillo. Y hasta que no vayas no hay diamante —respondió muy tenso.

—¿No lo habrás vendido?

—Está claro que no crees nada de lo que te digo.

—Será porque hasta ahora has sido muy sincero. Llama a tu médico que quiero verle.

Robert metió la mano dentro de la chaqueta y sacó su móvil tendiéndoselo. —Doctor White.

Ella cogió el teléfono. —Perfecto.

Buscó su nombre en su lista de contactos ignorando todos los nombres de mujeres que tenía allí. Cuando vio su número se le cortó el aliento porque ponía mi mujer. Se sonrojó girándose para que no viera que estaba encantada y cuando llegó al doctor le llamó. Robert se sentó en el sofá abriéndose la chaqueta relajadamente y bebió de su vaso observándola. Se puso el teléfono al oído y le miró de reojo. —¿Doctor White? Soy Allegra Brown. Necesito que venga de inmediato para hablar del estado de Robert. —Allegra entrecerró los ojos. —¿Cómo que evoluciona muy bien? ¡Está cojo! —Robert silbó antes de beber de su vaso de nuevo. —¡Oiga, a mí no me cuente historias sobre lo grave que fue su lesión! ¡Estaba allí cuando le vi medio muerto tumbado en el suelo! No me hable de lo que ha pasado porque lo sé de sobra. Quiero que venga aquí para explicarme por qué mi novio no se ha

recuperado después de más de un mes, cuando no hay límite de dinero para contratar a los mejores fisios que existen. ¡Y quiero que venga ya! Estoy en el Regent.

Colgó el teléfono y Robert levantó una ceja. —¿Crees que uno de los mejores especialistas deportivos que hay, va a venir hasta aquí cuando debe tener la consulta llena de gente?

Ella levantó una de sus cejas negras. —Ese está perdiendo el culo hasta el taxi más cercano. —Dejó el teléfono sobre la mesa de centro y se sentó a su lado. Robert pasó un brazo por sus hombros pegándola a él y Allegra le acarició el pecho por encima de la camisa. La besó en la coronilla y ella sonrió. —Te he echado de menos.

Robert sonrió. —¿Aunque sea un pesado acosador?

—Sí, aunque seas un pesado acosador. —Le abrazó por la cintura levantando la cara hacia él. —¿Quieres niño o niña?

Divertido le acarició la espalda. —A mí me gustaría un niño, pero lo que sea estará bien. Una niña con tus ojos también sería perfecto.

—Yo quiero niña.

—¿Para que siga la saga?

—Por supuesto. Sabrá diferenciar el satén de la seda antes de cumplir tres años.

—Entonces si es niña habrá que intentarlo de nuevo porque no me vendría mal alguien que heredara el ducado.

Se le cortó el aliento. —Pero si ni siquiera querías éste.

—Sí que lo quería. Pero no ahora y sin estar casados. Quería que estuviéramos solos para asentar nuestra relación que hasta ahora ha sido algo accidentada.

Ella hizo una mueca apoyándose en su pecho de nuevo. —¿Por qué insistes tanto en ir al castillo?

—Porque allí me crié. Quería que lo conocieras. —Acarició su nuca. — Quería que supieras de dónde vengo.

Allegra lo pensó y tenía razón. Si quería que todo fuera bien, debían pasar tiempo juntos. —Está bien. Haré que todas las citas pasen a los siguientes dos días y nos quedará una semana juntos.

Robert sonrió y le levantó la barbilla para besarla suavemente haciendo que su corazón volara. Cuando se separó susurró contra sus labios —En dos días nos vamos. —Gimió besándola de nuevo. —Nena, me muero por hacerte el amor.

—Ah, no —dijo alejándose y mirándole como si estuviera loco—. Mi madre está en esa habitación.

—¿Y?

—¿Cómo que y...? Me da vergüenza.

—Nena, estás embarazada. Creo que sabe cómo se hacen los niños. — Intentó cogerla por la cintura, pero Allegra se apartó. —Nena...

—Además viene el doctor.

—¿Y si no viene?

—¿Ha llamado de nuevo? No, ¿verdad? Ese está al caer.

Llamaron a la puerta y Allegra sonrió haciéndole reír. Pero no era el doctor sino una cesta de fruta regalo del hotel y una botella de champán. Allegra se pasó la mano por el vientre. —Tengo hambre.

Robert se levantó y se acercó a la cesta abriendo el celofán porque llamaron a la puerta de nuevo. Allegra fue a abrir y entraron dos botones con varias cajas. —Le han enviado esto, señorita.

—Gracias, déjelo encima de aquella mesa.

Fue hasta el bolso para darle la propina, pero Robert le puso un plato en la mano con uvas antes de acercarse a los chicos que esperaban en la puerta. Cuando cerró la puerta ella comía a dos carrillos y él levantó una ceja mirando las cajas. —¿Un admirador?

—Cariño, las marcas me regalan mil cosas —dijo como si nada sentándose en el sofá de nuevo.

—El sueño de cualquier mujer.

Se encogió de hombros. —Pues ya verás cuando se enteren del embarazo. Tendré la casa repleta antes de que pase un mes. Y todo porque se capte una foto del bebé con algo de ellos.

Robert asintió. —Eso que nos ahorramos.

—No hemos hablado de eso. Estoy muy expuesta.

—Eso no me preocupa. Sabía cómo era tu vida cuando te conocí. —Cogió una uva metiéndosela en la boca.

—Bueno, cuando me conociste no buscabas esto...

—Te pedí matrimonio, ¿no? —preguntó divertido.

—Muy gracioso.

Robert se echó a reír levantándose de nuevo porque llamaron otra vez a la puerta. Esa vez sí que era el médico y Allegra dejó la uva que iba a meterse en la boca antes de dejar el plato sobre la mesa y levantarse. —Doctor White... Siéntese que vamos a hablar largo y tendido de cómo se encuentra mi novio.

Dos horas después el doctor se fue y Allegra se volvió mirando a Robert

como si quisiera matarle. —Te juro que en este momento...

—Nena, no lo entiendes.

—¿Cómo que no lo entiendo? ¡Te has saltado la mayoría de las sesiones con el fisio! Después de lo que ha dicho, es un milagro que estés tan bien.

—Tenía cosas que hacer.

—¿Qué era más importante que tu salud, Robert?

—Tenía que reestructurar la empresa en Nueva York. Firmamos una semana después de salir del hospital.

—¡Estupendo!

Entró en su habitación y Robert la siguió. —Nena no te enfades.

—No, si me acabo de dar cuenta de que somos iguales porque antepone el trabajo a todo lo demás.

—No es cierto.

—Sí es cierto, Robert. —Gimió sentándose en la gran cama. —¿Cómo vamos a tener un hijo si ni siquiera vivimos en la misma ciudad?

—Eso no será problema. Con lo ocupada que estás ni te darás cuenta de que no estoy. —Se sentó a su lado y la besó en la sien.

—Muy gracioso.

—Vayamos paso por paso, ¿vale? De momento tenemos una semana dentro de dos días. Así que vas a llamar para cambiar tu agenda y después dormirás un poco.

—¿Harás la rehabilitación? —preguntó preocupada.

—Claro que sí. Ahora voy a pedirte algo decente de comer mientras haces esa llamada y después dormirás un rato.

—Si me acuesto, dormiré hasta mañana.

—Pues mejor. —Besó su labio inferior sensualmente excitándola muchísimo. —Y si te despiertas pronto, seguro que aprovechamos el tiempo.

Gimió cuando él se levantó y le vio ir hacia el salón cojeando. Suspiró sorprendiéndose al ver que una doncella que no había visto estaba colgando su ropa en el armario. —¿Qué haces tú aquí? ¡No pedí doncella! ¡De hecho, especifiqué que no la quería y el director del hotel lo sabe de sobra!

Robert entró en su habitación. —¿Qué ocurre?

—Esta doncella, que...

—Ha debido ser un error —dijo la chica apretándose las manos asustada.

Allegra la señaló con el dedo rodeando la cama. —No te muevas.

La chica echó un vistazo a Robert, que mirándola fijamente puso los brazos en jarras. —Espero que no seas de la prensa, porque si no se te acaba de caer el pelo.

Palideció al darse cuenta de lo que esa mujer había escuchado de su vida. Si incluso habían hablado de la clínica. El bebé. Dios, habían hablado de casi todo lo que les había ocurrido y seguro que el resto se lo inventaba.

Su madre entró en la habitación con la cara somnolienta. —¿Qué ocurre?

La chica aprovechó el momento para esquivar a Robert que se había dado la vuelta y empujó a su madre para salir de la habitación corriendo. — ¡Mamá!

Robert corrió tras la doncella, pero con su lesión sabía que no la cogería. Su madre le hizo un gesto sin darle importancia. —Estoy bien. Llama a la policía.

Cogió el auricular. —Soy Allegra Brown, cierran el hotel. Una mujer

vestida de doncella me ha robado y ha agredido a mi madre para huir. Morena, sobre uno sesenta. ¡Sí, iba vestida de doncella y estaba escondida en mi habitación! ¡Espero una respuesta inmediata del hotel!

Su madre sonrió. —Muy bien, hija. Así se lo tomarán en serio.

Robert no apareció en los siguientes minutos y eso la preocupó un poco. —Mamá vístete. Seguro que viene la policía.

Lisa asintió yendo hacia su suite. Se mordió el labio inferior y fue hasta el armario. Apenas había desecho la maleta, lo que demostraba que había estado escuchando durante esas horas. Mierda.

Escuchó pasos en el salón y salió para ver allí al director del hotel con Robert, que estaba furioso. —No aparece, nena. Corría demasiado y se me escapó en las escaleras.

Allegra asintió mirando al director del hotel. —Señorita Brown, lo siento muchísimo. ¿Qué le han robado?

—Información. ¿Entiende? Estuvo escondida en mi habitación desde que llegué. ¿Qué han hecho?

—En cuanto recibimos su llamada, bloqueamos las puertas y solo dejamos salir a los clientes que justificaron que tenían habitación en el hotel. Mis hombres están registrando cualquier sitio donde pueda haberse escondido.

Ella chasqueó la lengua. —¿Y no se le ha ocurrido que podía tener habitación en el hotel?

El hombre se sonrojó con fuerza. —No podíamos impedirle la salida a los clientes. Entiéndalo.

—Entiéndalo usted. Como esa mujer no aparezca en una hora porque la haya dejado escapar, le aseguro que se va a acordar de mi nombre el resto de su vida.



El director del hotel palideció. —Registraremos las habitaciones por si todavía está aquí.

—Perfecto. Espero sus noticias.

Salió de la suite a toda prisa y miró a Robert angustiada. —Nena, no va a pasar nada.

—No sabemos lo que ha hecho. Puede haberlo grabado todo. —Robert se acercó y la abrazó a él. —Hemos hablado de todo lo que nos ha pasado desde que nos conocemos. Incluso ha escuchado lo del bebé.

—No te preocupes, ¿vale? Yo me encargo de todo. Reestructura la agenda y come algo. Voy a ver si los de seguridad han averiguado quién es.

Lisa salió vestida de rojo y ambos la miraron de arriba abajo. —Hay que poner la mejor cara ante las adversidades. —Robert sonrió saliendo de la habitación y Lisa se acercó a su hija. —No te preocupes.

—¿Cómo no voy a preocuparme, mamá? Si hasta ha oído lo de la clínica. Pero lo que más me preocupa, es que ha escuchado que no confío en Robert y toda esa discusión.

—Sabremos enfrentarnos juntos a los problemas. Ahora haz lo que te ha dicho Robert. Habla con Melisa para que reestructure la agenda. Creo que debemos salir del hotel cuanto antes.

Revolvió la cena de un lado a otro antes de mirar su Cartier de nuevo. Habían pasado dos horas y Robert sin aparecer. Lisa suspiró mirando su plato de pasta casi sin tocar con lo que le gustaba. —Cielo, tienes que comer. Piensa en el niño.

—¿Qué estará pasando?

En ese momento se abrió la puerta y por la cara de Robert no la habían encontrado. —No está en el hotel.

—Estupendo. —Dejó el tenedor sobre el plato apoyando la espalda en el respaldo de la silla.

—Allegra, no te preocupes. —Se sentó a su lado y al ver su plato apretó los labios antes de mirar a Lisa que suspiró.

—Chicos me voy a la cama. Seguro que todo irá bien, hija. No te preocupes más.

Lisa los dejó solos y Robert le dijo —Tienes que comer. O me vas a obligar a pagar a John de nuevo para que te dé otro descanso.

Le miró a los ojos. —Esto va a ser una auténtica bomba.

—Es su palabra contra la nuestra. Y si ha grabado algo, nadie lo publicará porque lo ha grabado en tu habitación, invadiendo nuestra intimidad descaradamente. Me lo ha dicho la policía. Si se va de la lengua, demandaremos al medio y a la periodista. Y ganaremos. —Le acarició el cuello. —Ahora no quiero que te preocupes más y cena, por favor.

—Pero ya habrán hablado de nosotros. Quedará la duda. Siempre ocurre. —Robert suspiró cogiendo su copa de agua y bebiendo. Estaba claro que opinaba lo mismo, pero no se lo decía por no preocuparla más. —¿No podemos hacer nada?

—No, nena. Aunque la hubiéramos encontrado, seguro que si tenía algo grabado, se habrá desecho de ello enviándolo por internet a una cuenta de correo o lo que sea. No te ha robado nada de tus efectos personales y no tendríamos nada contra ella. Lo único que podríamos hacer, es dar otro bombazo antes de que lo dé ella, si es que se atreve.

—El bebé.

Robert apretó los labios asintiendo. —Pero no me gusta. Parece que le

utilizamos para resolver nuestros problemas.

Allegra estaba de acuerdo y pensó en ello. La única noticia que podía acallar a esa mujer era una boda. Su boda para desmentir que les iba mal. — Si nos casáramos...—Robert la miró sorprendido. —¿Crees que...?

—Tendríamos que hacerlo esta noche, nena. Si se publica algo mañana no serviría de nada.

—Además esa zorra podría escribir algo en internet y eso podría pasar en cualquier momento —dijo dándose cuenta de que todo aquello era absurdo.

La cogió de la mano para que le mirara. —Cuando te cases conmigo, quiero que sea porque tú quieras, no porque nos obliguen las circunstancias o porque yo te fuerce a ello.

Allegra no pudo evitar sonreír. —De acuerdo.

—¿Entonces no hacemos nada? ¿Esperamos a ver qué hace? Yo creo que es lo mejor.

—Sí. Haremos eso.

—Además eres Allegra Brown. ¿Quién se atrevería a meterse contigo?

Sonrió acercándose a él. —Tú.

Robert se echó a reír. —Tienes razón. Vamos a la cama, nena. Estás agotada con el jet lag.

Durmieron abrazados toda la noche y cuando Robert se despertó, la besó acariciándola. Le hizo el amor tan tiernamente que Allegra lloró entre sus brazos temiendo perder lo que tenían. Robert la besó por toda la cara y se sintió amada. Le miró a los ojos. —Te quiero.

—Y yo a ti, nena. Muchísimo. —Sonrió irónicamente. —Recuérdalo si la fastidio de nuevo.

Se sintió tan feliz que su corazón dio un brinco en su pecho, así que se arrodilló sobre la cama mientras él la observaba recostado en las almohadas. —Oh, espera...

Saltó de la cama y Robert rió. —Nena, ¿qué pasa ahora?

—¡Un momento!

Buscó lo que quería en su neceser y volvió a la habitación corriendo. Se arrodilló de nuevo sobre la cama e ilusionada preguntó —¿Quieres casarte conmigo? —Abrió la mano y le mostró el anillo que su padre llevó en su meñique desde que se lo regaló su madre cuando eran novios. Robert la miró sorprendido sentándose en la cama ante ella. Se sonrojó ligeramente. —Mamá se lo regaló a papá cuando se comprometieron y no se lo quitó nunca. John me lo dio en su funeral. Sé que igual es gafar nuestra relación, pero...

—Para ti es especial —dijo casi sin voz—. Lo llevaré encantado porque me lo has dado tú. Lo que les pasara a tus padres no tiene nada que ver con nosotros. —Alargó la mano y emocionada se lo puso en el meñique. Le quedaba perfecto.

—¿Eso es que sí?

—Sí, preciosa. Me casaré contigo. —La besó en los labios abrazándola por la cintura para tumbarla sobre su cuerpo y cuando separaron sus bocas él susurró —¿No te vas a poner el anillo de mi madre?

—Claro que sí. Si tú quieres, lo llevaré. Tú llevas ese, que significa mucho para mí, y yo llevaré el tuyo, que significa mucho para ti aunque estén rodeados de cosas que nos gustaría olvidar. Pero esas cosas nos han unido, ¿no? Si no hubiera pasado lo de mi padre, mi madre no se hubiera casado con el tuyo y no nos hubiéramos conocido. Así que en cierta forma son un

símbolo de nuestra loca relación. —Sonrió besándole de nuevo y gimió al ver la hora. —Tengo que prepararme.

—Y yo tengo rehabilitación. ¿Te veré esta noche?

—Claro que sí. Soy toda tuya.

Los ojos verdes de Robert brillaron. —Te quiero. Y tengo una suerte enorme porque me hayas perdonado.

—Me tomaré la revancha en los próximos cuarenta años.

—Y no me quejaré.

Allegra se echó a reír. —Mentiroso.

—A trabajar, perezosa.

Se pasó todo el día trabajando y cuando Robert llegó a la habitación hizo una mueca al ver la suite llena de percheros con ropa. —No me digas que es toda para ti.

—Mañana la empaquetarán para llevarla a Nueva York. Son los modelos que he elegido para la próxima temporada. Hay dos diseñadores que quiero promocionar. —Se acercó abrazándolo por el cuello. —Hola, prometido.

—Hola, preciosa. —La besó en los labios. —¿Dónde está tu madre?

—Ha salido con unas conocidas que veranean en Gibraltar pero que viven aquí.

—¿Se lo has dicho?

—Claro que sí. Y está encantada.

Llamaron a la puerta y ella fue a abrir. —¿Por qué no te das una ducha

rápida? Deben ser de una marca de cosméticos que llegan una hora tarde. Los despacharé enseguida y después seré toda tuya.

—Bien.

Allegra abrió la puerta y se sorprendió de ver allí al director del hotel. — ¿Si? ¿Se sabe algo de nuestra doncella favorita?

El hombre miró sobre su hombro. —¿Está sola?

Esa pregunta la extrañó y más aún por su tono pues habló en susurros. Allegra salió de la habitación y preguntó en voz baja —¿Qué ocurre?

El hombre sacó una Tablet y vio una fotografía de su madre vestida de rojo hablando con una mujer en el pasillo del hotel. La mujer era la doncella que había estado en su habitación. Se quedó de piedra. —¿Cuándo fue tomada esa foto?

—No es una foto. Es un video de la cámara de seguridad de ese pasillo. Ocurrió después de que se fuera la policía. Sobre las dos de la mañana.

Su madre había salido de su habitación cuando se habían dormido para hablar con esa mujer. —Pase, no está. Enséñeme el video.

Entraron en el salón y el director del hotel se sentó en el sofá a su lado mientras ella se apretaba las manos sin entender nada. En la imagen se veía como su madre llamaba a una habitación y la chica salía después de que su madre dijera algo. Lisa le dijo algo y la chica sonrió guiñándole un ojo antes de entrar de nuevo en la habitación, saliendo con algo en la mano que no sabía muy bien que era. Parecía un pequeño paquete blanco.

Pálida miró al director del hotel. —La chica en cuestión es una persona de postín en la alta sociedad Londinense. Ni se nos hubiera pasado por la imaginación que fue ella hasta que vimos esto. Al de seguridad le extrañó por la hora y más después de lo que había ocurrido. Además, la chica coincidía con su descripción.

—¿Ya ha abandonado el hotel?

—Se fue de inmediato. —El video continuó y vio como la chica salía con una maleta pequeña de Gucci. Era una mujer de dinero, eso era obvio.

—Dios —dijo sin poder evitarlo.

—¿Qué quiere que haga?

—El nombre de esa chica.

—Elizabeth Cassidi.

—Gracias por todo.

—¿No necesita nada más?

—No, gracias. Excepto esto. —Cogió la Tablet. —Y por supuesto el resto de las imágenes...

—Serán borradas. No se preocupe por eso. Me encargaré yo mismo.

—Gracias de nuevo.

—Ha sido un placer. Siento el trastorno.

—Es obvio que su hotel no tiene ninguna responsabilidad.

El director sonrió aliviado antes de salir a toda prisa. —Nena, ¿se han ido?

—Robert...

Él salió de la habitación con una toalla en las caderas y el cabello revuelto porque se lo estaba secando con otra toalla. Perdió la sonrisa al ver su palidez y dejó caer el brazo antes de acercarse. —Nena, ¿qué ocurre?

Ella volvió la Tablet para mostrarle la imagen de su madre con esa mujer y Robert entrecerró los ojos sentándose a su lado. —Qué coño... ¡Es esa tía!

—No sé qué está pasando, pero empieza a ponerme los pelos de punta.

Robert sin dejar de mirar la foto le acarició la espalda. —Tranquila, no sabemos lo que está pasando. Igual tiene una explicación.

—La empujó para salir y mi madre la vio. No dijo quien era y esa mujer tiene dinero. Es de la alta sociedad de Londres. ¿La conoces?

—No. No me suena de nada.

—Se llama Elizabeth Cassidi.

Robert la miró sorprendido. —¿Qué dices?

—¿La conoces?

—Cassidi es una familia muy rica del país. Si es su hija no se metería en esto para ser pillada en la habitación de un hotel.

Allegra apretó los puños pensando en ello y tenía razón. —Pues el director del hotel me ha dicho que se llama así. Y parecía conocerla muy bien.

—¡Claro, porque el hotel es de su familia!

Miró las imágenes de nuevo y Robert entrecerró los ojos. —¿Qué le da? ¿Dinero?

Ambos miraron las imágenes una y otra vez, pero no se imaginaban qué podía ser. Parecía algo pequeño. —Parece un paquete. ¿No será droga?

—No sé. No se ve bien. Puede ser cualquier cosa. Pero tu madre no tiene pinta de traficante. —La miró a los ojos. —¿Qué vas a hacer?

—Esperar a que dé otro movimiento —dijo dolida.

—Nena... Es mejor acabar con esto ahora mismo.

—No. Quiero saber lo que se propone. —Miró la Tablet entre sus manos. —No lo entiendo.

—Yo tampoco. Había conseguido limpiar su imagen ante los dos y ahora pasa esto.



—¿Por qué la hija del dueño del hotel se prestaría para algo así?

Robert negó con la cabeza. —No sé. Porque no tiene otra, me imagino. Aunque si a ella la hubieran pillado en tu habitación, podía haber dicho mil cosas. En lugar de eso salió huyendo.

—Sí. —Se dio cuenta de que tenía razón. —Podía haber dicho que quería conocerme o algo por el estilo.

—Sin embargo salió huyendo.

Se miraron a los ojos diciendo a la vez. —Se ha llevado algo.

Se levantaron y fueron hasta la habitación. —No creo que me falte nada. Además, solo abrió una maleta —dijo señalando las tres maletas sin abrir.

—¿Estás segura? Tuvo tiempo para registrar todo tu equipaje maleta por maleta mientras estuvimos en el salón.

Eso era cierto. Se agachó para coger la primera, pero él se la arrebató. —Ni se te ocurra.

—Cariño, tu espalda.

—Estás embarazada. Como te vea coger algo más pesado que un peine, me voy a cabrear.

—Vale. ¿Puedes ponerla sobre la cama?

Él lo hizo y abrió la cremallera. Al abrirla vio que tenía razón. —Rudi nunca pone las camisas debajo. —Se acercó a ella y sacó la ropa. —Es que no sé lo que busco, Robert. Las maletas me las hace Rudi siempre. Le digo lo que quiero y ella se encarga de que no me falte de nada.

—Inténtalo, nena. Es obvio que buscó algo en las maletas y disimuló con la última. —Robert entrecerró los ojos. —La última...

—¿Tú la cerrarías y abrirías otra?

—No. Sería un trabajo innecesario.

—Voy a llamar a Rudi.

—Sí, hazlo.

Cogió su móvil en el salón y llamó a Rudi regresando con él, que miraba la maleta abierta revisando el forro. Palideció. —¿Crees que han pasado algo en mi maleta?

—Puede ser. No descarto nada.

—¿Sí? ¿Qué tal el viaje? —preguntó Rudi—. Si llamas por la gata, está estupendamente.

—El viaje muy bien. Me he comprometido.

—¡Eso es estupendo! ¿Estás contenta?

—Sí, mucho. Pero he tenido un problema en el hotel.

—¿No me digas? ¿Qué ha pasado?

—Pillé a una mujer revisando mis maletas.

—¿Para qué?

—Eso es lo que no sé, Rudi. —Miró el armario. —En la maleta donde metiste mi vestido de Chanel rosa, ¿metiste algo que no fuera ropa? ¿Algo que alguien pudiera ocultar bajo un uniforme?

—¿El de rayas rosa?

—Sí, ese. Sé que es difícil, pero...

—Guardé una carpeta que tu madre me hizo meter allí porque ella tenía las maletas repletas.

—¿Una carpeta? —Miró a Robert a los ojos que se incorporó poniendo las manos en las caderas. —¿Qué tipo de carpeta? ¿Lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Era una carpeta de un despacho de abogados de Nueva York. Lo recuerdo porque tuve que abrir la maleta de nuevo para

meter las sandalias plateadas y por poco se me cae.

—¿El nombre del despacho? ¿Sabes que despacho de abogados es?

—Lewis no sé qué. Traía varios nombres, pero ese era el primero.

El despacho de Carter Lewis. —Gracias, Rudi. Te llamo mañana para ver cómo estás.

—Estamos muy bien. Disfruta del viaje con tu prometido.

—Lo haré. —Colgó el teléfono. —Le dio una carpeta a Rudi para que la guardara en una maleta. Creo que es el despacho de Carter Lewis.

—¿Es un buen abogado?

—Uno de los mejores de la ciudad.

Robert entrecerró los ojos. —¿Por qué guardar una carpeta de unos abogados en tu maleta? Si es algo importante, ¿por qué no llevarlo ella? ¿Y por qué hizo que esa mujer se la llevara cuando simplemente pudo recuperarla entrando en tu habitación con cualquier excusa sin levantar sospechas? Además, esa Cassidi no le devolvió la carpeta, le dio el paquete. Tiene pinta de intercambio. Igual era dinero. ¿Tú qué crees?

—No lo sé. —Al ver que se quedaba en silencio se acercó a él preocupada. —¿Crees que nos ha engañado desde el principio?

—No. Fui a Hacienda para corroborar su historia y mis abogados investigaron el asunto. Además, hablé con mi tío que terminó reconociendo que mi padre no había sabido administrar sus bienes. Sabía que Hacienda le estaba investigando. Se lo dijo la última vez que le vio.

—Y mi padre me dijo que ella no era mala persona. Que haría lo que fuera por mí. Que incluso había renunciado a mí, porque él la había desquiciado.

—¿No serán los papeles de la herencia de tu padre?

Le miró sorprendida. —¿Qué herencia?

—Nena, tu padre falleció hace poco. Es lógico que hubiera herencia.

Negó con la cabeza. —Nadie se ha puesto en contacto conmigo.

—Si no heredabas nada no tenían por qué hacerlo. Cielo, tu abuelo era un hombre muy rico. Tenía propiedades por todo Nueva York.

—¿Qué? —Allegra no salía de su asombro. Pensaba que la fortuna de su abuelo estaba ligada a la de su abuela.

—Estoy seguro de que cuando falleció, tu padre heredó una gran fortuna. ¿Dónde está esa fortuna? Y sobre todo... ¿quién la ha controlado todos estos años si tú no sabes nada de ella?

—Vamos a ver. ¿De qué estamos hablando? Porque puede que la dirija yo.

—Más de veinte edificios en Manhattan. —Abrió la boca asombrada. Robert sonrió. —Creo que tú no sabes nada de eso.

—¡No tenía ni idea!

—Vamos a ser lógicos. Si nos casáramos y yo sufriera una enfermedad como la de tu padre, tú dirigirías mis propiedades al no ser capaz de hacerlo por mí mismo.

—Claro. Cuidaría de nuestros intereses.

—Exacto. Durante los años que estuvieron casados, ¿quién dirigía su fortuna? Tú madre.

—Porque mi padre no era capaz de hacerlo.

—De ahí el rencor de tu abuela.

—Porque creía que era una aprovechada.

—Pero en realidad solo cuidaba de vuestros intereses. Y cuando se divorciaron esos bienes deberían pasar a ti, pero como eras menor de edad...

—No podía cuidarlos.

—Seguro que el tribunal se los dio a tu tutora. Pero sabemos que esa no era tu madre.

—Era mi abuela.

—Volvieron a sus manos. Pero ella falleció antes que su hijo y tú no sabías nada de ellas, así que...

—Mi abuela nunca tuvo mi tutoría.

—Por alguna razón te han mentado en eso.

—Pero si hasta cambió mi apellido y mi madre estuvo de acuerdo.

—Ahí lo tienes. Si ella no hubiera sido tu tutora no tenía por qué dar su consentimiento.

—¿Mi madre siempre ha sido mi tutora?

—Y siempre ha administrado los bienes de tu padre. Incluso divorciada, porque su tutoría le correspondía a ella al ser tu madre.

—Entonces siempre ha tenido mucho dinero.

—Sí. Así que esa teoría de que tu abuela le dio dinero por irse, hace aguas por todas partes porque no lo necesitaba.

—Dios, pensaba que todo esto ya había quedado atrás.

—Podemos olvidarnos de todo. Seguiremos con nuestra vida y olvidaremos lo que ha ocurrido aquí hoy. Y ayer por la noche.

Con la mirada perdida pensó en ello. —Mi madre me dijo que en esa época estaba perdida por todo lo que había pasado.

—Ahí lo tienes. No se sentía capaz de cuidarte y te dejó con tu abuela. Conocías a tu abuela. Igual es cierto que la amenazó.

—Eso seguro. Y más si tenía las propiedades de mi abuelo. Estaría

furiosa después de que su hijo acabara en el psiquiátrico.

—Pero luego ocurrió lo de mi padre.

—No debería haberse casado. Ella misma me lo dijo. Ni supo cómo terminó casada con él. Creo que ese matrimonio la centró un poco hasta que pasó lo de tu padre.

—Sí, recuerdo que al principio pensé que le gustaba demasiado la fiesta. Aunque la verdad es que no teníamos mucho contacto porque yo estaba en el colegio interno. Cuando la vi de nuevo en el funeral de mi padre, parecía otra.

—¿Fue al funeral?

—Sí, yo tenía catorce años y mi tío no me contaba nada porque fue un golpe encontrarme a mi padre. Ya estaban separados entonces.

—Y ella liquidó las deudas y se fue. —Ambos se miraron a los ojos. — ¿Tú mal venderías unas empresas, cuando tienes dinero para hacer frente a las deudas?

—Ni de broma. Sería un negocio pésimo. Pudo sacar el dinero con la venta de solo una de ellas unos años después. —Robert juró por lo bajo. — No me fastidies.

Allegra soltó una risita. —Cariño, ¿has pagado a mi madre por esas empresas?

Robert sonrió. —La verdad es que es lista. Estaban mucho mejor administradas que cuando las dirigía mi padre.

Allegra frunció el ceño pensando en ello. —¿Cómo sabía mi madre que tú querías vengarte de ella porque murió tu padre y no por esto? Había dos razones para que buscaras venganza.

—Porque yo no sabía que Lisa me las había vendido. Estaban a nombre de una sociedad.

—Sí, pero si tú no sabías dónde estaba, porque no la encontrabas, ¿cómo mi madre sabía que te acercabas a mí precisamente por lo de tu padre? ¿Por qué no pensar que te acercabas a mí porque te había engañado con lo de las empresas? Podías haberlo descubierto en algún momento por algún descuido de alguien. Cuando vino a mi despacho me dijo específicamente que te comprometías conmigo porque creías que había matado a tu padre. De hecho, estabas convencido de eso precisamente.

—Sí, es lo que me dijo mi tío.

—¿Por qué? ¿Por qué te dijo esa mentira? —Levantó las cejas. —Cielo, todos te han tomado el pelo.

—¿Qué quieres decir?

—Tu tío alimentó tu odio por alguna razón. ¡Quería que recuperaras tus empresas y sabía que las tenía ella! —Robert palideció. —Te mintió para que cuando crecieras, lucharas por lo que es tuyo. Y ella las cuidó como hizo conmigo al alejarse, hasta que fuiste lo bastante mayor para llevarlas. ¿Le dijiste a tu tío que me habías conocido y tus planes? —Él asintió. —Por eso sabía que venías a vengarte de mí y la razón, porque tu tío se lo había dicho. Se debió dar cuenta de que se le había ido la mano y la avisó cuando me metiste a mí en el plan. Y por supuesto mi madre vino al rescate.

—Pagué la primera empresa con una herencia de una tía segunda que no conocía.

Allegra sonrió. —Sí, la tía Lisa.

—¡No tiene gracia, Allegra!

Ella le abrazó por el cuello. —Todo lo que has conseguido, lo has hecho tú. Ella solo te lo cuidó un poco. Unos añitos.

Gruñó molesto. —¿Y todo esto? ¿A qué ha venido?

Se encogió de hombros. —Algo está preparando. Déjala con sus

triquiñuelas. Si así es feliz...

La abrazó por la cintura y la besó suavemente en los labios. —La verdad es que me quedo más tranquilo.

—Y yo. No sabes cuánto. Cariño, ¿lo celebramos?

—Menuda suegra que me he buscado.

—No, cielo. Menuda familia te has buscado.



## Capítulo 12

Un helicóptero les esperaba para llevarlos al castillo que estaba a veinte minutos de trayecto. Allegra cogió la mano de Robert y le miró ya con los cascos puestos mientras el helicóptero se elevaba. —¿Tienes miedo, cielo? Es un piloto muy seguro.

—Lo podría llevar ella si quisiera, Robert. Tiene licencia.

Robert la miró sorprendido. —¿Qué?

—Es mi hobbie. ¿No lo sabías? Tengo una avioneta.

—No —siseó entre dientes—. No voy a contratar más a esos detectives.

Lisa se echó a reír a carcajadas y ambos la miraron fijamente. —¿Qué?

—Nada. Es que me ha sorprendido que te rieras —dijo Allegra disimulando.

—Si no me encontraron en todos estos años, es que eran malísimos.

—Cierto —dijo Robert con mala leche—. Se les escaparon un montón de cosas.

Allegra le apretó la mano advirtiéndole de que cerrara la boca y su prometido gruñó aún molesto por lo que habían descubierto.

—Mamá, ¿estás nerviosa por volver al castillo?

—Un poco.

No estaba nerviosa para nada. Ésta había estado en el castillo más veces, estaba segura. Y por la mirada de Robert, él también lo sabía.

—¿Qué tal con esas amigas que has visto estos dos días en Londres? Has estado muy ocupada. Casi no te he visto el pelo.

—Me han organizado muchas actividades. Son muy buenas clientas y me aprecian. —Sonrió encantada de la vida mientras que Robert volvía a gruñir. Su madre frunció el ceño. —Este auricular suelta unos sonidos muy raros de vez en cuando.

—Se lo diré al piloto —dijo él con voz grave.

—¿Sabes que mamá se va a mudar a Nueva York? No sé si te lo he dicho.

—Mejor, así no estarás sola cuando yo tenga que faltar por trabajo.

—Claro que sí. Aquí estoy yo para lo que necesitéis.

Los novios se miraron a los ojos y Allegra reprimió la risa al ver que Robert ponía los ojos en blanco. Minutos después Robert se acercó sonriendo. —Mira, nena. Estamos llegando a Hartford Castell.

Allegra volvió la cabeza hacia la ventanilla y se le cortó el aliento para ver un castillo de verdad enorme con unos hermosos jardines rodeándolo. Era como un castillo de cuento. —Robert, es precioso. Había visto fotos, pero no le hacen justicia.

Lisa sonrió. —Pues te sorprenderás aún más cuando lo veas por dentro. Parece que se entra en otro siglo.

—Lo estoy deseando. El castillo era de la familia de tu madre, ¿verdad?

—Sí, se lo regaló su padre cuando tenía veinte años. La rama de la familia Hartford desapareció hace unos años después de la gran gripe española y una tía segunda suya fue la única heredera. No tenía familia y la

heredaron sus padres cuando la mujer falleció.

—Es fascinante como algo tan antiguo llega a nuestros días porque quienes lo heredan hacen lo que sea por conservarlo.

El helicóptero aterrizó y dos carritos de golf se acercaron por el impecable césped. —Ah, ahí está mi tío.

—El duque —aclaró su madre divertida—. Que no te afecte su cara de vinagre, cielo. Es así con todos. No se ha sacado el palo del culo en la vida. —Robert gruñó saliendo del helicóptero mientras Allegra la advertía con la mirada. —Vale, seré buena.

De repente Allegra jadeó. —Dios mío, voy a ser duquesa.

—Era el título que te faltaba —dijo su madre antes de echarse a reír—. A tu abuela le hubiera encantado.

Robert alargó la mano y ayudó a salir primero a Lisa para ayudarla a ella después. —Cielo, tienes que calmarte. Ya nos enteraremos. Se cree muy lista, pero nosotros lo somos más.

—¡Georgie! ¡Madre mía, qué viejo estás! ¡Pareces mi abuelo!

Allegra gimió girándose hacia el duque que había salido del carrito de golf y les observaba fríamente con una gorra de las que se usaban para cazar y una chaqueta de twit. Hasta llevaba las botas de goma que usaba la reina en su palacio del campo. —Muy inglés.

Robert sonrió cogiéndola por la cintura. —Ven que te presente antes de que se pongan a gritarse el uno al otro.

Y les faltaba poco por la cara del duque mientras su madre hablaba tranquilamente por los codos. Cuando se acercaron a él, Allegra se sorprendió porque su madre tenía razón, era mucho mayor de lo que se esperaba. De hecho, debía bordear los setenta años.

—Tío, me alegro de que estés aquí. Pensaba que igual estabas en Brighton.

—Mi secretario me avisó de que venías y quería ver tu estado después de ese accidente que tuviste en Nueva York.

—No fue un accidente Georgie, le pegaron un tiro.

Allegra miró a su madre como si fuera imposible y se dio cuenta de lo que disfrutaba fastidiando al duque.

—Ella es Allegra, mi prometida. A Lisa por supuesto ya la conoces.

—Por desgracia.

—Yo también te he echado de menos, cascarrabias.

—Encantada —dijo Allegra con una sonrisa en los labios. Aunque la perdió poco a poco porque él no movió el gesto.

—¿Sabes, tío? Allegra y yo esperamos familia.

—Sabes que tienes habitaciones de sobra para alojarlos. Estaré encantado de conocerlos, Allegra.

Ella se sonrojó por la confusión y Robert se echó a reír. —No, tío. Quiero decir que Allegra está embarazada.

El duque levantó una ceja. —Muy moderno eso de tener hijos antes de casarse.

Hala, menudo corte. Miró de reojo a Robert que no pareció afectado en absoluto. —Eso es algo que solucionaremos muy pronto.

—Eso espero. Odio los rumores, ya lo sabes. ¿Nos vamos?

—Claro que sí, Georgie —dijo su madre siguiéndole hasta su carrito.

—Que le llame Georgie le tiene que estar provocando una úlcera —dijo Robert por lo bajo llevándola hasta el otro carrito donde ya estaban cargando las maletas en la parte de atrás.

Allegra reprimió la risa al ver como su madre se sentaba al lado del duque, que la miró como si quisiera que desapareciera de la faz de la tierra. —¿Qué opinas? Mi madre está muy relajada después de todo lo ocurrido, ¿no crees? Para haber sido acusada de la muerte de tu padre, debería estar tensa por lo menos. Está muy relajadita.

—Tranquila que me voy a enterar de todo en cuanto llegue a casa.

—Me parece increíble que llames a esa preciosidad casa.

Robert sonrió. —Es que es nuestra casa, cielo. Te acostumbrarás.

—¿Y cómo te vas a enterar?

—Simple. Hablando con el mayordomo. Seguro que Clyde lo sabe todo.

—Ah, como en las películas.

—Exacto.

—¡Esto me encanta!

Robert se echó a reír volviéndose para ver que el chico le hacía un gesto para que se fueran.

—¿No le llevamos?

—Tiene que ayudar a repostar el helicóptero porque vuelve a Londres.

—Pues vámonos —dijo emocionada—. Estoy deseando entrar en tu casa.

Dirigió el carrito hasta la puerta principal a través de los jardines siguiendo el carrito de su tío. Estaba impresionada por lo bien cuidado que estaba todo y vio a varias personas trabajando en darles forma a unos setos.

—Cielo, mantener esto debe ser carísimo.

—Se abre al público tres veces a la semana y eso ayuda mucho.

—¿Y no es incómodo?

—Hay habitaciones solo para la familia donde no pueden entrar. En realidad, son las que siempre se usan. Se muestra el salón de baile, la biblioteca y esas cosas.

—¿Y los dormitorios?

—La familia usa los del ala sur mientras que las visitas suben por otra escalera hacia la zona norte. Te aseguro que tienen mucho que ver. Además, les acompaña un guía para que no se despisten y les explica la historia del castillo.

—Es que es enorme —dijo mirando hacia arriba—. ¿Me puedo apuntar al tour?

—Por supuesto. Pero a ti te lo daré yo.

Detuvieron los cochecitos ante la enorme puerta de madera y un hombre salió con traje negro y corbata. —Ese es Clyde. Si necesitas lo que sea, pídeselo a él que te lo conseguirá.

Cuando bajaron, él la cogió por la cintura subiendo los cuatro escalones de piedra que llevaban hasta Clyde. —Te presento a la futura señora de la casa. Allegra Brown.

—Es un honor —dijo sin hacerle mucho caso porque miraba de reojo a su madre que hablaba sin parar con el duque. Éste parecía que quería que se le tragara la tierra.

—Encantada Clyde. ¿Recuerdas a mi madre?

La sorpresa en sus ojos no se les pasó desapercibida a ninguno de los dos y Robert apretó la mano en su cintura.

—Imposible olvidarla.

Lisa se echó a reír. —Por supuesto. Clyde estás casi tan viejo como el duque.

—Sin embargo, usted está igual, señora.

—Gracias. —Le guiñó un ojo pasando ante ellos como si estuviera en su casa y el duque puso los ojos en blanco por su falta de protocolo.

Allegra chilló cuando Robert la cogió en brazos y se echó a reír al darse cuenta de lo que quería hacer. Le miró con amor. —¿Ahora?

—Cuanto antes mejor, preciosa. —La besó suavemente en los labios haciéndola suspirar y subió los escalones hasta el interior del castillo, dejándola de pie en el centro del enorme hall. Impresionada miró la enorme estancia que tenía paneles de madera en las paredes e incluso las sillas parecían las que salían en las películas. —Es totalmente medieval.

—La zona en exposición tiene casi todas las piezas importantes. Pero las habitaciones de la familia son más acogedoras y modernas.

Se volvió hacia el duque que les miraba pensativo, pero en cuanto se dio cuenta de que se giraba hacia él, se envaró como si tuviera que estar a la defensiva. —Duque tiene una casa preciosa.

—No es mía, es de mi sobrino. Pero gracias.

—Mi tío es muy modesto. Fue él quien puso el dinero para no perder el castillo y se sacrificó en ese momento.

—Sí, es que es un cielo —dijo Lisa con ironía acercándose al duque y cogiéndole por las mejillas apretando sus mofletes—. ¿A que es un amor, hija?

Allegra miró de reojo a Robert que se tensó. Para aliviar el ambiente, que podía cortarse con un cuchillo, ella preguntó —Cariño, ¿me enseñas nuestra habitación? Me gustaría verla.

Robert cogió su mano tirando de ella hacia la escalera. —Claro que sí.

—Señora Hamilton, usted se alojará en la habitación azul si no le

importa.

—Soy la señora Benedict, Clyde —dijo su madre fríamente deteniéndolos en la escalera para mirarla—. Que no se te olvide nunca.

—Lo siento, señora.

—No hace falta que me la enseñes, sé de sobra dónde está. —Se volvió hacia el duque. —Creo que deberíamos hablar de los viejos tiempos, Georgie. ¿Qué te parece una copa para limar asperezas?

—Por supuesto Lisa. Acompáñame al salón.

Robert susurró —Date prisa. —Empezaron a correr escaleras arriba.

—¿Por qué corremos así?

—Shusss. —Entró en un pasillo hasta el final y abrió la puerta de una habitación. —Esta es nuestra alcoba —dijo como si nada pasando de largo la cama para ir hasta una pared. Pulsó un adorno de la madera y se abrió una puerta.

—Hala...

—Da a un pasillo entre el salón y el despacho —susurró—. No hagas ruido.

Emocionada corrió hasta él y Robert cogió una linterna que tenía en la mesilla de noche. Bajaron unos escalones de piedra. —Uff, huele a humedad.

—Shusss, se hace eco —susurró.

—Vale.

Reprimiendo la risa bajó tras él con cuidado sujetándose a su espalda. La verdad es que aquel sitio era un poco siniestro y estrecho. Se moriría si estuviera allí sola. Cuando llegaron a un pasillo, Robert se detuvo en una marca roja y para asombro de Allegra movió una pestañita para mirar. Se alejó de la pared y asintió. Le alumbró otra pestaña que estaba más baja y



Allegra la deslizó como había hecho él viendo un salón típico inglés con unos sofás de flores enormes donde su madre estaba sentada riendo. Para su sorpresa George se sentó a su lado sonriendo también y le cogió la mano con cariño. —No ha salido nada mal, ¿verdad?

—Ni aunque lo hubiéramos planeado, hubiera salido mejor —dijo su madre antes de levantar su copa de coñac y brindar con él.

Robert y Allegra se miraron antes de volver a echar un vistazo.

—Se les ve muy enamorados —dijo el duque encantado de la vida. Mira el duque como disimulaba con ella cuando estaba que saltaba de la alegría.

—Bueno, aún queda una crisis, pero la superarán. Es cierto que se aman. Me di cuenta enseguida de que mi Allegra bebía los vientos por él. Pero es que Robert no hace más que meter la pata.

Robert gruñó a su lado y Allegra reprimió la risa sin perder ojo.

—Es increíble después de tantos años que los chicos se hayan enamorado. Debo felicitarte porque todo ha salido bien.

—Pues te aseguro que creí que todo se iría al garete cuando entró a trabajar en aquella empresa de inversiones nada más terminar la universidad.

—Oh, pero yo le tenía bien aleccionado. No se olvidaría del rencor que le había hecho estudiar como un mulo para destacar y conseguir recuperar sus bienes, solo porque ganaba dinero. —Soltó una risita. —Pero te precipitaste, casi metes la pata.

—Sí, lo de la herencia de esa tía que no conocía casi lo estropea todo. Pero es que estaba harta de encargarme de tanta empresa y encima desde Gibraltar. Fueron unos años muy movidos, te lo aseguro.

—¿Crees que debíamos habérselo dicho desde el principio?

—¿Y que se convirtiera en un mimado como mi primer y mi segundo

marido? —A Allegra se le cortó el aliento. —No, teníamos que hacer de él un hombre y aprovechar el drama de la muerte de su padre para que cuando fuera mayor no le pasara lo mismo. Y se ha convertido en todo un hombre. Estarás orgulloso.

—Mucho. Durante todos estos años ha estado muy centrado en sus propósitos y será un Duque con todas las letras.

—Al contrario que su padre que era un manirroto.

—No tengo manera de darte las gracias como te mereces. Cuidaste de todo a pesar de que no tenías ninguna obligación y nos diste el dinero que necesitábamos para sobrevivir.

—Va. Es solo dinero. —Allegra sonrió. —Y estoy segura de que James estaría encantado de que su dinero fuera invertido en el futuro de Allegra. Y al fin y al cabo ha sido así.

—Pero eso no lo sabías cuando todo empezó.

Su madre miró al vacío. —¿Sabes? Cuando vi la carita de Robert en el funeral de su padre, me di cuenta de que aquello le destruiría. Ya era rebelde, ¿recuerdas?

—Cómo olvidarlo. —Divertido bebió de su copa. —Dos meses antes de la muerte de Robert le echaron de su segundo internado por suspenderlas todas.

—Pensé en mi hija y lo que sentiría ella cuando su abuela muriera. Esperaba que alguien la ayudara si yo no estaba ya para hacerlo.

Allegra se emocionó porque era la persona más generosa que había conocido nunca.

—Afortunadamente sigues aquí y por muchos años.

—Eso espero, quiero conocer a mis nietos.

George la miró fijamente. —No eras mala persona cuando te conocí, Lisa. No podrías serlo ni aunque lo intentaras. Que huyeras de una situación horrible no te hace mala persona.

Lisa suspiró. —Siempre me culparé de que acabara allí, ¿sabes? En ese sitio horrible, solo durante lo que le quedó de vida.

—Sobreviviste.

Una lágrima cayó por la mejilla de Allegra viendo el dolor en sus ojos. —Sí que lo hice, ¿verdad? Estaba algo descontrolada, pero todo eso quedó atrás en cuanto Hacienda se puso en contacto conmigo. ¿Qué tendrá Hacienda que siempre acaba con la diversión?

El duque se echó a reír asintiendo. —Hice bien en avisarte con lo que Robert pensaba hacer.

—Un plan que no tenía ningún viso de salir adelante porque ya estaba enamorado de mi niña. Solo que no lo sabía. Es un poco cabezota. Debería tirarle de las orejas por hacer daño a Allegra. —Sonrió maliciosa.

—Uy, uy, tienes algo planeado.

—Bah, una tontería. Pero se le van a poner por corbata. —Lisa suspiró. —Es lo que pasa cuando mientes más que hablas, que te pillan.

Allegra levantó la cabeza fulminando a Robert con sus ojos violetas. —¿Qué has hecho? —susurró.

—Shusss. —Le tapó la boca negando con la cabeza. Le pegó una patada con la punta del zapato y gimió cerrando los ojos con fuerza. Se lo tenía merecido.

La risa de su madre les hizo mirar de nuevo a través de la pared. —¿Qué ha hecho ahora? Tu sobrino no sabe cómo ingeniárselas para que mi hija le perdone, cuando solo con haber sido sincero y decirle que la quiere, ya se la hubiera ganado. No, pero Robert no puede hacer las cosas sencillas. Primero

la obliga a ese compromiso para que yo me acerque a Allegra, amenazándola con contar a la prensa que su padre estaba en un psiquiátrico. Después intenta volver y la acosa por todo Nueva York. Como no lo consigue con la suficiente rapidez...

—Es que no tiene paciencia.

Robert gruñó ganándose otra patada.

—Sí, no tiene paciencia, ¿pero te puedes creer que después del susto que le dio a la niña casi muriéndose ante ella, la mete en el psiquiátrico donde estuvo su padre ingresado, pagando al director del centro para que le diera terapia? —Se echó a reír. —Quería que descansara. Tiene la sensibilidad de un cocodrilo.

Allegra gruñó mirándole de reojo antes de pegarle otra patada. — Nena...

—Pero eso no es todo. Eso podría perdonárselo pero es que encima le vuelve a mentir.

—¿En qué?

—El día del robo, donde le pegaron el tiro... —El duque asintió. — Bueno, el hecho es que detuvieron a dos de los atracadores y dio la casualidad de que yo conocía a uno de ellos. Cuando Robert estaba ingresado, me enteré de que el diamante que llevaba mi hija colgado en el cuello, que era de su abuela, había desaparecido. ¿Tú qué pensarías?

—Que lo habían robado.

—Exacto. Como sé que es una joya insustituible para Allegra, me decidí a ir a ver a la familia de ese atracador para que le preguntaran cómo podía conseguir esa pieza. Me daba igual pagar lo que fuera, pero quería recuperarla.

—Entiendo. Así que te pusieron en contacto con los ladrones.

—Me llamó un hombre tres semanas después. Yo ya había dado por perdido el collar y cuando me llamaron, me dieron una mala noticia. Ya se había vendido.

—Vaya. Allegra se disgustará.

—Sí, sobre todo porque tu sobrino le ha dicho que lo tiene él para obligarla venir a Inglaterra y terminar de conquistarla. —Lisa se echó a reír. —Ya verás cuando se entere de que no tiene el collar.

Allegra estaba intentando digerir que Robert le había mentido. Otra vez. Su prometido carraspeó a su lado y ella entrecerró los ojos furiosa. Se giró lentamente hacia él dándole cuatro patadas. —¡Me dijiste que no me mentirías más! —gritó a los cuatro vientos.

Robert gimió cogiéndola por los hombros para alejarla. —Nena, en realidad te mentí antes de decirte que no te mentiría más. ¿Lo recuerdas?

Parpadeó asombrada. —¿Ah, sí?

Él pareció aliviado. —Sí, preciosa.

—¡Me da igual! ¡En ese momento tenías que haber dicho la verdad!

—¡Es que si te hubiera dicho que no tenía ya el collar, te hubieras cabreado y yo quería arreglarlo! —le gritó a la cara.

Allegra miró sus labios sintiéndose muy excitada. —No lo hagas más.

—De acuerdo.

Se tiraron el uno sobre el otro besándose apasionadamente y Robert dejó caer la linterna para amasarle el trasero mientras ella abrazaba su cuello desesperada por sentirle. Gimió cuando la apoyó en la pared pegando su cadera a la suya. Escucharon tres golpes en el tabique. —¿Crisis superada?

Ella apartó la boca. —¡Sí, mamá!

—Perfecto.

Se miraron a los ojos y Robert susurró desesperado —Te quiero, preciosa. En eso no te mentaría. No me dejes nunca.

Allegra sonrió acariciando su nuca viendo la verdad en sus ojos. —Eso no volverá a pasar porque mi corazón es tuyo.

## Epílogo

Su madre entró en la habitación y sonrió al verla vestida de novia. Allegra se volvió mientras Rudi terminaba de ponerle el velo. —Estás tan preciosa que pareces un sueño.

—Tú también estás muy guapa. —La miró con ojo crítico. Llevaba un vestido con distintos tonos de rosa hasta los pies que era una maravilla. —Así que has elegido un vestido de la abuela.

—Siempre tuvo muy buen gusto y quería que estuviera en la ceremonia de alguna manera. Tu padre está en el anillo que ahora lleva Robert y la abuela en el vestido y en... —Sacó de detrás de la espalda un estuche de terciopelo azul.

—Mamá, ¿qué es eso? Ya nos has regalado mil cosas.

—Nada como esto. Lo reservaba para este día.

—Ábrelo niña —dijo Rudi emocionada.

Sonrió acercándose y cogió el estuche. Cuando lo abrió la miró sorprendida. —Lo has recuperado. El collar de la abuela.

—Bueno, no fue muy difícil. El comprador, al darse cuenta de que era robado, investigó un poco su procedencia y llegó hasta mí porque tú estabas ingresada. De hecho, me enteré el mismo día en que te dieron el alta. Por supuesto dije que quería recuperarlo, pero es un hombre de negocios y duro

de pelar. Tras una negociación, me lo dio en Londres. —Se echó a reír como si se guardara un secreto.

—¿Qué? Cuéntamelo.

—Ya no tiene importancia.

—Pero quiero saberlo. ¿No tendrá nada que ver con esa doncella que entró en mi habitación?

—Eres casi tan lista como yo. —La acarició en la mejilla. —El comprador quería mi casa de Gibraltar.

—¡Mamá!

—Ya no la necesito, así que da igual. Fui al abogado y la cambié de nombre. No podía ser una venta como Dios manda, ¿entiendes? Así que lo hicimos así. Pero cuando metí mis cosas en las maletas, casi se me olvida la escritura a su nombre, así que le dije a Rudi...

—Que guardara la carpeta en mi maleta.

—Exacto. Total, si la veías solo tenía que decir que había vendido la casa porque en realidad así había sido.

—¿Y la doncella?

—Simple, cuando vi el recibimiento que le hiciste en el aeropuerto a tu futuro marido, dejé que salierais vosotros primero porque era evidente que íbamos al hotel con el enfado que tenías. —Allegra se sonrojó y su madre se echó a reír. —Así que llamé a mi contacto y le dije que necesitaba un favor. Que cogiera la carpeta de tu habitación porque necesitaba que simulara un robo o algo así. Y fue fácil. Al ser los dueños del hotel, su hija entró en la habitación, cogió la carpeta y los dos os asustasteis por lo que podía pasar, pensando que era una periodista, porque tú creías que no te faltaba nada. Hecho que os unió mucho.



—Las cámaras te vieron yendo a la habitación de esa mujer y recoger algo —dijo sorprendiéndola—. Nos enteramos al día siguiente.

Lisa se echó a reír antes de guiñarle un ojo. —¿Pero os unió más o no? Solo necesitaba algo que os aproximara y el amor hizo el resto.

Era cierto que ese problema les había acercado. De hecho, se habían unido para resolver el misterio. Allegra no pudo evitar reír por todo lo que había hecho por ellos y la abrazó. —Gracias mamá.

—¿Por qué? Mi obligación es velar por ti y ahora lo hará tu marido.

Llamaron a la puerta y el duque abrió sonriendo. —¿Lista? Tienes al novio de los nervios pensando que te vas a echar atrás.

—No podría. No hay otro para mí.

Lisa muy emocionada la vio coger el ramo de rosas blancas y sonrió. — Te veo muy tranquila.

—Es que es él, mamá. Me lo dice mi corazón.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Amor por destino” o “Cada día más”. Próximamente publicará “Eres parte de mí” y “Tenías que ser tú”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, solo tienes que ir al buscador de Amazon y escribir el nombre de la autora. Tienes

más de noventa novelas para elegir entre distintas categorías dentro del género romántico.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.